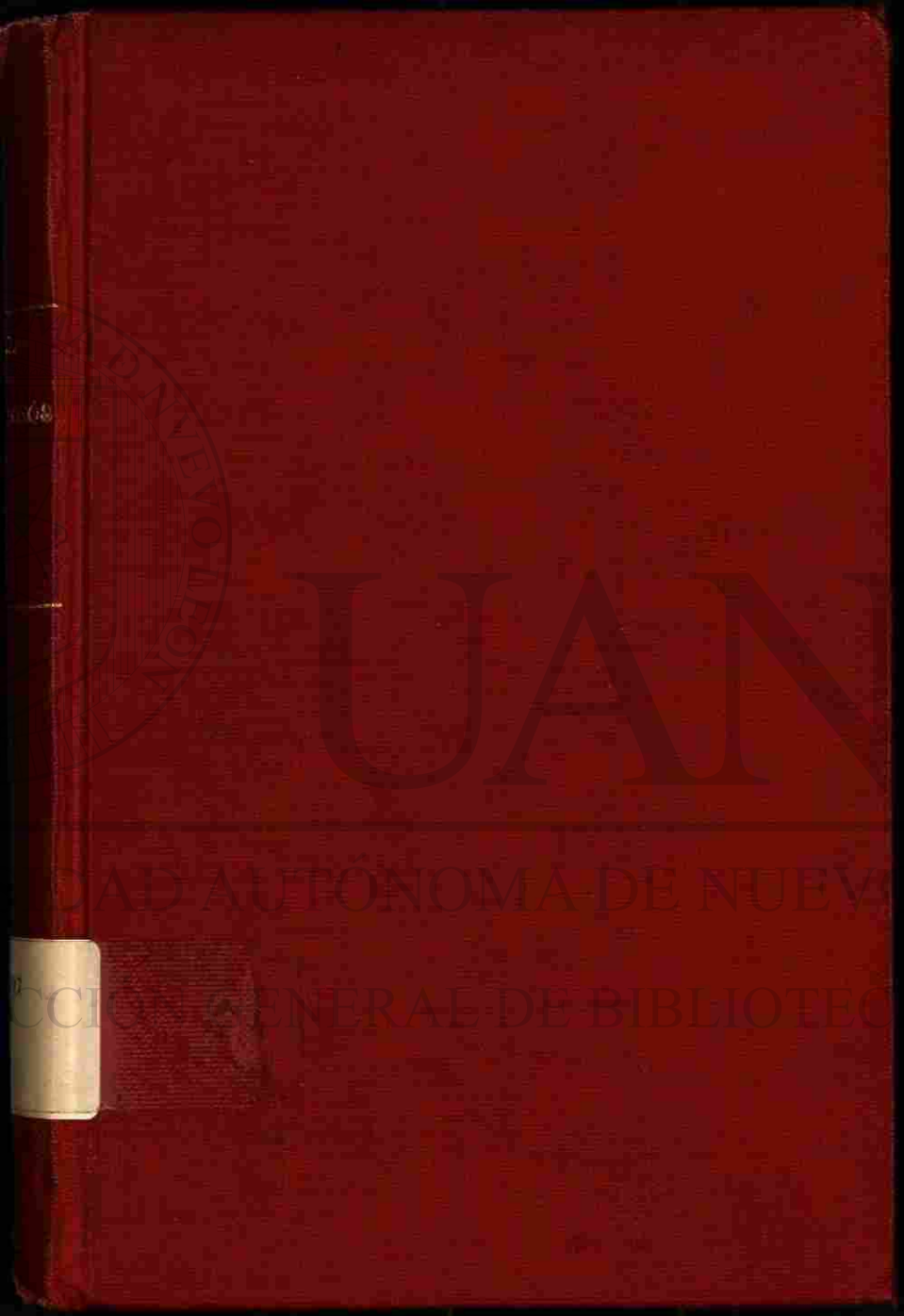




UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LÉON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PEZA



HONOLOGO

PQ7297

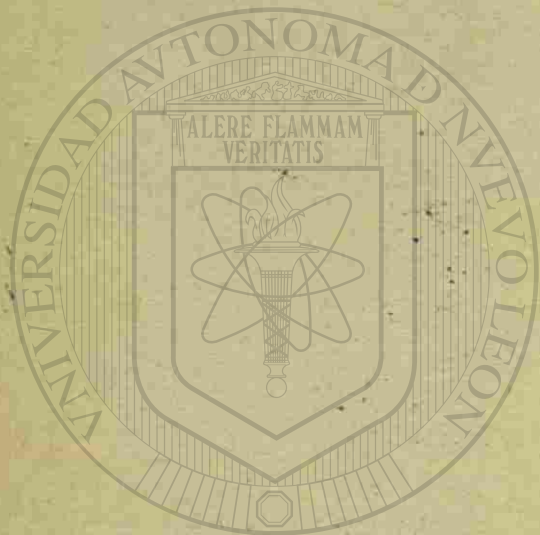
.P48

M6

R. C.



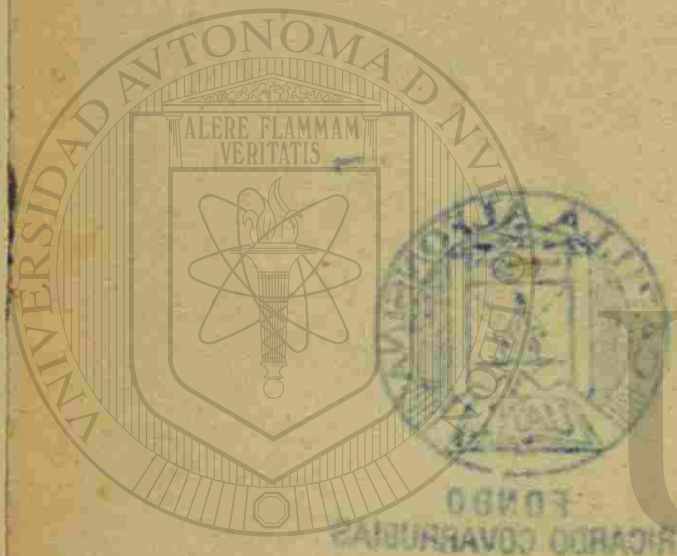
1020028320



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A Felisa Covarrubias
quillo y regocijo del empuje
en inteligente padre, con
do mi cariño y mis votos
por su felicidad

Manuel Piza
MONÓLOGOS

México 18 de Feb. de 1904

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



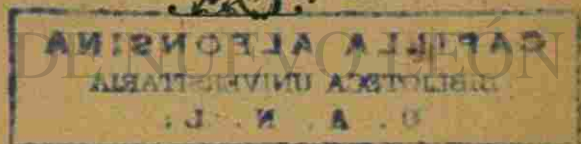
D. JUAN DE DIOS PEZA

MONÓLOGOS

cantos á la patria y á sus héroes

POR
JUAN DE DIOS PEZA

EDICIÓN ILUSTRADA CON LÁMINAS DE JOSÉ PASSOS



ALDE BIBLIOTECAS 100080

MÉXICO

MAUCCI HERMANOS, PRIMERA DEL RELOJ, 1

1900

32310

M 861
P.

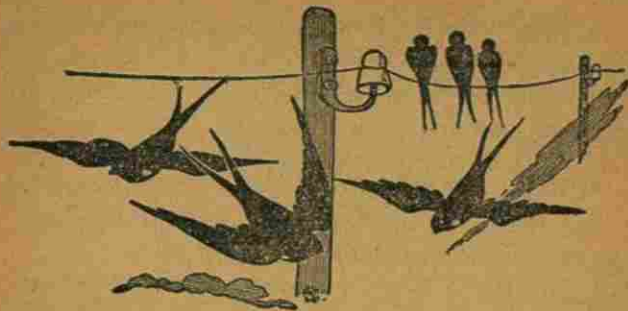


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Esta obra es propiedad de la casa
Maucci Hermanos, de México.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

IMP. DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI.—BARCELONA



A casa editorial *El Parnaso Mexicano* de los señores Maucci hermanos, establecida en la ciudad de México, publica hoy, reunidos, los monólogos del conocido poeta Juan de Dios Peza, cuyas producciones son buscadas y leídas con tanto interés, lo mismo en los países latino-americanos que en España.

Estos monólogos encierran máximas, enseñanzas, reflexiones y arranques de patriotismo, que con gran justicia han conquistado aplausos y simpatías cuantas veces se han puesto en escena.

TIRAR LA LLAVE es un monólogo que la reputada actriz Luisa Martínez Casado ha hecho céle-

bre, porque ha creado el tipo más perfecto de la protagonista.

ESCRIBIENDO UN DRAMA es el espejo fiel de las ansias y de los temores de todo el que se consagra á buscar la gloria por medio del arte escénico. Muchos han creído, que gran parte de la vida literaria del autor en su primera juventud se refleja en este hermoso monólogo.

EN VISPERAS DE LA BODA es un juguete delicioso escrito al correr de la pluma, en pocos momentos, pero que provoca la hilaridad de los espectadores con el oportuno gracejo que campea en todos sus versos.

SOLA obliga á meditar y humedece los ojos con la tristísima ternura de sus conceptos.

LAS DOS MUÑECAS es la producción más adecuada para que la aprenda y la represente lo mismo en el salón que en la escuela la niña más tierna y delicada, pues está dentro del género que ha dado renombre y gloria imperecedera al autor de los CANTOS DEL HOGAR.

RECUERDOS DE UN VETERANO encierra condensada en facilísimos versos toda la historia de la Independencia, desde que el inmortal cura Hidalgo la inició en Dolores, hasta que Iturbide entró á México con el Ejército trigarante el 27 de Septiembre de 1821.

Llamamos la atención sobre esta hermosísima pieza literaria por ser de gran utilidad en los colegios, porque su lectura ó más bien dicho su aprendizaje, es la mejor lección de historia que debe saber un alumno para encender su corazón desde temprano en el santo amor de la Patria.

En ese monólogo se encuentra la siguiente estrofa que tanto le han encomiado á Juan de Dios Peza, y que la han traducido á varios idiomas:

Cuando el alma duele tanto,
La pena á los ojos sube,
Busca espacio, forma nube,
Se deshace y llueve llanto.

LA VICTORIA DE TAMPICO es un relato de la más gloriosa página alcanzada en tiempo del general Guerrero, cuando el Jefe español Barradas capituló y rindió sus armas ante las escasas fuerzas de que disponía don Antonio López de Santa Anna.

Hemos agregado un sentido y delicado monólogo en que se recuerda á la infortunada Emperatriz Carlota en los momentos en que surgen de su extraviado cerebro las memorias de aquellos días en que se juzgó la más feliz de las mujeres, ocupando un trono que se cambió para su marido en un caldoso en el Cerro de las Campanas (Querétaro).

Publicamos además, UN EPILOGO DE AMOR, ensayo dramático de estructura ingeniosa, escrito por Peza cuando era sumamente joven, pues se puso en escena el año 74, alcanzando gran éxito. Todos los críticos convinieron en que la versificación es hermosísima y el drama sencillo, conmovedor y natural en sus detalles.

Esta pieza dramática ha permanecido inédita, y agradecemos á su autor que haya permitido que se publique, no creyendo como él lo asegura que sea solo un intento juvenil plagado de imperfecciones.

Hemos agregado además, algunas poesías patrió-

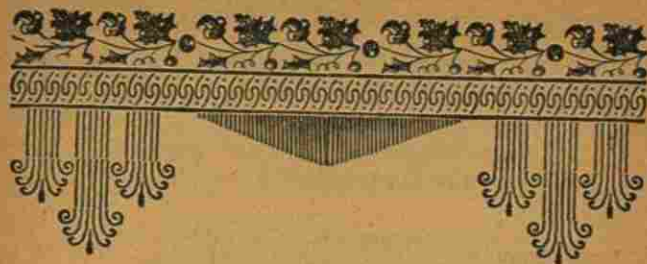
ticas, muchas de ellas inéditas y que le han aplaudido con estrépito á Peza cuando las ha recitado en público con esa magistral manera que lo ha llevado á ocupar en la Escuela Nacional Preparatoria la cátedra de Recitación y Lectura Superior, que con tanto entusiasmo desempeña.

Entre estas poesías encontrarán los lectores las que ha consagrado á Hidalgo, á Juárez, á Morelos, á Rayón y á los Alumnos del Colegio Militar que con tanto heroísmo murieron defendiendo á la Patria en 1847.

Creemos haber hecho un servicio á las Letras Nacionales Mexicanas, coleccionando y publicando las producciones que tanto buscan los numerosos admiradores del poeta que todavía produce versos, que son verdaderas galas en el Parnaso del Nuevo Mundo.

LOS EDITORES.

México, 1900.



MONÓLOGOS

y

Cantos á la Patria y á sus Héroes

Delirios de una Reina

«Me deslumbra este esplendor;
¿Quién como yo es tan feliz?
El presente es seductor;
¡Ya Max, es Emperador!
¡Y yo soy Emperatriz!»

«Ninguna pena me abruma;
Voy de lauros al través
Al país de Moctezuma;
¡Que régios mantos de pluma
Se tenderán á mis pies!»

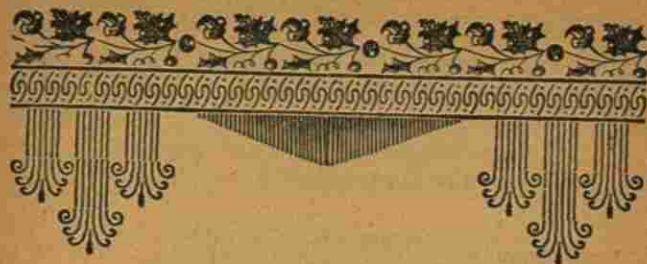
ticas, muchas de ellas inéditas y que le han aplaudido con estrépito á Peza cuando las ha recitado en público con esa magistral manera que lo ha llevado á ocupar en la Escuela Nacional Preparatoria la cátedra de Recitación y Lectura Superior, que con tanto entusiasmo desempeña.

Entre estas poesías encontrarán los lectores las que ha consagrado á Hidalgo, á Juárez, á Morelos, á Rayón y á los Alumnos del Colegio Militar que con tanto heroísmo murieron defendiendo á la Patria en 1847.

Creemos haber hecho un servicio á las Letras Nacionales Mexicanas, coleccionando y publicando las producciones que tanto buscan los numerosos admiradores del poeta que todavía produce versos, que son verdaderas galas en el Parnaso del Nuevo Mundo.

LOS EDITORES.

México, 1900.



MONÓLOGOS

Y

Cantos á la Patria y á sus Héroes

Delirios de una Reina

«Me deslumbra este esplendor;
¿Quién como yo es tan feliz?
El presente es seductor;
¡Ya Max, es Emperador!
¡Y yo soy Emperatriz!»

«Ninguna pena me abruma;
Voy de lauros al través
Al país de Moctezuma;
¡Que régios mantos de pluma
Se tenderán á mis pies!»

«¡Me darán en homenaje
Cuanto de bello y gentil,
Bajo un azul cortinaje,
Esconde agreste y salvaje
Aquel emporio de Abril!»

«¡Y al firmar tembló la mano
De mi esposo! ¡Dura ley
Es la duda en todo humano!
¡No tiembles, Maximiliano:
No tiembles, vas a ser rey!»

«Vas a brillar con decoro
En una cima sin par
De grandes pompas tesoro;
Yo soy mujer y no lloro
Al salir de Miramar.»

Así prorrumplí insensata
Faltos mis ojos de luz
Sin miedo a la suerte ingrata,
Y alegre entré a la fragata
Que nos llevó a Veracruz.

Lograba un hermoso anhelo
Que no creí realizar;
Perdimos de vista el suelo,
¡Cuán azul estaba el cielo!
¡Cuán tranquilo estaba el mar!

Con nuestra ilusión a solas
Forjamos un existir
De divinas aureolas;
Y reflejaban las olas
Nuestro hermoso porvenir.

El sueño fué al cabo, cierto;
Sin ninguna tempestad
Llegamos bien pronto al puerto,
Y escucho cuando despierto
Que me llaman: «Majestad».

¡Majestad! nombre divino
Me sentí la más feliz
Vencedora del destino;
Un grito abrió mi camino:
Que «Viva la Emperatriz».

No eran vanas ilusiones;
Entusiasmo por doquier,
Música, gloria, ovaciones,
¡Y un millón de corazones
A los pies de una mujer!

Flores que ya estaban secas;
Rumor hermoso y fugaz;
Palabras que fueron huecas,
Y el trono de los aztecas
Mintiendo riqueza y paz.

Avida de gloria y fama
Al falso trono subí,
Y me engañó el panorama;
¡Cuánto edecán! ¡cuánta dama,
Sobre sus peldaños vil!

¡Ah! mi buen Maximiliano;
No me niegues tu perdón;
Todo fué mentido y vano.
¡No maldigo al mexicano,
Yo maldigo, á Napoleón!

El me juró sostenerte;
Sus promesas fueron vanas,
Y dándome olvido y muerte
Me alejó para no verte,
De las playas mexicanas!

En vez de sonrisas, quejas
En mi vida encontrarás;
¡Oh mi amor! ¿por qué te alejas?
¿Por qué tan sola me dejas?
¿Dónde moras? ¿dónde estás?

Ya tu brillo no pregonas
La voluble multitud,
¡Y á mi nunca me abandona
Un espectro con corona
Guardado en un ataúd!

Y me dejas entre abrojos
Sin consuelo ni razón;
Y aquí te imploro de hinojos,
Secos de llorar los ojos,
De sufrir mi corazón.

¿Yo causé tu desventura?
¿Te arrastró mi vanidad?
Perdóneme tu alma pura,
Triste en mi oído murmura
La palabra Majestad.

Mírame; inclino la frente
Buscando tu dulce amor;
Y el mundo al verme demente
Hoy me llama indiferente
La Emperatriz del dolor!

Noviembre, 4 de 1899.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SOLA...!

Personaje: MAGDALENA.

Alcoba elegante con lecho de cortinas y lazos rojos; un tocador, una mesa, diván y butacas. Una lámpara á media luz y sobre la mesa un ramillete, una carta y un pliego abierto. A la izquierda un balcón, á la derecha la puerta de entrada. Es más de media noche.

(Magdalena llega envuelta en lujoso abrigo y finge que habla con alguien que la ha dejado al pie de la escalera.)

Gracias, pero vuelve al coche,
Ya nos veremos temprano;
Adiós, mi amigo, mi hermano...
Partió al fin... ¡qué horrible noche!

La ciudad semeja en calma
Un gran sepulcro vacío,
Y corre un aire tan frío
Como el invierno del alma.

De mi vida turbulenta
No hay quien las penas comparta;
¿Qué me han traído? una carta,
Unas flores y una cuenta:

Es cuenta de la modista,
Ochenta duros, bien poco;
Ya los pagará ese loco
Del viejo capitalista.

Rechazan la ancianidad
Muchas mujeres; ¡torpeza!
No hay que mirar la cabeza,
En la bolsa está la edad.

El baile estuvo esplendente...
¡Pobre Tomás! me introdujo
Al salón, y se produjo
Gran alarma entre la gente.

Las damas encantadoras
Me vieron mal, era claro;
No tiene nada de raro,
Es lo justo, ¡son señoras!

Cada cual hizo una mueca
De disgusto y de estupor,
Así lo exige el pudor;
¡Qué palabrota tan huecal

Los jóvenes me miraban
De soslayo, y sonreían...
¡Y todos me conocían,
Pero no me saludaban!

Hombre caprichoso y vano
A solas juegas conmigo,
Pero en habiendo un testigo
Ya me retiras la mano.

Y culpas mi liviandad
Y me declaras proscrita...
Sin dar nada, todo quita
La hipócrita sociedad.

¡La mujer! ¡enigma eterno!
Dios, cual flor formarla quiso
Con hojas del Paraíso
Y matices del infierno.

Cuando á un abismo sin fondo
Ruedan la flor y el perfume,
En silencio los consume
Lo más negro y lo más hondo.

Ya no hay nada que me asombre,
Mi perdición fué un deslíz;
Yo en un tiempo era feliz,
Tuve posición y nombre.

He aquí la sola cuestión,
El problema arduo y profundo;
¡Todo lo dan en el mundo
El nombre y la posición!

Ni el talento ni el trabajo,
Por más que el sabio lo escriba;
Los astros están arriba
Y los guijarros abajo.

Mi gracia cautivadora,
Gracia propia de mi edad,
Fué para la sociedad
La manzana tentadora.

Rodé al abismo, rodé
Por ser débiles mis alas,
Y perdí todas las galas
De la virtud y la fe.

Ninguno se reconcilia
Conmigo; mundo cruel;
Tengo un hogar, ¡el hotel!
¡La humanidad por familiar!

Vivo sola, abandonada
De cuantos ayer me amaron;
Cuanto tuve lo arrancaron
De mi amor... ¡no tengo nada!

¡Mis padres! ¿vivirán hoy?
Tal vez existan aquí;
Tienen vergüenza de mí,
Y yo por muertos los doy.

Diez años hace que un día
A mi madre logré ver;
No me pude contener
Y le grité: ¡madre mía!

A sus pies caí de hinojos,
Era en la calle, nos vieron,
Sentí que en mi faz cayeron
Las lágrimas de sus ojos.



—¡Mis padres! ¿vivirán hoy?

«Bésame, la dije, madre,
Que de sufrir estoy harta».
Y ella dijo: «aparta, aparta,
Que estás manchando á tu padre.»

El rostro descolorido,
Toda trémula, echó á adnar,
Y solo alcancé á besar
La orla de su vestido.

No me tuvo compasión
Y no escuchó mi lamento...
Yo quedé en el pavimento
Extraviada la razón.

De nada cuenta me dí,
Y en aquel vértigo insano,
¡Ni sé quién me dió la mano
Ni quién me trajo hasta aquí...

Cuando por aquella puerta
De nuevo á este cuarto entré,
¡Ya soy huérfanal grité...
¡Hasta mi madre está muerta!

¿A quién me quejo? ¿á quién llamo?
Al aire doy mis suspiros,
Y el aire en revueltos giros
Se los lleva... (Mirando el ramillete.)
¿Y este ramo?

¿Quién me obsequiará con flores?
Rosas de Abril purpurinas,
No tenéis tantas espinas
Como yo tengo dolores.

Aunque ricas de fragancia
Y perfumadas y bellas,
No sois puras como aquellas
Que yo cortaba en la infancia.

No sois cual las madre selvas
Que en mi jardincito había...
¡Oh recuerdo de alegría!
¡Ya no vuelvas... ya no vuelvas!

Nadie se inquieta si tarda
Mi vuelta al hogar sombrío;
Ya duermo llena de frío...
¡Ya ningún ángel me guarda!

Una vez hallé a un anciano
En la calle, frente a frente;
Era mi padre; imprudente
Le quise besar la mano.

Con semblante duro y hosco
Mi pretensión rechazó,
Y con voz agria exclamó:
«¡Aparta, no te conozco!»

Vi en su mirada un infierno
De pena amarga y sombría;
¡Así en el último día
Verá a un réprobo el Eterno!

Con qué amargura refina
Su acento en todo mi ser;
No me quiso conocer
El que me arrulló de niña:

Cansada de tanto andar,
Rendida a golpe tan rudo,
Me dije: tengo un escudo
Que bien me puede salvar.

Pero juntó mi memoria
Al epílogo el proemio:
¿Cómo perder aquel premio
Todo amor, pureza y gloria?

De mi infancia ante el destello
Cogí el escudo sagrado
Que en un medallón guardado
Lo llevo siempre en el cuello;

Y olvidando de mi suerte
La crueldad y la agonía,
Exclamé: moneda mía,
Antes morir que perderla.

Salvé el tesoro sagrado,
Este escudo envejecido
Con mis lágrimas ungido
Con mis besos coronado.

Una carta me han traído,
Veamos; ¿de quién será?
Ninguno me escribe ya...
¡Todos me hablan al oído!

Conozco esta letra, sí,
O soy víctima de engaños;
Hace muchos, muchos años
Que él no se acuerda de mí.

Es su letra, si evidente,
Letra que en tiempos mejores
Me expresaba los amores
Del corazón inocente.

Aunque la escribió convulso,
Es su misma claridad...
¡Pobrecito! no es su edad
La que hace temblar su pulso.

¿Qué me dirá, Dios bendito?
Temblando estoy de temor;
Nunca sentí igual terror
Al romper un sobrescrito.
(Lee la carta y toca á la actriz interpretarla)

«Si soñaste alguna vez
Ver de nuevo letras mías,
Estas te pongo en los días
Postreros de mi vejez.

Enfermo y desengañado
De prisa al sepulcro voy;
Lo anhelé desde que estoy
Por tí sola deshonrado.

A nadie amé como á tí,
Y hoy me das infamia y lodo
En recompensa de todo
Lo bueno que yo te di.

Próximo á desaparecer,
Ya mis deudas he saldado,
Y algo tuyo que he guardado
Te lo voy á devolver.

No esperes una fortuna,
Que mi riqueza no es tanta;
Es una reliquia santa
Que yo recogí en tu cuna.

Es lo que al mundo trajiste
En mis instantes más bellos:
Un rizo de tus cabellos
Que corté cuando naciste.

Si hubieras muerto aquel día,
El rizo que guardé tanto
Hoy me hiciera verter llanto,
Mas no me mancillaría.

Hebras de tu misma trenza
Te las devuelvo, que así
Ya sólo guardo de tí
Algo eterno, ¡la vergüenza!

Tú ennegreciste mi suerte,
Que Dios al morir te acorra;
La vergüenza no la borra
Ni la oración, ni la muerte.

Compasión ¡oh padre anciano!
¡Piedad porque te ofendí!..
Ya que no me viene aquí
La bendición de tu mano.

¿Por qué no viste en mi ser
La infamia y no me mataste?
¿Por qué no me sofocaste

Al momento de nacer?
(Abre el papel que contiene sus cabellos)

¿Qué miro? ilusiones vanas!
¿Es realidad ó extravío?
¡Viene atado el rizo mío
A una guedeja de canas!

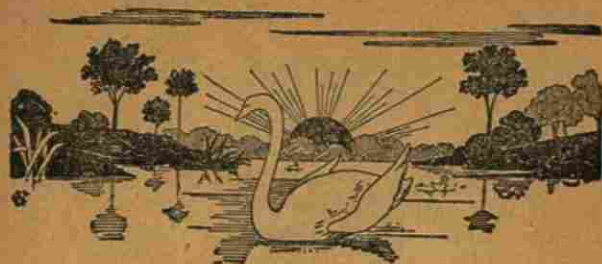
¡Nieve de un volcán bendito
Que por mi culpa estalló,
Yo sé bien que te formó
Más que la edad, mi delito!

Mi sien junto á tu cabeza
Ni en la tumba ha de dormir...
¿Por qué ¡oh padre! has vuelto á unir
A tu virtud mi pureza?

¿Es castigo ó es clemencia?
¿Cómo deja en esta vez
A la infamia, la honradez
Su corona por herencia?

Con el corazón opreso,
Sin paz, sin amor, sin fe,
Aquí que nadie nos ve,
Llorando ¡oh padre! te beso.
(Besa llorando, el rizo)

Si yo entre las más livianas
Del infierno voy en pos,
Que la bendición de Dios
Me llegue con estas canas.
(Amanece; entra luz por el balcón al cual ella se dirige enjugándose los ojos.)



Recuerdos de un Veterano

Monólogo escrito para el beneficio del distinguido primer actor

LEOPOLDO BURÓN

ACTO UNICO

Personaje: DON JOSÉ (de 80 años.)

El teatro representa la habitación de un viejo militar, modesta y reducida. Una mesa con papeles, planos, libros, álbum de retratos, una corneta, un machete suriano, una condecoración y una bandera mexicana pequeña y enrollada. Es de noche. D. José viste un traje de antiguo soldado, con redingote gris ó azul obscuro, botones dorados y una gorra de cuartel.

¡Noche de invierno! Es verdad:
Sopla afuera el cierzo impío;
Algo más fiero y más frío:
¡Mi espantosa soledad!
Nunca como en esta vez
Me sentí más abatido;

De los mares del olvido
Es un puerto la vejez.

¡Ochenta años! qué de engaños,
De luchas, de desventuras,
De lágrimas y amarguras,
Cabén en tan largos años!

Nací antes del siglo; fué
Mi padre un labriego honrado,
Que, ignorante é ignorado,
Vivió en brazos de la fe.

Hizo el bien, ignoró el mal,
Y su música más sana
Fué la voz de la campana
De su parroquia natal.

Sin deudas ni sinsabores
Dejó el mundo el mismo día
Que con Hidalgo nacía
La Independencia en Dolores.

Mi edad, de glorias avara,
Vió en esa causa una aurora:
Pasó Hidalgo por Zamora
Con rumbo á Guadalajara.

Yo, con doce primaveras,
Fuí á presentármele ufano:
—¿Quieres—me dijo el anciano—
Ser un soldado de veras?

Si no puedes, chiquitín,
Con arcabuz ni escopeta!

—Señor, dadme una corneta,
Comenzaré de clarín.—

¡Oh recuerdo, que seduces!
Fuí su clarín ¿qué más gloria?
¡Yo dí el toque de victoria
Sobre el Monte de las Cruces!

Yo, en mi hermosa juventud,
Ví aquella cabeza cana
Fulgurar en la mañana
Que abolió la esclavitud;

Yo anuncié la dispersión
Que tristes memorias deja,
Cuando nos tomó Calleja
El puente de Calderón;

Y después que por malditas
Rencillas lo traicionaron,
Yo ví como se llevaron
Su cabeza á Granaditas!

Entre penurias y duelos
Que venció mi ardiente fe,
Seis meses después logré
Incorporarme á Morelos!

¡Nadie á este genio conocel
Era de la guerra el rayo!
Dígalo aquel dos de Mayo
De mil ochocientos doce;

En que con heroico pecho,
Al despuntar la mañana,

Seguido de Galeana.
Que fué su brazo derecho,

En Cuautla, con férrea mano,
Rompió sin temer reveses,
El sitio que por tres meses
Sostuvo á Calleja y Llano.

Aquel esfuerzo viril
Hace ¡oh mundo! que te asombres:
Con Morelos tres mil hombres
Vencimos á doce mill

Lleva el indomable Aquiles
A Huajuapam sus legiones,
Toma catorce cañones
Y mil descientos fusiles.

Después Tehuacán ataca,
Y, nunca de aliento falto,
Como un león, por asalto
Se apodera de Oaxaca.

¡Semidiós de nuestra historia!
Firmé le seguí hasta el fin,
Pues con él fué mi clarín
El clarín de la victoria.

(Saca un clarín.)

Aquí estás viejo instrumento,
¿Quién al verte te respeta?
Dirán: «es una corneta».
¡Mienten! ¡es un monumento!

Contigo siempre fui en pos
De los héroes á la guerra.

¡Los héroes son de la tierra
Los elegidos de Dios!

Tus breves toques sonoros,
Anunciando fuego ó diana,
Oyeron Bravo, Galeana,
Sesma, Mier y Matamoros!

Cuando á sargento ascendí,
Pude haberte abandonado;
Pero al mirar tu pasado,
No te entregué, te escondí!

Reliquia de mi existencia,
Todos tus toques benditos
Se apagaban á los gritos
De «¡muerte ó independencia!»

Te guardé... después los cielos
Su protección nos negaron,
Y de rubor se nublaron
Viendo morir á Morelos.

Mató el gobierno español
A aquel atleta entre atletas,
Quedaron varios planetas,
Pero les faltaba el sol!

Joven, patriota y entero,
Seguir quise la campaña,
Y fui al Sur, á la montaña,
Con el general Guerrero.

En las Mixtecas con él

Burlamos la adversa suerte...
¡Qué valeroso y que fuerte
Era el insurgente aquél

Debajo de la ceniza
Que mi cabeza emblanquee,
Lo busco y se me aparece:
Pelo crespo, tez cobriza,

Ojos negros y profundos,
Gran talla, frente serena;
Su afán, romper la cadena
Que ligaba los dos mundos.

Fué el firme entre los soldados,
Todos desmayado habían;
Con Calleja unos morían,
Otros iban desterrados.

Sólo Guerrero en su ley,
Con su esfuerzo inquebrantable,
Llegó á ser el indomable
Que diera espanto al Virrey.

Nada torció sus anhelos,
Que aquel corazón de bronce
Desde el ochocientos once
Entró á servir con Morelos.

Después solo, en las montañas,
Tenaz la causa sostuvo,
Y veinte triunfos obtuvo
En veinte heroicas campañas.

En todas ellas venció;

Recordarlas me conmueve,
Desde el once al diez y nueve
A todas asistí yo.

(Saca un machete suriano.)

Aquí está; su augusta mano
Me dió en Cuautla este machete,
Diciendo:—«Sargento, vete
Por la cabeza de Llano.»

Veloz como un huracán,
En mil lances renombrados,
Temblar hizo á los soldados
De Luces y de Lañán.

Entre nosotros ninguno
Dejó jamás á Guerrero;
Vino en fin el diez de Enero
Del ochocientos veintiuno!

Fecha que el triunfo decide;
A Acatempam nos llevó,
Donde á Guerrero esperó
Don Agustín de Iturbide.

No es mi memoria tan mala
Y vivo guarda el recuerdo,
Pusiéronse ambos de acuerdo
Y se fraguó el plan de Iguala.

Publicado, al mes siguiente,
A Valladolid rendimos,
Luego á Querétaro, y fuimos
A Puebla directamente.

Renace aquí todavía
La emoción santa y sincera,
Que tuve al ver la bandera
De la amada patria mía.

No me pasa la impresión;
Nunca sentí más respeto
Que al escuchar el decreto
Que dió vida al pabellón.

¡Qué angustos! ¡qué hermosos días!
Con qué fe nos aclamaban,
Con cuánto amor nos llamaban,
«Los de las tres garantías.»

El verde: la religión
(Fué primero la conciencia)
El blanco: la independencia;
Y el encarnado: la unión.

Y, por símbolo inmortal,
Erguida el águila indiana
Desgarrando soberana
La serpiente en un nopal.

Nunca, lo digo en verdad,
He visto más alegría
Ni más llanto que en el día
Que entramos á esta ciudad.

Ni pormenores ni nombres
Recuerdo, y es natural;
Entramos en son triunfal
Con diez y seis mil hombres.

Trescientos años después
De que, asombrando estos valles
Entraron por nuestras calles
Las tropas de Hernán Cortés.

Iturbide por delante
Resplandeciente de brillo,
Sobre un caballo tordillo,
Nervudo, altivo y pujante.

«Vencedor, hijo del cielo,
Gritaban, ¡viva la paz!»
Regando, al mirar su faz,
De frescos lauros el suelo.

Todos con gozo atronaban
De amor la ciudad entera,
Y al mirar nuestra bandera
Las gentes se arrodillaban.

Bajo toldos de pendones
Verde, blanco y escarlata,
Con las vajillas de plata
Reluciendo en los balcones,

Con arcos de armizo y tul
En conjunto hermoso y raro,
El sol estando muy claro
Y el espacio muy azul;

Al sonoro retumbar
De la hermosa artillería,
Y á los gritos de alegría
Lanzados en cada hogar,

Las madres con santo amor
Y entre dulces regocijos
Acercaban a sus hijos
Al pabellón tricolor.

Tras Iturbide, marciales,
Séquito altivo y hermoso,
Iban en grupo vistoso
Nuestros viejos generales.

¡Qué vanguardia tan brillante!
Tras ella, airoso marchaba
Todo lo que se llamaba
Ejército trigarante.

Atronaban el espacio
Gritos de entusiasmo fieles;
Fue un camino de laureles
Hasta llegar a Palacio.

Allí Iturbide quedó,
Y a varios nos repartieron
Un recuerdo... el que me dieron
Intacto lo guardo yo.

Es un recuerdo sin par
Que duplica su valía
Haberlo obtenido el día
Que nadie podrá olvidar.

Una pequeña bandera:
Aquí está... ¡prenda bendita!
Entre tus pliegues palpita
¡Oh Patria!... tu historia entera.

Me la dió el Libertador
Cuando en su afán tuve fe...
De él contigo me alejé,
Cuando se hizo Emperador.

No guardo rencor ni encono,
¡Bien sabe el Omnipotente
Que ni tú ni este insurgente
Saludaron aquel trono!

Santa insignia mexicana,
¡Con qué afán te saqué yo
La vez en que proclamó
La República Santa-Ana!

¡Cómo en tradiciones rico,
Por los años consagradas,
Surgiste cuando a Barradas
Derrotamos en Tampicol...

¡Cómo viste a sus soldados,
Al mandato de Santa-Ana,
Volverse para la Habana
Vencidos y desarmados!

¡Cómo te bañaste en luz,
Cuando expuesto a mil reveses,
Santa-Ana echó a los franceses
Del puerto de Veracruz!...

Y ¡cómo limpio has venido
Sin dejarme ni un momento
Para ser el ornamento
De los años que he vivido!

.....

¡Qué fría es la ancianidad!
Bajo el sol de la razón,
Se ve desde un panteón
A toda la humanidad!

¿Todo ha sido lumbre fatua?
¿Todo es ficción? ¿Nada es cierto?
Dudo a veces si ya he muerto,
Y estoy viviendo en estatua.

Se llenan los pensamientos
De la experiencia a la luz...

Aquí... ¿qué brilla?... mi cruz.
(La toma y lee el anverso.)
«Treinta contra cuatrocientos.»

Acción memorable, sí,
En que fuimos campeones,
Con Meotí, treinta dragones,
De «fieles del Potosí.»

Han muerto ya, con razón;
Sólo a mí Dios me sostiene;
Soy el único que tiene
Esta condecoración.

(Abre el álbum de retratos.)

¡Oh alevé destino impío!
Para mí, duro é ingrato!
Tiemblo al ver este retrato.
¡Pobre Luis! ¡pobre hijo mío!

Perdió a la madre al nacer,

Y quedó sólo conmigo,
Tuvo el vivac por abrigo,
La bandera por mujer,

El rancho por alimento,
Y por arrullos amados,
Los cantos de los soldados
En medio del campamento.

Sus más gratas diversiones
En sus primeros abriles,
Se la dieron los fusiles,
Los sables y los cañones.

Creció soldado sin par,
Y ya joven y valiente,
Habiendo sido teniente
Del Colegio Militar,

A la Angostura marchó
Contra la invasión tirana,
Y una bala americana
La vida le arrebató...

Años hace, y todavía
De luto está mi alma entera;
Si Dios ocasión me diera
Con qué amor lo vengaría.

Bandera de tres colores,
Por el mejicano amada;
Santa bandera soñada
Por el cura de Dolores;

Bandera, que has tremolado

Desde el año veintiuno,
Sin que ninguno, ninguno
Te haya abatido ó manchado;

Mi Luis voló en pos de tí,
Pues eras su fe, su égida,
Y por tí perdió una vida
Que yo á tu sombra le di.

Murió soldado leal;
De otra suerte, si viviera,
Vamos... lo sé bien... ya fuera
Un bizarro General...

Murió cubierto de gloria,
Y hoy lo miro solamente
Pasar lista de presente
En el cuartel de la historia.

¡Hijo! mi abatido ser
Toca el dintel de la muerte;
Pronto, muy pronto he de verte;
Lloro por volverte á ver.

Eras mi sola fortuna,
Eras mi sola alegría,
Moriste y desde aquel día
No tengo dicha ninguna.

Mis potencias se aminoran,
Te lloro constantemente...
Vamos, José... sé valiente:
Los insurgentes no lloran!...

Cuando el alma duele tanto,

La pena á los ojos sube,
Busca espacio... forma nube,
Se deshace y llueve llanto.

Si en otra nueva invasión
Nuestros hogares asaltan,
Las fuerzas que aquí me faltan,
Las tengo en el corazón.

Tiemblo... mas no retrocedo,
Y al defender el honor,
Tengo brazos sin vigor,
Pero corazón sin miedo.

¡Cuánto heroico amigo ausente!
Guerrero, Hidalgo, Morelos:
Si vivís allá en los cielos,
Velad por este insurgente.

Por el que todo perdió,
Y pronto á morir en calma,
Adora con toda el alma
El suelo donde nació.

Por este suelo velad,
Y en él vuestros ojos fijos,
Mantened sobre sus hijos
El sol de la libertad!...

Que el mar se lo trague fiero
Y sus montañas allane
Antes de que lo profane
La planta del extranjero.

Por salvar su honor y prez

Me siento joven y fuerte,

Pero si ya soy la muerte...

Nada puede la vejez...

Ya mis delirios son vanos,

E inútiles mis arrojios;

Ya no tienen luz los ojos,

Ni fortaleza las manos.

Otros nacieron mejores,

Y ellos lucharán mejor...

Tu serás mi último amor,

Bandera de tres colores.

Te consagré mi existir,

Regó mi sangre tu alfombra,

Y hoy sólo anhelo tu sombra

Tu sombra para morir!

Y que el mundo pueda ver

Que alumbras con tus reflejos

Las tumbas de aquellos viejos

Que te salvaron ayer.

¡Mundo! las dichas que das

El llanto al fin las resuelve:

El sol que se ausenta, vuelve;

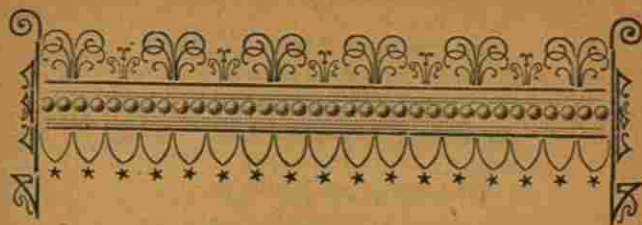
La vida que huye, jamás.

Pero mi gloria mayor

Será ver, cuando me muera,

Libre, respetada, entera,

Mi bandera tricolor.



En Vísperas de la Boda

Monólogo escrito para el beneficio del actor

Sánchez del Pozo

Estrenado en el Gran Teatro Nacional de México

Personaje: JUAN.

La escena representa la alcoba de un joven elegante y habrá en ella todas las prendas á que se refieren los versos.

¡Pero si no puede ser!

(Mirando el reloj)

Mi reloj va adelantado.

¡Las cuatro! ¡Estoy engañado!

¿Tan pronto va á amanecer?

¡Aquí está mi frac! ¡llamante!

El chaleco, sin pasión,

Muy bien... y este pantalón,

Correcto... ¡muy elegante!

Me siento joven y fuerte,

Pero si ya soy la muerte...

Nada puede la vejez...

Ya mis delirios son vanos,

E inútiles mis arrojios;

Ya no tienen luz los ojos,

Ni fortaleza las manos.

Otros nacieron mejores,

Y ellos lucharán mejor...

Tu serás mi último amor,

Bandera de tres colores.

Te consagré mi existir,

Regó mi sangre tu alfombra,

Y hoy sólo anhelo tu sombra

Tu sombra para morir!

Y que el mundo pueda ver

Que alumbras con tus reflejos

Las tumbas de aquellos viejos

Que te salvaron ayer.

¡Mundo! las dichas que das

El llanto al fin las resuelve:

El sol que se ausenta, vuelve;

La vida que huye, jamás.

Pero mi gloria mayor

Será ver, cuando me muera,

Libre, respetada, entera,

Mi bandera tricolor.



En Vísperas de la Boda

Monólogo escrito para el beneficio del actor

Sánchez del Pozo

Estrenado en el Gran Teatro Nacional de México

Personaje: JUAN.

La escena representa la alcoba de un joven elegante y habrá en ella todas las prendas á que se refieren los versos.

¡Pero si no puede ser!

(Mirando el reloj)

Mi reloj va adelantado.

¡Las cuatro! ¡Estoy engañado!

¿Tan pronto va á amanecer?

¡Aquí está mi frac! ¡llamante!

El chaleco, sin pasión,

Muy bien... y este pantalón,

Correcto... ¡muy elegante!

Los choclos... ¡qué buen charoll
El clac... ¡de forma seveal
¡Y aquí para la pechera
Un diamante como un soll

¡Que! ¿nada me falta ya?
Un pañuelo... le pondremos
Esencia, y lo guardaremos...
¿Y mi corbata? Aquí está.

Ahora sí; todo está listo;
Dentro de breve momento
Cumpló con un sacramento
Que instituyó Jesucristo.

Si lo pienso me confundo,
Esto no se ha de pensar;
¿Por qué me voy á casar?
Porque lo hace todo el mundo.

Tengo una novia muy bella,
Y muy joven y muy rica...
Siendo así, ¿quién no se explica
Por qué me caso con ella?

A las cinco vendrá el coche
Y en él vendrá mi padrino...
Mas suena el reloj vecino...
Cinco... seis... es media noche.

Y yo que no fui al teatro
Ni á visitas... me dormí,
Y al ver mi reloj creí
Que estábamos en las cuatro.

¿La media noche? Es decir
Que bien me puedo acostar...
Pero al que se va á casar,
¿Le será fácil dormir?

¡Ah! ¡se me ocurre una idea!
Y cuidado que no es mala,
Tengo una caja en la sala
Que en su exterior es muy fea;

Pero que guarda escondida
Una historia de placeres:
¡Las cartas de las mujeres
Que me han amado en la vida!

Es depositaria fiel
De prendas de amor eterno,
En el cual, por ser moderno,
Abunda mucho papel.

Y ya que al hogar me entrego
Y á sus ternuras dichosas,
Daré todas estas cosas
A la basura y al fuego.

Venga la caja... tendré,
Para abrirla, gran valor...
Me siento un inquisidor...
Capaz de un auto de fe...

(Se va: vuelve con la caja.)

Aquí está... me he trastornado
Al tomarla, claro sí...
Como que se encierra aquí
La historia de mi pasado.

¡Valor, Juan! ¡mucho valor!

(La abre)

La abrí... y el alma me duele,
Huele á juventud y amor!

¡Qué cinto! ¡color de cielo!
Esta me la dió María...
¿Y este rizo? es de Lúcia...
¿Y este moño? de Consuelo.

¿Y esta pulsera? de Elena.
¿Trenza rubia? de Belén,
¡Un broche! no sé de quién...
¿Y esta flor?... de Magdalena.

¡Una ligal... qué demonio!
Se cayó... la recogí;
Y por esta liga di
Palabra de matrimonio.

¿Si será un impedimento?
¿Si me causará querellas?
Fué una palabra de aquellas
que pronto se lleva el viento.

¿Y esto?... ¿Qué es esto, buen Juan?
Y dice muy claro Inés.
¡Ah! ya recuerdo: esto es
Un pedacito de pan.

Ardiendo en dulce pasión
Lo quitó de su boquita,
Pues le dije: «Palomita,
Dáale pan á tu pichón.»

¿Y este papel tan doblado,
Y tan pequeño á la par?...
Vamos... debe guardar
Algún tesoro sagrado.

¡Jesús! ¡qué barbaridad!
¡Qué cosas hay en la tierra!
Este papelito encierra
Las uñas de Soledad.

Una vez se las cortó,
Estando junto de mí;
—¿Me das los recortes?—Sí.—
Y vamos... que me los dió.

Y esto lo grave no fué,
Que en amores no hay reproche,
Lo grave fué que esa noche
Estos recortes besé.

Los llamé ¡prenda sagrada!
Los oprimí sobre el pecho,
Y al estar solo en mi lecho,
Los puse bajo la almohada.

¿Cómo se pueden hacer
Ciertas cosas? ¡Yo lo ignoro!
¡Quién guarda como tesoro
Las uñas de una mujer!

Aquí hay otra prenda ¡horror!
No me atrevo ni á mirarla,
Pero es justo disculparla.
¡Qué historia tiene el amor!

Tuve en mi mejor edad
Una novia—y va de cuento—
Imbécil de nacimiento
Y cursi de calidad.

Para pintarla diré
Que escribió por Belcebúl
Corazón siempre con q
Y Juan ¡qué dolor! con g.

De su amor en el afán,
Teniéndolo por buen uso,
«Mi cuerudo Guan» me puso,
Por poner: «Querido Juan.»

Tenia unos pies esa hermosa,
Tan pequeños á mi ver,
Que los podía esconder
En el cáliz de una rosa.

No eran pies, eran jazmines,
Y yo su amante ferviente,
Quise darle por presente
Un par de ricos botines.

La medida le pedí;
Al oírme se asustó,
De pronto dijo que no,
Pero al fin dijo que sí.

«Mi cielo, mi amor, mi vida»,
La dije—yo era un bendito—
«Oyeme: yo necesito
Que tú me des la medida.»

Y dejándome perplejo,
El ángel de mi ilusión,
Me arrojó por el balcón
Por muestra un zapato viejo.

Juzgando el presente grato
Con amor lo levanté,
Y ¡qué digo! hasta besé
Aquel maldito zapato!

Ella me lo entregó ya
Roto, horrible, desmembrado...
Pero es cierto... lo he besado,
Y fué un crimen... aquí está.

¡Un guante color marrón!
El hecho no está distante,
Es una historia este guante
De cierta equivocación.

Lola, una fresca amapola,
Que del mundo en los horrores
Nunca quiso ser dolores
Y gozaba con ser Lola.

Llena de gracia y dinero,
Iba en un landó imperial
Con su mamá, que era igual
A un rudo carabinero.

Siempre al despuntar la noche
En aquel coche salía,
Y á su puerta me ponía
Para ver salir el coche.

Así esperándola ufano,
Al pasar cerca de mí
Sacaba la mano... así...
Y yo besaba su mano...

La madre al fin lo notó,
Causándole gran disgusto,
Se propuso darme un susto,
Y los lugares cambió.

—Ahora aquí te has de sentar.
—No, mamá, voy de este lado,
—No, niña, te lo he mandado,
¡Que no! ¡Cambia de lugar!

Y cuádrele ó no le cuadre,
la niña el lugar cambió,
Y sin chistar ocupó
El asiento de la madre.

Esta—¡proceder villano!—
Abusó de mi inocencia,
Y sacó con indolencia,
Al verme, su antigua mano.

Yo, juzgando regla fija
La que estuve obedeciendo,
Besé la mano creyendo,
La verdad... que era de su hija.

Mas, la beso —y ¡oh dolor!
Esa mano perfumada,
Me larga una bofetada
Con tal fuerza y tal rencor,

Que yo, que amante y sencillo
Busqué un placer, no un agravio,
Sentí desgarrado un labio
Y fracturado un colmillo.

—¿Conque así me pagas ya
El amor que te ofrecí?—
Y me dijo:—Yo no fui,
Pregúntalo á mi mamá.—

Después perdonó el amante
La ofensa que recibió,
Y ella turbada me dió,
Como recuerdo este guante.

El mirarlo no me alegra.
¡Es una memoria impura!
¡Cómo que fué la armadura
De la mano de mi suegra!

¿Y este clavel? Fué Raquel,
Una Raquel casquivana,
La que me dió una mañana
Este precioso clavel.

Ya está seco y sin perfume,
Como el alma de esa ingrata.
¡El tiempo todo lo mata,
Lo deshace y lo consume!

Pero el recuerdo está impreso,
Muy cara esta flor pagué;
Cada pétalo cambié
—No lo digáis—¡por un besol

Ella, que casada está,
Cuando me encuentra en la vida,
Se hace la desentendida,
Y no me conoce ya.

Y yo le digo: Raquel,
Todo muere en el olvido,
Si supiera su marido
La historia de este clavell

¡Aquí hay violetas, poetas!
¡Quién su símbolo no explical...
¿Al fuego?... ¡no! a la botica
Para infusión de violetas.

Esta cruz me la dió Luz
Cuando yo en amor deshecho
La dije:—Quiero en tu pecho
Besar temblando esa cruz.—

Y, con gran franqueza os hablo,
Mientras mi amor se mantuvo,
Os lo juro: siempre estuvo
Detrás de esta cruz el diablo.

Luz era joven y bella,
Mucho la quise y me amó,
Ella al diablo se entregó,
Y otro se casó... con ella.

¿Y esto?... Duerme, corazón,
Sobre tus frescos laureles!
Prendas, cabellos, papeles,
¡Yo soy vuestro Salomón!



- No hay remedio, ¡al fuego! al fuego!

Hay mil cartas, y á fe mía,
Lo juro sobre mi honor,
Que todas tienen amor
Y ninguna ortografía.

En mi edad ardiente y loca,
Avida de mil placeres,
Yo buscaba en las mujeres
Ojos, mejillas, y boca.

Cada novia era un Edén
Y un encanto celestial;
Todas me escribieron mal,
Pero me besaron bien.

Y yo las amé por eso,
Tal vez cometí un dislate;
Pero cada disparate
Lo castigué con un beso.

La ignorancia se premia
Y así se alcanza un placer...
¡Al cabo nunca he de ser
Un miembro de la Academia.

Pero no hay que pensar ciego
En tal cosa á tales horas;
Prendas y cartas traidoras,
No hay remedio ¡al fuego! ¡al fuego!

Ya el alma no diviniza
Vuestra extinguida pasión;
Seréis como la ilusión;
Nada más: ¡humo y ceniza!

Os sirvió ayer de santuario
Mi pecho... bien lo sabéis;
Nada importa... hoy arderéis
En honor del Diccionario!

Cariño escrito con q,
Ni me vences ni me matas.
¡No conozco a las ingratas
Que ayer me hablaron de tál

Todo lo debo olvidar,
Por nada debo sufrir,
Y ya me voy a vestir,
Pues ya me voy a casar.

La mujer que yo he elegido
No tiene tacha a mi ver;
He buscado una mujer...
Digna de tan buen marido.

Es muy chiquitina... así...
Con un rostro encantador;
Y con un nombre: ¡Leonor!
Y con un alma ¡ay de mí!

Me ha pescado en duras redes,
A mí que huí a más de cuatro...
Alguna vez viene al Teatro...
¿No la conocen ustedes?

He oído cierta expresión,
Como quien mete un embrollo...
Fué... no me engaño... aquel pollo
De abajo de aquel balcón.

A ver qué cosa le achaca
A mi encantada presea...
¿Qué dicen en la platea?
¡Ah! ¡por aquella butaca!

Pues señor, es buena fiesta
Que me pone en gran temor...
¡Si le habrán hecho el amor
Los señores de la orquesta!

¿Qué dicen? ¡qué! Voto al cielo...
Saben algo... a ver... en fin...
¡Me mira el primer violín!
¡Se me esconde el violoncelo!

La flauta ve para abajo...
Sed francos, prestadme aliento,
¡Jesús! ¡si cada instrumento
Me parece un contrabajo!

¿Quién habla? ¡por vida mía!
Padezco tormentos fieros:
¿Hay risas en los terceros?
¡Ah, no! ¡fué en la galería!

Y crece mi pena fiera;
Ya no me caso ¡ay de mí!
Si ya murmuran aquí...
Después ¿qué será por fuera?

Ya dí palabra y no es vana;
Faltar será una locura.
¿Y qué va a decir el cura
Cuando me espere mañana?

Pues que esperando se quede;
Su oficio á esperar le obliga;
Y ¿qué va á decir? que diga
Misa cantada si puede.

¿Me caso, ó ya no me caso?
A todo estoy decidido;
El caso es comprometido;
Diga usted... ¿daré este paso?

¿Usted es casado?... Amén.
¿Y le va usted bien?... Me alegro.
¿Y tiene usted suegra y suegro?
Pues señor, está muy bien.

La empresa es muy arriesgada,
Y á vuestra opinión lo dejo;
Señores, dadme un consejo
Envuelto en una palmada.

Si harto aplaudís, sabré yo
Lo que debo hacer aquí:
Mil aplausos dirán sí...
Y otros mil más dirán no.

Aplaudid hasta de vicio,
Que así las fuerzas recobro,
Y por aplaudir no cobro
En noche de beneficio.

TELON



TIRAR LA LLAVE

Monólogo escrito para la inspirada actriz Sra. Luisa Martínez



PERSONA: *CONSUELO*, frente á un armario, del que saca
un cajón con varias prendas expresadas en el monólogo.

Abri al fin este cajón
Que un año tuve cerrado,
Y parece que he violado
La tumba del corazón.

Siento miedo, siento horror,
Y toda la calma pierdo:
Cada prenda es un recuerdo,
Cada recuerdo un dolor.

Pues que esperando se quede;
Su oficio á esperar le obliga;
Y ¿qué va á decir? que diga
Misa cantada si puede.

¿Me caso, ó ya no me caso?
A todo estoy decidido;
El caso es comprometido;
Diga usted... ¿daré este paso?

¿Usted es casado?... Amén.
¿Y le va usted bien?... Me alegro.
¿Y tiene usted suegra y suegro?
Pues señor, está muy bien.

La empresa es muy arriesgada,
Y á vuestra opinión lo dejo;
Señores, dadme un consejo
Envuelto en una palmada.

Si harto aplaudís, sabré yo
Lo que debo hacer aquí:
Mil aplausos dirán sí...
Y otros mil más dirán no.

Aplaudid hasta de vicio,
Que así las fuerzas recobro,
Y por aplaudir no cobro
En noche de beneficio.

TELON



TIRAR LA LLAVE

Monólogo escrito para la inspirada actriz Sra. Luisa Martínez



PERSONA: *CONSUELO*, frente á un armario, del que saca
un cajón con varias prendas expresadas en el monólogo.

Abri al fin este cajón
Que un año tuve cerrado,
Y parece que he violado
La tumba del corazón.

Siento miedo, siento horror,
Y toda la calma pierdo:
Cada prenda es un recuerdo,
Cada recuerdo un dolor.

Con este humilde collar
Me encontró la noche aquella,
Y le parecí tan bella,
Que lo pude deslumbrar.

Lo comparó á un gran joyel
Que ricas perlas substenta,
Y me dió por cada cuenta
Una palabra de miel.

Esta rosa ya marchita
Que los años han deshecho,
Cuando la miró en mi pecho
Le pareció muy bonita;

Rendido me la pidió,
Cautivada se la dió...
¡Esta rosa llevó el sí
Que su amor correspondió!

¡Esta pulsera!... ¡Quisiera,
Aunque entonces me espantara,
Que aquí por magia me hablara
Cuanto sabe esta pulsera!

Estaba á mis pies ufano;
«Te idolatro» me decía,
Suspiraba, sonreía
Y me besaba la mano.

Sus acentos expresivos
Al besarme sofocaba,
Y la pulsera temblaba
Con tantos besos furtivos.

Este azul lazo de tul
Lo robó á mi traje al vuelo,
Diciéndome: «De tu cielo
Me llevo un jirón azul.»

¿Y este anillo? ¡qué tormento!
Ni al dormir lo abandonaba,
Fué el único que llevaba
El día del casamiento.

Del templo salió dichoso,
Y con dulce regocijo
Miró este anillo y me dijo:
«¡Ahora sí, ya soy tu esposo!»

¡Ya uní mi suerte á tu suerte,
Te di mi nombre y mi hogar,
No nos han de separar
Ni el ovido ni la muerte!

No temas rencor ni dolos,
¿Quién la ventura te roba?»
Y en la puerta de mi alcoba
Me besó y dijo: «¡Al fin solos!»

De su brazo, alegre, ufana,
Sálvame al siguiente día.
¡A rosas nuevas olía
El campo aquella mañana!

Buscamos los dos la sombra
Sobre el césped fresco y blando,
Que dos que se están amando
Suspiran por esa alfombra.

¡Qué alegre cada cabañal
 ¡Qué pintoresco el boscajel
 ¡Qué misterioso el ramajel
 ¡Qué altiva cada montaña!

Volvimos a la ciudad
 Cuando la luna brillaba,
 ¡Y hasta en la luna encontraba
 Rayos de felicidad!

¿Por qué tan triste concilio
 Tanta memoria querida?
 ¿Por qué recuerdo esa vida,
 Que comenzó en un idilio?

Testigos son estas flores,
 ¿Qué importa que estén marchitas?
 Margaritas, margaritas,
 ¿Qué decís de mis amores?

El con su mano os cortó,
 Y hallando mi rostro bello,
 Los rizos de mi cabello
 Con vosotras adornó.

Pero esta que yace aquí
 Con un pétalo olvidado...
 ¡Fué el intérprete adorado
 Que elocuente habló por mí!

Cogió con inmenso amor
 Esta flor sin miedo alguno,
 Luego arrancó uno por uno
 Los pétalos de la flor...

«Me ama», «no me ama», decía,
 De verme á su lado ufano, y
 Y rodando por su mano
 Cada pétalo caía...

Yo, segura de la llama,
 Guardé un recato severo,
 Quedó el pétalo postrero
 Y éste le dijo: «¡Te ama!»

Ese pétalo aquí está,
 Y como un dardo me hiere...

...
 ¿Por qué todo se nos muere?
 ¿Por qué todo se nos va?

Cuando está el cielo teñido
 De violeta, ópalo y grana,
 Nos anuncia la mañana
 Un concierto en cada nido.

Un dosel de nubes rojas
 Se extiende por el espacio:
 Cada nido es un palacio
 Oculto entre verdes hojas.

La tierna y alada grey
 Que amor cantando reclama
 Desde la pintada rama,
 Saluda al sol como un rey.

No hay en el mundo esplendores
 Como los del nuevo día,
 Porque la aurora es la orgía
 De las aves y las flores.

Mas pasa la claridad,
El ave tiembla cobarde,
Y las sombras de la tarde
Desatan la tempestad.

Retumba el rayo impotente,
Roto el árbol cruje herido,
Y ya no busquéis el nido
A la mañana siguiente,

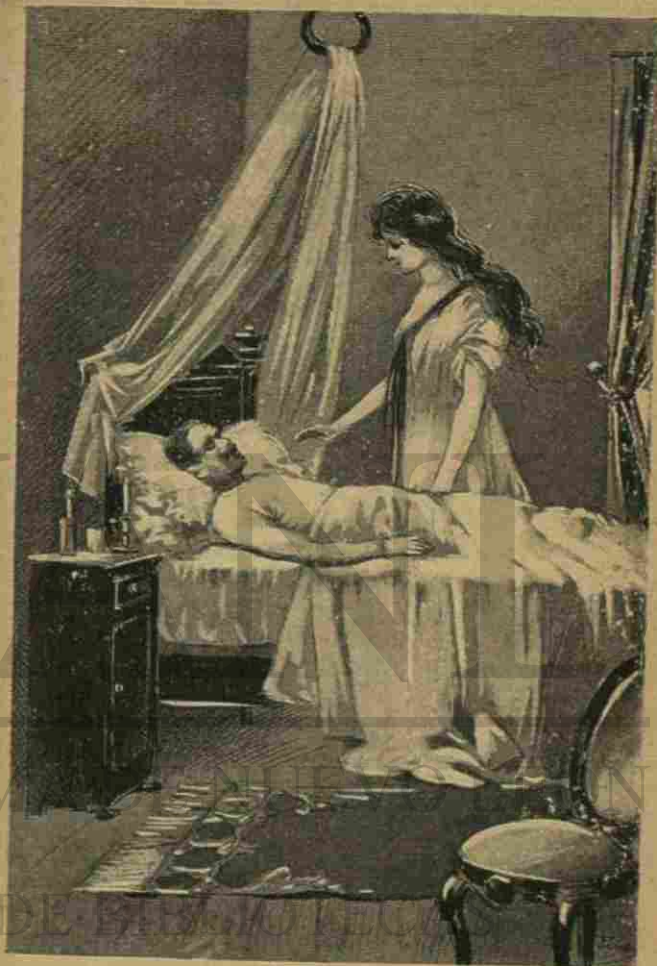
Que al despuntar en el cielo
El nuevo sol esperado,
El nido despedazado
Encontraréis en el suelo.

Así el rayo aleve, impío,
De la muerte en su furor,
Rompió el nido de mi amor...
¡Así acabó el nido mío!

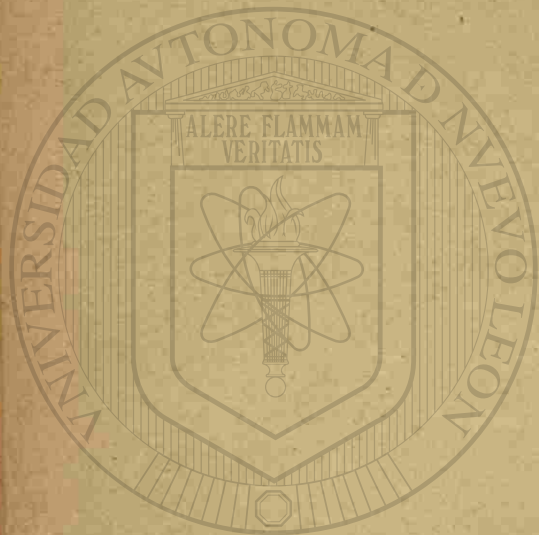
¡Todo muere ó se derrumba,
Tras la dicha y los placeres!...
¡Yo soy de aquellas mujeres
Que llevan dentro una tumba!...

¿Por qué he abierto este cajón
Que un año duró cerrado?
¡Qué triste es haber violado
La tumba del corazón!

Lloro mi dolor profundo
Cruzando campos desiertos...
¡Cuántos vivos andan muertos
En el Carnaval del mundo!



—¡Todo muere ó se derrumba!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero cerremos, cerremos,
Y reine el silencio grave...
¡No hay que mover esta llave,
Y en algo mejor pensemos!

Lo dicho, es algo mejor,
Porque es muy bueno, deprisa
Pasar del duelo a la risa,
Como dice Campoamor.

No hay que pisar los abrojos,
Ni volver gemido el canto...
A las mujeres el llanto
Les descompone los ojos.

Y no agradan en verdad
Esas gentes gemidoras
Cuyo rostro a todas horas
Está diciendo: ¡piedad!

El extraño se divierte
Y malo juzga lo bueno,
Y además el mal ajeno
A nadie le da la muerte.

Van dos años de sufrir,
Van dos años de llorar,
Las lágrimas van al mar
Dijo quien supo sentir...

Fui feliz, no lo discuto;
Ayer tuve un paraíso...
Porque lo perdí ¿es preciso
Que vista siempre de luto?

El luto es la lobreguez
De las muertas ilusiones,
Se visten con sus crespones
El cansancio y la vejez.

Mi corazón no es anciano,
Pues guarda ilusiones gratas...
Vistan luto las beatas
Que van a misa temprano.

Las monjas es natural
Que se enluten... claro... sí...
Pero el luto para mí
Francamente, sienta mal.

Yo he llorado... y no se infiere
De aquí, que todo ha acabado...
¿Dónde está el que no ha llorado
Cuando alguno se le muere?

¿Y es eterno ese pesar?
Afirmarlo es pesimismo;
La humanidad es lo mismo
Que el firmamento y el mar.

Cielo y mar volubles son,
Y Dios ha puesto de intento
El mar en el pensamiento
Y el cielo en el corazón.

Dicha, amor, celos y afán,
Que nos consumen y abrasan,
Son nubes... por eso pasan;
Olas... por eso se van.

Guardo el luto a mi marido,
Pues lo quise sin engaños,
Pero llevo ya dos años
De cargar este vestido.

Y aunque de mucho me escuda
Y a guardar respeto obliga...
No me gusta que se diga
Al ver mi luto: ¡Es viuda!

Yo lo digo con franqueza;
Todo pasa, hasta el dolor;
A una flor sigue otra flor:
¡Tal es la naturaleza!

Me dió una flor dicha y calma,
Y murió entre mis arrullos...
Hoy brotan nuevos capullos
En los jardines del alma.

No es ilusión, es verdad:
Ya me cansan, ya me afligen
Los dardos que me dirigen
Cuando estoy en sociedad:

«¿No se casa usted, Consuelo?»
«¿Cómo la vida se pasa
Una mujer en su casa
Con el marido en el cielo?»

«¿Sufre usted? ¡ni quien lo crea!»
«¿Cómo vive usted solita?»
«¿Sin novio y tan bonita?»
«¿Retraída sin ser fea?»

Y no trata de otro asunto
El que de cerca me mira;
Suspiro y dicen: «Suspira,
Pero no por el difunto.»

¿Viene usted llorando el muerto?
Si no está en el Purgatorio!
De negro se va a un velorio!
Y aquí estamos de concierto.

¿Qué artemisa planíderal
¿Qué monja tan recatada!
Veremos si una enlutada
Baila bien una habaneral

Y alguna que yo me sé,
Que mi esposo desdenó,
Me dijo: «Mírame, yo,
Por eso no me casé.

El me ofreció un porvenir,
Y quiso que lo aceptara,
Pero adiviné en su cara
Que muy pronto iba a morir.

Solo tú que no tenías
Entonces quien te dijera...
Y ya lo ves... ¿quién creyera...
Que sola te quedarías?...

Y yo respondí hecha un ascua:
«Pues mal el augurio anduvo,
Que mi esposo siempre tuvo
El rostro como una Pascua.»

Y otras veinte mil sandeces
Que me dan muy malos ratos,
Y que cuarenta insensatos
Repiten cuarenta veces.

Si no, sale un moscón
De los que entre copa y copa
Disparan a quema ropa
Alguna declaración.

Esto ya no puede ser,
Hoy lo termino sin duda:
Yo seguiré de viuda,
Pero vuelvo a ser mujer.

Las que quedamos cesantes
Con cuerpo y rostro no feos,
Somos de aquellos empleos
Que nunca duran vacantes.

Yo tengo mi juventud
Y algo que me la sostenga,
No es muy remoto que venga
La primer solicitud.

Anda mucho por allí
Un joven guapo y discreto,
Que me tiene tal respeto
Que no se ha acercado a mí.

Sólo en misa una ocasión
Me dijo quedo, al oído:
«Si aclara usted su vestido
Es que acepta mi pasión.»

Por honrado lo reputo,
Y no debo vacilar...
A ver, me voy á probar
Algo que interrumpa el luto:
(Se pone un fichú azul.)

¡Así, la flor en el pelo;
Aquí flotando este tul.
¡Qué bonito es el azul!
¡Si el azul retrata el cielo!
Esto me rejuvenece;
Ya soy otra... ¡hermosa flor!
(Viéndose el peinado.)

Algo pasa en mi interior,
Siento como que amanece...
¿Pero este triste cajón?
¡Bien está! nadie lo sabe...
Requien eternam... la llave
La tiro por el balcón.

Y me quedo así expedita,
Ni triste, ni misteriosa...
Este fichú y esta rosa...
¡Qué elegante! ¡Qué bonita!...

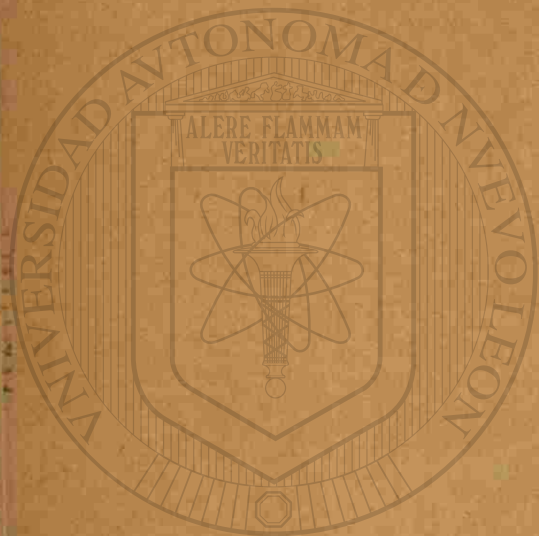
Gasas claras, no crespones
Alegria, y no dolor:
Tiene este fichú el color
De las nuevas ilusiones.

Su azulada claridad
Dice: ¡Le quiero! ¿lo dudas?
¡Esto mismo harán las viudas
De toda la humanidad!

Por ir de este ensueño en pos
Metiéndome en nuevas redes,
Ya no hablo más con ustedes:
Muy buenas noches, y adiós,

Si este amor me da un Edén,
Que el cielo os dé igual encanto...
Voy á esperarle... entre tanto
¡Que ustedes lo pasen bien!





LAS DOS MUÑECAS

MONÓLOGO PARA UNA NIÑA

*A la ilustrada señorita Rafaela Suárez, directora de la Escuela
Normal para profesoras.*

¡Ya estás aquí, picaruela!
Buenas tardes, linda alhaja,
¡Jesús! por ver esta caja
No estudié nada en la escuela.

Supe yo que estaba aquí
y ansiaba venir volando;
veremos; estoy temblando.
¿Abriré la caja?... ¡Sí!

¡Fuera cintas! hay que ver
lo que esconde la cajita

(saca la muñeca y exclama gozosa:)

¡ay! ¡qué guapa! ¡qué bonita!
¡qué dichosa voy á ser!

¡Qué rizos tan hechiceros!
¡qué boquita! ¡labios rojos!
y más que todo, unos ojos
brillantes como luceros.

Rico el vestido y de moda,
¡qué sonrisa! ¡qué semblante!
es usted muy elegante;
¡me gusta usted toda, toda!

Pero toda, sí, señora,
¡entiéndalo bien, todita!
es usted... ¡retebonita!
más bien dicho, encantadora.

Y ya que cayó en la red
de mi cariño sin tasa,
aquí tiene usted su casa,
yo soy la mamá de usted.

No una mamá impertinente,
ni terca, ni regañona,
sino muy buena persona,
muy amable y muy decente.

Y no es esto vanidad,
ni de orgullo tiene traza,
yo soy decente de raza
y amable de calidad.

¿Conque usted vale un Perú
por elegante y bonita?
muy bien; desde hoy, señorita,
nos vamos á hablar de tú.

Y es justo comenzar ya
sin apenarnos por eso,
vamos á ver, dame un beso
y dime, ¿cómo te vá?

Está bien, vienes contenta,
no quieres otro vestido,
dí la verdad, ¿te han querido
en donde estabas de venta?

Sé que allí te consentían,
te vestían, te peinaban;
pero mira, no te amaban,
la prueba es que te vendían.

Yo que con amor profundo
siento que te estoy queriendo,
no te cambio ni te vendo
por todo el oro del mundo.

Y esto es cierto: ya lo ves,
mucho sufrí por tenerte,
y te amaré hasta la muerte
sin farsa y sin interés.

Conmigo vas á vivir,
á gozar y á padecer;
juntas hemos de comer,
juntas hemos de dormir.

Y siempre serás honrada
por convicción y placer,
pues sin honra una mujer
ni vale ni puede nada.

Y estudiarás, sí, señora,
lo juro que estudiarás,
y así, más tarde, serás
una buena profesora.

Yo estudio con ese afán,
porque, sábelo, yo ansío
deberle al trabajo mío
sosiego, ventura y pan.

Eso forma mi ambición,
pues mi madre me asegura
que a la mujer da ventura
la virtud y la instrucción.

Pero en fin, vamos a ver
si no eres tú perezosa,
la pereza es una cosa
impasable en la mujer.

Y de mi lecho al abrigo
si mi sueño se renueva,
veré a un ángel que me lleva
al cielo junta contigo.

Yo he de enseñarte a rezar
y rezaremos las dos,
porque una niña sin Dios
no sirve para el hogar.

Así me lo dice al menos
mi madre que es muy piadosa
y la oración es hermosa
en los malos y en los buenos.

Y buena siempre serás,
porque si así no lo fueras
en cualquier parte vivieras,
pero a mi lado jamás.

No por orgullo ó temor;
más dice la madre mía
que una mala compañía
es peligro deshonor.

Mañana muy tempranito
te daré tela y encaje,
para que te hagas un traje
muy sencillo y muy bonito.

Me dió de cuelga mi hermano
una máquina muy bella,
y aunque coserás con ella
también coserás á mano.

Porque es muy bueno que aprendas
lo mismo que yo, y es justo
y me dará mucho gusto
que en labor todo lo entiendas.

La máquina, es natural,
sirve mucho, es muy sencilla,
pero aún tengo mi almohadilla
y mi aguja y mi dedal.

Y hago sola aunque despacio
lo que la máquina haría,
hay que ser pobre, hija mía,
aunque se esté en un palacio.

Hay que llenar cada instante
con alguna ocupación,
pero basta de sermón,
¡estás hoy muy elegante!

Tu sombrero es de la forma
que me gusta; es muy nuevo,
mañana mismo te llevo
al Paseo de la Reforma.

Y allí te vas a lucir
entre todas; lo aseguro,
al verte, ya me figuro
todo lo que han de decir.

—Miren qué rubia tan joven
lleva en el coche esa chica,
—es una niña muy rica,
—¡cuidado, no se la roben!

¡Cuanto dinero habrá dado
por ella... cincuenta pesos!
y te enviarán muchos besos
cuando pases por su lado.

Y al mirarte junto a mí
dirán hallándote bella:
—¡tuviera niñas como ella!
¡tuviera una rubia así!

Pero cuidate de todas,
no te deslumbren sus trajes,
sus sombreros, sus carruajes,
sus maneras y sus modas.

Quiéreme a mí solamente
y a mí nada más, ¿estamos?
pues si a otra quieres, nos vamos
a disgustar seriamente.

Nunca tus labios de grana
los juntes más que a los míos
¡así! qué besos tan fríos,
pareces de porcelana.

Y tu frente también es
porcelana dura y fría,
eres nieve, vida mía
de la cabeza a los pies.

Reposa aquí entre mis brazos,
duerme tranquila mujer

(reflexionando con tristeza)

¡si se llegara a caer,
si se me hiciera pedazos!

Si mirara tu hermosura
en toscos tiestos cambiada,
si después fuera arrojada
al cesto de la basura.

¡Ay! ¡ya comprendo también
un nuevo misterio! ya,
los ojos de mi mamá
tristes a veces me ven.

Y es que se pondrá á pensar
y á decir bañada en lloro,
si esta muñeca que adoro
me llega al fin á faltar.

Si sufre, si no me quiere
si prefiere á otra persona,
si peca, si me abandona,
si se enferma, si se muere.

Ya adivino su disgusto,
su mal, sus lágrimas, todo;
con razón me vé de un modo
que muestra ansiedad y susto.

No vuelvo á causarle enojos;
sólo dichas le daré
y con besos secaré
las lágrimas de sus ojos.

Ven, niña; conmigo; así;
junto á ese ángel adorado
si ella me hubiera faltado
tú no estuvieras aquí.

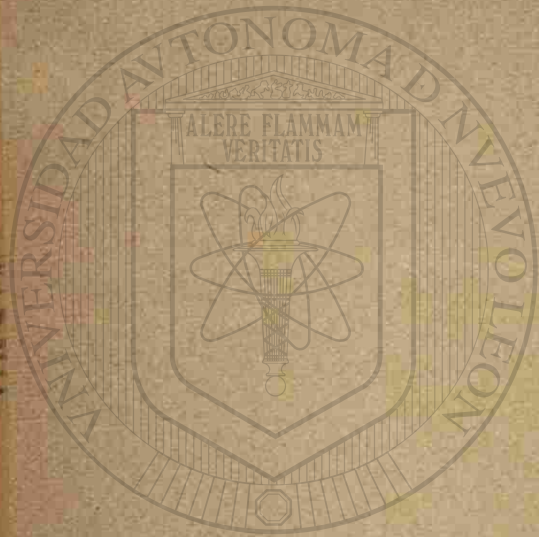
Ven á verme darle un beso
y envidiarás su fortuna,
pues á sus ojos soy una
muñeca de carne y hueso.

Si tú te acabas, podrá
darme otra igual en seguida,
más si yo pierdo la vida
mi pobre madre, ¿qué hará?



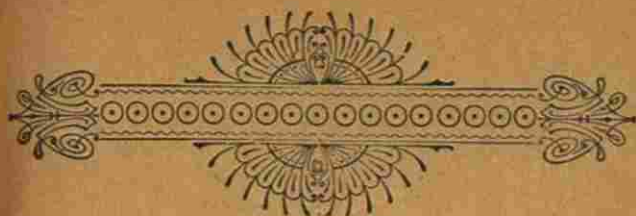
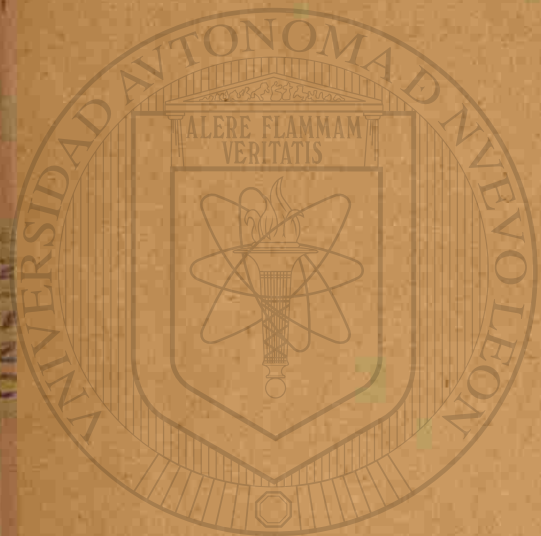
—Ven niña, conmigo, así...

Vamos á verla las dos
con amor santo y profundo,
porque una madre en el mundo
es el reflejo de Dios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Escribiendo un Drama

La escena representa un escritorio elegante; bufete con papeles y retratos; libreros-puertas laterales, y al fondo Luis.

LUIS

¡Las doce! pues no creía
Pasar la noche escribiendo:
Pero en fin, vamos cumpliendo
Lo que yo me proponía.
No se puede resistir
La voz secreta y vibrante
Que nos dice á cada instante:
«A escribir...» ¡pues á escribir!
Van muchas cuartillas llenas
De versos; estupefacto
Dejará al público el acto
Segundo; las dos escenas
Con que término le di

Conmoverán al más frío;
 Y los versos tienen brío,
 Como que los escribí
 Sintiendo juntó al afán
 De lograr renombre eterno:
 En mi cabeza un infierno,
 Dentro del pecho un volcán.
 Pero yo digo, Señor,
 Es destino problemático
 Meterse de autor dramático
 ¿Qué glorias tiene un autor?
 El aplauso, me dirá
 Cualquiera, ya lo presumo;
 El aplauso es como el humo
 Nace, se extiende y se va.
 Pero calma los antojos
 De admirar á los humanos;
 Representa muchas manos,
 Muchas bocas, muchos ojos,
 Está bien y esos testigos
 Que vemos á su través
 ¿Podrán tendernos después
 Esas manos como amigos?
 ¿Esos ojos, llorarán
 Al par que nuestras pupilas?
 ¿Algunas frases tranquilas
 Esas bocas nos dirán?
 ¡Necio y fútil discurrir!
 El público en su afición
 Nos mira con la intención
 De silbar ó de aplaudir.
 Aplauda lo divertido
 O lo bueno ¿qué más da?
 Pero el aplauso se va
 Tan pronto como el silbido.

Por ejemplo, aquí estoy yo
 Donde ninguno me vé;
 Me han aplaudido y á fe
 Como á nadie se aplaudió.
 Era de verme en la noche
 En que estrené gloria y fama,
 Me traje después del drama
 Diez coronas en mi coche.
 Y en pos de mí, cien personas
 Gritando ¡viva el autor!
 Y... gracias por el favor
 Digo, y guardo mis coronas.
 Ellas me causan placer,
 Pero en mi vida sin par,
 Ni yo las quiero tirar
 Ni las puedo deshacer;
 ¡Ah! ¡qué noche! ¡cuán ufano
 Me quedé! ¡cuán satisfecho!
 ¡Cuánto apretón en el pecho!
 ¡Cuánto apretón en la mano!
 «Felicito á usted. . muy bien...
 » ¡Bravo! ¡magnífica está!
 » ¿Cuándo se repetirá?
 » ¿Y se imprimirá también?
 » Honra de la patria, amigo;
 » ¡Qué versos! ¡qué inspiración!
 » ¡Es usted un Calderón!
 » ¡Yo aplaudo y nada le digo!
 » Nos logró usted cautivar,
 » ¡Qué escenas conmovedoras!
 » En los palcos, las señoras
 » Se pusieron á llorar.
 » Bien pinta usted las desgracias,
 » Las pasiones, la hidalguía,
 » Y yo á todos respondía:

»Muchas gracias, muchas gracias.»
 Pasaron tan dulces horas,
 Me vine á mi habitación
 Sintiendo en mi corazón
 Tristezas desgarradoras.
 Pasó la impresión del drama;
 Vine aquí, me desvestí,
 Y cuando ya me tendí
 Cómodamente en la cama;
 Cuando envuelto en el capuz
 De la alcoba, ya rendido,
 No ví el fulgor encendido
 De tantos focos de luz.
 Ni ví importunos amigos,
 Ni ví bonitas ó feas,
 Ni hallé palcos y plateas
 Ni cómicos, ni testigos,
 Cuando ya libre de enojos,
 Mis párpados se cerraron,
 O más bien dicho, bajaron
 Los telones de los ojos.
 Con la mente acalorada
 Por mi efímera victoria
 Me pregunté ¿qué es la gloria?
 ¡La imagen de la alborada!
 De mil ensueños tesoro
 Sus rayos primeros lanza,
 Teñidos por la esperanza
 Con nácar, púrpura y oro,
 Con mil hermosos colores
 Nos pinta el mundo en tal hora,
 Como lo muestra la aurora:
 Campos cubiertos de flores,
 Que dan aromas suaves;
 Rostros llenos de sonrisas,

Soplando blandas las brisas;
 Cantando dulces las aves.
 Todo nuestra dicha abona
 ¿Y si hay éxito?... pues ya...
 Grita el público y nos da
 Un aplauso, una corona.
 Y concluye la función
 Anunciada en el programa
 Dejando al nombre la fama
 Y el engaño al corazón.
 ¡Pobre de mí! que cautivo
 Estoy por los oropeles,
 ¿De qué sirven los laureles
 Si en medio de abrojos vivo?
 ¡Y sabiendo que es infiel
 La gloria y que tanto abruma
 Tengo en la mano la pluma
 Y aquí en la mesa el papell
 Y escribo y deliro aquí
 Cuando sé de varios modos
 Que si bien me aplauden todos,
 Todos se acuerdan de mí.
 Pero no obstante, es favor
 Ese aplauso que yo escucho;
 El aplauso sirve mucho
 Para aturdir el dolor.
 Y no me explico el encanto
 De padecer tan de prisa,
 ¡Yo pinto escenas de risa
 Y las escribo con llanto!
 Cuando ese dolor salvaje
 Más destroza el alma mía,
 Quiero que el público ría,
 Y le pinto un personaje
 Que todo desdeña al paso;

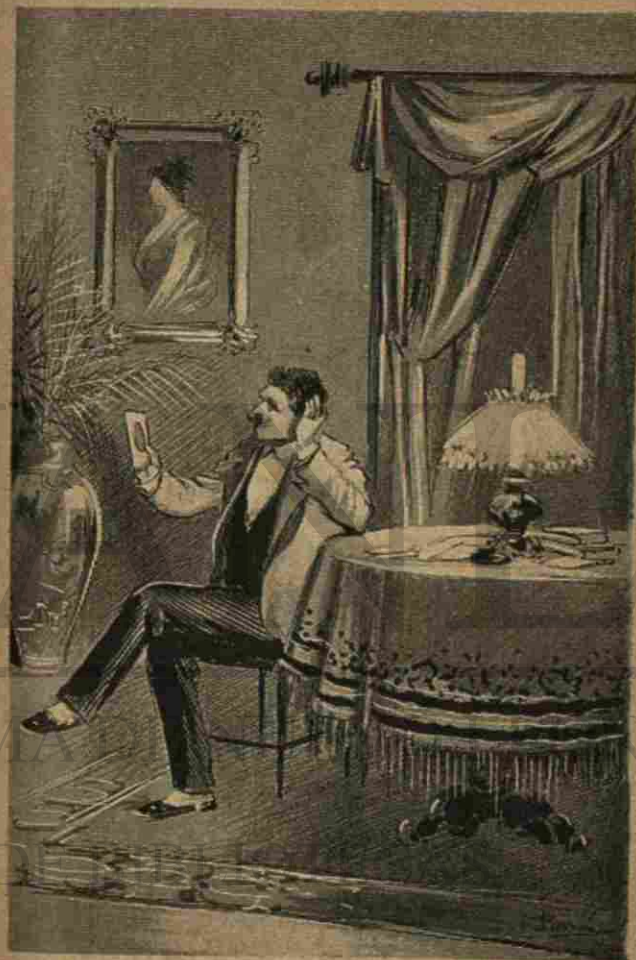
Que siempre burla á la suerte;
 Que ni al dolor ni á la muerte
 Teme ni les hace caso.
 Que con el mundo se engrie
 Que del dolor hace mofa,
 Y sufro y pongo una estrofa
 Con la que el público ríe.
 Hondo arcano que me abruma
 Risa escribo, y siento enojos,
 Y lo que es llanto en mis ojos
 Se torna risa en la pluma.
 Y mi público engreído
 Dice de mi cariñoso:
 «Es el autor más gracioso
 De cuantos hemos tenido.»
 Mas ya es mucho meditar;
 El blanco papel me espera;
 Vamos, la escena tercera
 Será de desternillar.
 Le daré toque de drama;
 El galán enfurecido
 Torpe, celoso, aturdido,
 Quiere matar á la dama,
 ¿Le pondré puñal? no sé
 Si aumente la batahola,
 Armándolo con pistola
 De Colts ó de Lefauchaix,
 Ella exclama: «¡yo delirol!»
 El replica: «¡infame! calla.»
 Y entonces su furia estalla,
 Se le acerca y suena el tiro,
 Ella al punto se desploma
 Lívida como una muerta;
 Entran gentes por la puerta;
 El galán, turbado, toma

Su sombrero, y al salir
 Precipitado y sin tino,
 Todos gritan: «¡asesino,
 No has de lograr el huír!»
 Y cuando ya encuentran justo
 Llevárselo preso á fe;
 La dama se pone en pie
 Porque se le pasa el susto;
 Y allí una historia se fragua
 Del tiro; la dama llora,
 Y se acerca una señora
 A darle azúcar con agua.
 Y hay una gran conmoción;
 Ambos llorosos expresan
 Su dolor; luego se besan,
 Y entonces, caerá el telón!
 O juzgo que mejor fuera
 Dar otro sesgo al asunto;
 Lo subiremos de punto
 Haré que la dama muera.
 Aunque es un medio vulgar
 Que á nadie de asombro llena,
 Hacer que salga á la escena
 Un actor para matar.
 En otros dramas me pesa
 Haber matado impiamente,
 Pero ¿qué hacer? á la gente
 Gusta la escuela francesa,
 Y sé que le gusta más
 Porque decir está en moda,
 Que matar en plena boda
 Es imitar á Dumas.
 Con tantos medios me abrumo,
 Vamos por lo extraordinario
 Llenemos el escenario

De terror, de sangre y humo.
 Seguro que aplaudirán
 Haciendo juicios diversos,
 Se me ocurren unos versos
 De la dama y el galán

*(Escríbe por algunos instantes y
 en seguida toma el retrato de
 su amada.)*

Mas soy por la gloria ingrato
 Con la que llena de fe,
 Me ama, me alienta y me vé;
 ¡Qué bien está su retrato!
 ¡Qué artísticos los perfiles
 De su rostro dulce y bello!
 Blanca tez; rubio cabello;
 Negros ojos; quince abriles;
 Pura, como es el armiño;
 Tierna, cual la juventud;
 Noble, como la virtud;
 Delicada como un niño.
 Ella con su amor abona
 Las dichas en que yo sueño;
 ¡Ah! con razón, tengo empeño
 De alcanzar otra corona;
 Ceñírmela aquí, y después,
 Renombrado y aplaudido
 Enamorado y rendido,
 Ir á ponerla á sus pies.
 Y decirle con pasión:
 «Este, lauro no te asombre,
 »Es el tributo que un hombre
 »Ofrece á tu corazón.



— ¡Qué bien está su retrato!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Yo, que con dolor profundo
»Voy descreído y doliente,
»Sintiendo sobre la frente
»Las tempestades del mundo;
»Que á fuerza de batallar
»Con la duda y el quebranto,
»Lloré tanto, lloré tanto,
»Que pensé que iba á cegar,
»Hoy que la dicha deseo;
»Hoy, que amoroso te llamo;
»Hoy, que rendido te amo
»Y como en Dios, en tí creo.
»Hoy, á los cielos me eleva
»El rayo de tu mirada;
»Yo tuve una alma gastada
»Y te ofrezco una alma nueva.»
Deliro ¿qué estoy diciendo?
Su imagen me está escuchando;
Sus ojos me están mirando;
Su boca está sonriendo.
¡Y está tan lejos de aquí!
¡Ah! ¡sí, tan lejos está!
Pero ¡no importa! vendrá;
La tendré cerca de mí
En esa noche en que espero
Que el drama se represente;
Con tenerla allí presente
Tendré el universo entero.
¡Con qué gozo habrá de ver
Que todos en mí se fijan!
Esos triunfos regocijan
El alma de una mujer,
No importan los mil testigos
Ni el rumor de tantas manos;

Con ella están mis hermanos,
Mis padres y mis amigos,
Mis dichas, mis ilusiones,
Mi esperanza, mi ambición;
¡Tengo en ese corazón
A todos los corazones!

(Suena la campanilla.)

Más han llamado; no creo
Que tan tarde venga alguno;
Voy a ver.

(Sale y vuelve con unos papeles.)

¡Que inoportuno!
Con razón hace al correo
La prensa duro reproche,
Y en el comercio se quejan;
¡Como que los mozos dejan
Las cartas a media noche!
Y el portero que podía
Guardarlas hasta mañana
Sube y tira la campana
Cual si fuera mediodía;
Pero, vamos, ya que estoy
Con ellas, las abriremos:
A ver que nuevas tenemos;

(Registrando los papeles.)

Dos periódicos de hoy;
Una carta que parece
Por el sobre ser de Antonio;
Me anuncia su matrimonio;

¡Se casa y en martes trece!
¿Y este impreso? es el anuncio
De un emplasto americano...
«Asombro del genio humano»
Está muy largo, renuncio;
¿Y esta carta pequeñita
Y con letra de mujer?
No me engañe; debe ser
De mi prima Margarita.
¿Y que me dirá Dios mío?
¿Pero cómo? ¡no! ¡no es cierto!
¿Soñaré? ¡no! estoy despierto;
Siento calor, siento frío;
¿Qué miro? ¡no! ¡qué ansiedad!
Vamos, mi mente delira;
No puede ser; ¡es mentira!
No puede ser; ¡no es verdad!

(Acercando la luz y leyendo con pena.)

Querido Luis: no quería
Escribirte, no te asombre,
Más téñ valor, eres hombre,
Si no, nada te diría.
Ayer la pobre Lucía
De improviso se enfermó
Del corazón, y pasó
Una noche aterradora;
¡Hoy, al despuntar la aurora
En mis brazos espiró!
¿No sueño? ¡suerte crúel!
Redobla en mí tus enojos;
¡Me están mintiendo los ojos!
¡Me está engañando el papell!

¿Por qué merezco esta suerte?
Yo, que soñaba un hogar,
¿Cómo voy á celebrar
Desposorios con la muerte?
¡Ah! se rompe el alma mía;
No sé lo que siento aquí;
No me dejes, ven á mí,
Te adoro, mi bien; ¡Lucía!

(Hunde el rostro entre las manos llorando; la campanilla suena dos veces y él no hace caso; suena otras dos veces y entonces se levanta con violencia á abrir la puerta.)

¿Qué importuno! ¿quién vendrá
A estas horas á buscarme?
¡Ni llorar pueden dejarme!
¿Qué importuno! ¿quién será?

(Al abrir la puerta un mozo le entrega la carta que lee precipitadamente.)

«Mañana saldrá anunciado
»El espléndido programa
»Del estreno de su drama,
»Por todos muy esperado;
»Te ruego dejes aquí
»El título; los actores
»Se disputan los honores,
»Y me lo exigen á mí,
»De saber cuales papeles
»Han de hacer, y en esto veo
»Que se cumple tu deseo:
»Tendrás provecho y laureles.
»Manda el título temprano,

»Para imprimir el prospecto.
»Te quiere con gran afecto
»Y no te olvida, tu hermano.»
¿Anunciado el drama? ¡sí!
¡Y lo esperan; bien lo sé;
Y entretanto nadie vé
El drama que tengo aquí!
Teatro; la tierra desierta;
El destino, espectador;
¡Un diálogo aterrador
Entre un vivo y una muerta!
Diálogo que nadie entiende
Porque nunca ha sido escrito;
Que se dice callandito
Donde nadie nos sorprende,
Y que resuena además
Donde todo se derrumba;

(Tomando el retrato y mirándolo.)

Dime, huésped de la tumba,
Responde; ¿por qué te vés?
¿Por qué te lanzas al cielo
Dejando, sin paz ni calma,
Un mar de llanto en el alma
Y mudo polvo en el suelo?
Esa gloria cuya fama
Me abrasaba, era por tí;
Ya están huérfanas aquí
La gloria, el autor y el drama!
Ningún aplauso me abona
Las glorias que tu me diste;
Eras mi gloria, y partiste
Sin aceptar mi corona!

¿Por qué merezco esta suerte?
Yo, que soñaba un hogar,
¿Cómo voy á celebrar
Desposorios con la muerte?
¡Ah! se rompe el alma mía;
No sé lo que siento aquí;
No me dejes, ven á mí,
Te adoro, mi bien; ¡Lucía!

(Hunde el rostro entre las manos llorando; la campanilla suena dos veces y él no hace caso; suena otras dos veces y entonces se levanta con violencia á abrir la puerta.)

¿Qué importuno! ¿quién vendrá
A estas horas á buscarme?
¡Ni llorar pueden dejarme!
¿Qué importuno! ¿quién será?

(Al abrir la puerta un mozo le entrega la carta que lee precipitadamente.)

«Mañana saldrá anunciado
El espléndido programa
Del estreno de su drama,
Por todos muy esperado;
Te ruego dejes aquí
El título; los actores
Se disputan los honores,
Y me lo exigen á mí,
De saber cuales papeles
Han de hacer, y en esto veo
Que se cumple tu deseo:
Tendrás provecho y laureles.
Manda el título temprano,

«Para imprimir el prospecto.
«Te quiere con gran afecto
«Y no te olvida, tu hermano.»
¿Anunciado el drama? ¡sí!
Y lo esperan; bien lo sé;
Y entretanto nadie vé
El drama que tengo aquí!
Teatro; la tierra desierta;
El destino, espectador;
¡Un diálogo aterrador
Entre un vivo y una muerta!
Diálogo que nadie entiende
Porque nunca ha sido escrito;
Que se dice callandito
Donde nadie nos sorprende,
Y que resuena además
Donde todo se derrumba;

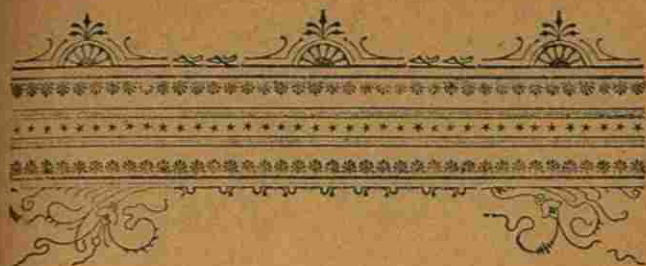
(Tomando el retrato y mirándolo.)

Dime, huésped de la tumba,
Responde; ¿por qué te vás?
¿Por qué te lanzas al cielo
Dejando, sin paz ni calma,
Un mar de llanto en el alma
Y mudo polvo en el suelo?
Esa gloria cuya fama
Me abrasaba, era por tí;
¡Ya están huérfanas aquí
La gloria, el autor y el drama!
Ningún aplauso me abona
Las glorias que tu me diste;
Eras mi gloria, y partiste
Sin aceptar mi corona!

La que soñaba adquirir
 Ya buscar no me progongo,
 ¿En qué cabeza la pongo
 Para poderla lucir?
 Ni por loca vanidad
 Puedo ceñirmela aquí;
 ¡Mi frente es un Sinaí!
 Do ruge la tempestad!
 Cese pues la sed de fama;
 Cállese mi desvario,
 Con tu muerte encanto mío,
 Me quedo en eterno drama.
 Y que caiga el llanto en pos
 De este martirio nefando;
 ¡Un hombre que está llorando
 Está en diálogo con Dios!
 ¿Por qué te llevan? no sé:
 Ni habrá ser que lo comprenda;
 ¡Hacen bien en poner venda
 A los ojos de la fe!
 Sobre la felicidad
 Del drama de mi pasión,
 Dios ha corrido el telón
 Negro de la eternidad.
 ¿Qué se mira á su través?
 Leve polvo, sombra vana;
 Y sueña la raza humana
 ¡Que humilla el mundo á sus pies!
 Más es tarde, si; yo iré
 A ver su cadáver frío;

¡El último beso mío
 Será el lauro que le dé!
 Y ese lauro más valdrá
 Que estos falsos oropeles;
 Yo no quiero más laureles
 Que los que ella tiene allá.





UN EPÍLOGO DE AMOR

COMEDIA EN UN ACTO

Antesala de la casa de D. JUAN, lujosamente amueblada. Puertas al fondo y en cada lado. Las de la derecha dan á la sala, las de la izquierda á las habitaciones, las del fondo á un jardín.

ESCENA PRIMERA

Arturo entra con Teresa, por una de las puertas del fondo

ART. Me has contado que aquí vive.

TER. Sí, señor, y es la verdad.

ART. Y ¿será fácil hablarle?

TER. Creo que difícil será.

Mas no halla dificultades

El que las sabe allanar.

ART. ¿Tú la tratas?

TER. ¡Ah! sí, mucho,

Cada seis días á lo más

Vengo á verla y nunca salgo

Sin que deje de comprar
Algo de lo que le ofrezco.

ART. ¿Su esposo es rico?

TER. Tendrá

Sino una mina, á lo menos
Un sobrado capital;
Aunque sé, pero os lo digo
En secreto, nada más,
Que le han confiscado algunas
Casas de su propiedad...

(Con ironía.) El le sirvió á Bonaparte.

ART. ¡Al rey José!

TER. Claro está

Y no deben los traidores
De riquezas disfrutar.
Yo no quiero, ni soporto
A los que, con torpe afán,
Dejaron á los franceses
Entrar en España.

ART. Y está

Su esposo en Andalucía.

TER. Sí, señor; pero vendrá
A su casa ya muy tarde,
Si en esta casa no hay paz,
El amo siempre está triste,
El tiene un genio fatal,
La reprende y hay quien diga
Que la trata sin piedad.

Pero ya se ve, es muy fácil
La consecuencia sacar...
Tiene ella treinta y un años,
El tiene sesenta ó más,
Y es causa de tantos males
La diferencia de edad.

ART. ¿Y está hermosa?

TER. Si parece

Una imagen celestial.
¡Qué frentel! ¡qué ojos! ¡qué labios!
¡Qué talle! si al verla andar
Parece como esas palmas
Que mece el viento fugaz;
Y sobre todo es tan buena
Yo que la he visto llorar...

ART. ¿La has visto llorar?

TER. Si casi

Nunca he mirado su faz
Sin huellas de amargo llanto.

ART. ¿Por su marido quizá?

TER. ¡Ay! no señor; ella sufre
Porque...

ART. Dilo sin tardar.

TER. Porque amaba á un hombre y tuvo
Que abandonarle y que...

ART. Hablad.

TER. Y que casarse obligada
Por la miseria fatal,
Ella me ha contado todo,
Todo me ha dicho.

ART. ¿Y está

Dispuesta á que hable con ella?

TER. Ella sabe nada más
Porque yo así se lo dije,
Y así conviene á mi plan
Que un sobrino que yo tengo
Quiera conocerla.

ART. ¡Yal!

TER. Y le prometí traerlo
Y sois mis sobrinos.

ART. Mas

TER. Cúidate que nadie observe.
 ¡No! Ni quien observara,
 Ya los criados me conocen
 Y habéis visto que al entrar
 Todos en la confianza
 De mi fingida amistad,
 Sin decir una palabra
 Nos han dejado pasar...
 Voy á avisarle; esperadme.
 ART. Pero oye...
 TER. Vuelvo, esperad.
 Que no os mire la chiquilla
 Porque nos iría muy mal;
 Conque vuelvo, nada tardo.
 ART. Pero mujer...
 TER. Estará
 Esperándome con ansia
 Ocultáos, le voy á hablar,
 Vendré con ella, y á tiempo
 Oportuno encontrará
 Que ya estáis vos á su lado;
 Con que lo dicho, aguardad.

(Vase.)

ESCENA II

Arturo

ART. Estas viejas son el diablo,
 Pero esta es la principal,
 Tengo una sed de mirarla,
 Tengo por verla un afán

Que mi pecho se sofoca
 Y mi alma temblando está.
 Cuando recuerdo tranquilo
 Las dichas de aquella edad
 En que ella y yo nos amamos
 Como se saben amar
 Dos almas que no conocen
 El daño ni la maldad;
 Cuando recuerdo esas horas
 De ventura celestial,
 En que tantas esperanzas
 Supimos alimentar...
 Ella era niña, yo, niño;
 Ella tranquila, yo en paz;
 Ella sin estos martirios,
 Yo sin esta tempestad
 Que á mi alma envuelve y enluta
 Con las sombras del pesar...
 Tendió su manto la ausencia
 Nos separamos y ¡ay!
 En los años que han pasado,
 En las auroras que van,
 ¡Cuántas horribles tristezas
 Tan sólo guardamos ya!
 ¿Es en el amor la ausencia
 Remedio el más eficaz?
 Ella, ausente, se ha casado,
 Yo no la pude olvidar,
 Y aunque se oponga el destino,
 Mía ha de ser y mía será...
 Yo la quiero, y ni un momento
 La dejé nunca de amar;
 Fuera olvidarme á mí mismo,
 Pues dentro de mi alma está.

Oigo pasos... ella viene,
Ocúltémonos acá.

ESCENA III

Magdalena sale con Teresa, Arturo se oculta tras una cortina

TER. ¡Siempre tristel mostráis en el semblante
Un acerbo dolor.

MAG. ¡Ah! si supieras
Este sufrir terrible é incesante;
¡Si mi acerbo martirio comprendieras!
Sufris mucho ¿no es cierto?

MAG. Cada día
Es mayor mi tormento; estos abrojos
Los riega en cada vez el alma mía,
Con el amargo llanto de mis ojos.
Sombra, visión, fastasma ó devaneo,
Una imagen me sigue y va grabada
Dentro del corazón; allí la veo,
Allí guardo la luz de su mirada.
¡Ah! ¡cómo pasan crueles estas horas!
Mi pensamiento ante el dolor rendido
Le quisiera olvidar, pero tú ignoras
Que nada es más horrible que el olvido.
¿Olvidarlo?... imposible... no, no puedo.

TER. Pensad que hoy he cumplido la promesa

Que os hice antes de ayer.

MAG. Te tengo miedo,

No vuelvas á decírmelo, Teresa.

TER. Es que aquí está, quien sólo á conoceros
Viene con el alma de entusiasmo llena.

(Se dirige á donde está Arturo.)

(Salid...) aquí he traído para veros
A mi sobrino...

ESCENA IV

Dichos y Arturo

MAG. *(Lo ve con asombro, y grita.)* ¡Arturo!

ART. *(Igualmente asombrado.)* ¡Magdalena!

MAG. ¿Eres tú?... dime...

ART. Y tú, ¿no eres aquella

La de otro tiempo? ¡ay! no.

TER. ¡Se han encontrado!

MAG. Tú siempre tan gentil...

ART. ¡Tú siempre bella!

(Pausa. Y después con tristeza.)

He sabido al llegar que te has casado.

- MAG. *(Con débil voz.)* Es cierto.
 ART. *(Con cólera.)* ¿Y me lo dices?
 MAG. Es tan cierto
 Que es la de mi marido aquesta casa
 ART. ¿Tu madre?
 MAG. Murió ya.
 ART. ¿Tu padre?
 MAG. ¡Ha muerto!
(Aparte.) ¡Dios mío! yo no sé lo que me pasa.
 AAR. Diez años ha, los dos nos separamos
 Y ese tiempo bastó... Dios lo ha querido
 Para que aquel amor que nos juramos
 Pagases con la burla y con el olvido,
 Mientras yo estando ausente te adoraba,
 Mientras con toda el alma te quería,
 Tu corazón voluble me olvidaba
 Y tu perjurio labio me ofendía.
 ¡Ay de mí nunca pudo la distancia
 Apartarme tu imagen ni un momento,
 Y aunque en España estabas y yo en Francia,
 A Francia te llevó mi pensamiento.
 ¿Quién se fiará de la pasión de un niño
 Cuando el alma infantil, es un juguete?
 Y jugaste mintiéndome cariño...
 MAG. *(Con aflicción.)* Teresa, ven acá.
 ART. *(Con imperio.)* Déjanos, vete. *(Se va Teresa.)*

ESCENA V

Magdalena y Arturo

- ART. Y no sientes al verme, que tu pecho
 Estalla de aflicción; no te devora

- Un inmenso dolor? dime; ¿qué has hecho
 Del alma que tú amaste y que te adora?
 MAG. ¡Oh! no me hables así, que me tortura
 Cada palabra que tu labio vierte,
 Y el alma comprimida de amargura
 Al escucharte así, siento la muerte.
 ART. ¿Y es justo acaso, que mi labio calle?
 MAG. Calla, calla por Dios...
 ART. Solo contigo
 Puedo hacer que mi espíritu avasalle
 A mi dolor, sí, mi dolor te digo.
 Háblame en nombre de mi amor sincero.
 MAG. Te amo más que á mi vida, Arturo mío,
 Pero mi amor ardiente y verdadero
 Es un vertiginoso desvarío.
 ART. Cuántos años, recuerda, cuántos años
 Suspirando por tí, gemí anhelante;
 A cuánto sinsabor, á cuántos daños
 Expuesto estoy por verte un solo instante,
 Verte era sólo mi continuo anhelo,
 Tú formas mi ilusión y mi tesoro,
 Y es grande como el mar y como el cielo,
 Esta inmensa pasión con que te adoro.
 Huye conmigo... ven, deja esos lazos
 Con que el deber á otro hombre te sujeta,
 Encontrarás la dicha entre mis brazos.
 ¡Dicha inmortal de mi pasión secreta!
 Huye conmigo... ven... te amo y te juro
 Amarte siempre así... ¿te has olvidado
 De que este amor tan tierno como puro,
 Niños los dos, nos hemos declarado?
 ¿No recuerdas las claras y serenas
 Noches de nuestra infancia encantadora?
 ¿Aquellas horas de delicias llenas

Que vivas son en nuestra mente ahora?
 Respóndeme, no tiembles, en los días
 Hermosos de esa edad nos encontramos,
 Tus manos estrechaste con las mías,
 Nos vimos y en silencio nos amamos.
 En alas de ese amor, ardiente y ciego
 Te di un beso temblando de ventura,
 Respóndeme si ya mató su fuego
 La nieve del olvido y la amargura,
 ¿No me amas?

MAG. Calla, el fuego en que me inflamo

Ardiendo oculto me robó la calma,
 ¿Cómo podré negarte que te amo,
 Cuando llevo tu imagen en el alma?
 ¿Cómo podré negarte lo que siento?
 ¿Cómo negarte mi pasión podría?
 Si es tuyo nada más mi pensamiento,
 Si es sólo tuya la existencia mía...

ART. ¿Por qué, pues, esquivando mi presencia
 El bello rostro escondes ruboroso?

MAG. En el silencio se alza mi conciencia
 Ante la sociedad: se alza mi esposo.
 ¡Perdona! Cuando evoca mi memoria
 Estos tristes recuerdos, desfallezco,
 Ignoras tú mi dolorosa historia,
 Y no comprendes ¡ay! lo que padezco.
 Estabas tú distante de mi lado
 Y yo huérfana, pobre y abatida
 Mintiendo amor a un corazón honrado
 Con ese corazón uní mi vida
 Pronuncié ante el altar el voto eterno
 De un amor que mi pecho no sentía,
 Estaba junto a Dios y era un infierno
 Lo que en mi triste corazón ardía.

Yo llevaba tu imagen en mi mente,
 Te miraba siguiéndome do quiera,
 Y cuantas veces oculté mi frente
 Creyendo oír tu maldición severa
 Sobre mi sien prendido el blanco velo
 Trocó en dardos sus pálidos azahares,
 Y cada flor ¡qué horrible desconsuelo!
 Era un símbolo más de mis pesares.
 Hubo vez que entregada a mis dolores
 Como una loca en mi mortal quebranto
 Envolviendo en el velo aquellas flores,
 Las maldije regándolas con llanto...
 Del nuevo hogar en la quietud callada
 El talamo nupcial ¿no lo adivinas?
 Lo trocó tu memoria idolatrada
 En un lecho de lúgubres espinas
 Mi esposo alguna vez... halló en mis ojos
 Huellas de amargo llanto, mas no puedo
 Ni con dulce intención, ni con enojos,
 El secreto arrancar del labio mudo...
 Mas una noche, Arturo, no te asombre
 Yo con tu imagen y tu amor soñando,
 Lanzando un grito, pronuncié tu nombre
 Y entre sus brazos desperté llorando,
 El presa entonces de horroroso celo
 En rabia cruel, trocando su ternura
 Quiso matarme, pues me dijo ¡oh cielo!
 «Muerte merece la mujer perjura.»

Lenta pasó esa noche tan sombría;
 El horizonte se tiñó de grana
 Y cómo encontró triste a el alma mía
 El claro resplandor de la mañana!
 Tú no sabes, Arturo, tú no sabes

Cuál paso desde entonces cada hora,
El cielo azul, las fuentes y las aves,
¡Me parece que todo sufre y llora!
Y ¿dudas de mi amor? cuando te digo
Que tu imagen existe en mi alma fija...

ART.

¿Qué te detiene pues? Huye conmigo.

MAG.

(*Con resolución.*) ¡Junto con mi deber está mi hija!

Tú no sabes que el único tesoro

Que calma mi dolor y mi tristeza

Es una niña de cabellos de oro,

De ojos que transparentan su pureza,

Bella como una flor que los pensiles

Perfuma y llena con su blanda esencia

Ha visto deslizarse seis abríles

Sobre el limpio cristal de su existencia.

¡Ella! no la conoces; es tan bella

Con tan ciega pasión siempre la veo,

Que fué en mis tempestades una estrella

Prendida sobre el mar de mi deseo.

Ella... cuando ante el peso de la suerte

Amé el sepulcro, triste y abatida,

Con sus caricias me alejó la muerte,

Con su ternura me volvió la vida...

Ella ha sido mi amparo y me defiende

Del horrible huracán de mis dolores,

Ella, bajo mis plantas siempre extiende

Sendas brillantes de pintadas flores,

¿Y la he de abandonar? No, ¿quién podría

Arrebatarla nunca de mi lado?...

Te amo con toda el alma... el alma mía

Es alma de ese sér idolatrado.

¡Ella es mi mismo sér! Ella ha nacido

De mi seno do encuentra amor profundo;

Dos vidas que en un alma se han unido

¿Quién puede separarlas en el mundo?

No me pidas huir, pues serían vanas

Tus ambiciones todas; ni el reposo

Turbaré de esa niña, ni las canas

Mancharé nunca del honrado esposo.

Te amo, pero el deber terrible y fuerte

Más en mi triste corazón se exalta;

No me pidas huir, quiero la muerte

Antes que la vergüenza de la falta.

Responde y dí si tu alma me condena

A esa resolución; dímelo luego.

ART.

(*Con tristeza.*) Adiós y para siempre, Magdalena,

Inútil sé que se alzaré mi ruego

Esta oculta pasión en que me inflamo

La avivó más la ausencia, y ya no acierto,

Si no puedo ser tuyo y si te amo

¿Por qué, ¡Dios de piedad! porqué no he muerto?

¿Me amas?

MAG.

Con toda el alma

ART.

¡Adiós! no quiero

Volverte a ver jamás... mi ser se abraza.

(*Se oye ruido de pasos, y Magdalena dice con miedo.*)

MAG.

¡Ruidol... (*Aparece D. Juan.*)

ESCENA VI

Dichos y D. Juan.

D. JUAN (*A Arturo con severidad.*) Caballero,
Decid lo que buscáis en esta casa.

(*Magdalena baja la cabeza, ruborizada.*)

¡Se turban! ¡Oh! ¡qué perfidia! se llena
De vergüenza ante mí... Decid, yo creo
Que siempre fué vuestra presencia agena
A esta mi habitación donde hoy os veo.
(*Con ironía.*) ¿Buscábais por fortuna á la Señora?
¿La Señora, quizás, os ha llamado?
Indiscreto es el labio, y yo ahora
Algo de lo que hablásteis he escuchado.
¿Por qué calláis? hablad, nada os asombre
Es mi presencia entre vosotros vana;
Ante un gallardo mozo ¿qué es un hombre
De mano débil y cabeza cana?
¿No respondéis?... Con el silencio alarde
Hacéis de vuestra falta... y no comprendo
Como sois tan discreto ó tan cobarde
Que en calma estáis mi reprensión oyendo.

ART.

(*Con cólera.*) Cobarde, ¡no!

D. JUAN

Quien calla humildemente



Magdalena: — Detente, Arturo

Al verse por otro hombre reprendido,
El que baja los ojos y la frente
Cubiertos de rubor, el que ha podido
Penetrar á un hogar sin ser mirado
Y tiembla al ver que un hombre le reclama
Su audacia... y las ofensas ve callado
(*Con ira y alta voz*) Miserable y cobarde le llama.

ART. (*Refrenándose*) ¡Cobarde no! Si al labio dejar quiero
Que lance tal insulto, os aseguro,

D. JUAN Que si no sois cumplido caballero
Sois cobarde.

ART. (*Arrojándose sobre D. Juan.*) ¡Callad!

MAG. (*Interponiéndose.*) ¡Detente, Arturo!

D. JUAN (*Sorprendido al oír este nombre, da un paso atrás.*)
[¿Arturo?

ART. (*Con ira.*) ¡Ese es mi nombre y mi apellido
Del Campo!

D. JUAN (*Asombrado.*) ¿Qué decís?

ART. ¡Ese es mi nombre!

D. JUAN ¿Habéis vuelto de Francia?

ART. Allí he podido
De joven débil convertirme en hombre.

D. JUAN (*Con arrebató.*) ¡Ah! ¡maldición del Cielo! vuestra
[airada

Cólera refrenad; y vos, Señora,
Idos... idos de aquí... no quiero nada
Que nos distraiga ó nos perturbe ahora.

ESCENA VII

Magdalena sale muy despacio; D. Juan la vé, y al quedar solo con Arturo, continúa.

No es una extravagancia, ni un capricho;
Y aunque ambas cosas fuera, no os asombre
Aunque ya vuestro nombre me habéis dicho,
Repetidme de nuevo vuestro nombre.

ART. Soy Arturo del Campo... más... no acierto
Porque lo preguntáis.

D. JUAN ¿Nunca os miraron
Vuestros padres?

ART. ¡Ay! no, porque se han muerto;
Cuando niño, en la cuna me dejaron.

D. JUAN ¿Debéis á alguno protección y abrigo?

ART. ¡Ah! sí, tuve un tutor noble y honrado.

D. JUAN ¿Conoció á vuestro padre?

ART. Fué su amigo
Y le fui por mi padre, encomendado.

D. JUAN ¿Su nombre?

ART. ¡Angel Fernández!

D. JUAN ¿Vive ó muere?

ART. La muerte ha un año que de mí lo aparta.

D. JUAN Basta (*Se dirige á un estante, saca de un cajón un*

papel, y vuelve hacia Arturo.) (Aparte.) Rompo el
[secreto, Dios lo quiere.
Bien, Arturo del Campo, lee este papel.

(Le entrega el papel.)

(Arturo lee; y según lo piden las frases de la carta, toca al actor manifestar sus sentimientos.)

«Señor Don Angel Fernández
Tu casa Octubre diez y ocho
De mil ochocientos ocho
Calle de la Reyna.—Flandes.
Mi grande y sincero amigo:
Téngote al fin que escribir,
Pues tengo que compartir
Ocultas penas contigo.
Sabes y no he de ocultarte
Que España con ciego encono
Juzga que yo sirvo al trono
Del Rey José Bonaparte.
Su odio á mí, llega al furor,
Y tengo pues que ausentarme
Para luego vindicarme
Del título de traidor.
Tengo un hijo y yo te exijo
En nombrs de tu conciencia,
Que veles por su existencia
Como si fuera tu hijo.
Ageno á males y daños
Vela tú por su fortuna
Poco ha que dejó la cuna
Y ya va á cumplir dos años.
Cuando llegare á ser hombre
Mi nombre le dañaría,

Y aunque sufra el alma mía
Tengo que cambiarle nombre.
Llámale Arturo, ese fué
El de mi padre y...

(Arturo, sorprendido, suspende la lectura y ve á don Juan.)

D. JUAN. Acaba.
ART. Y del Campo se llamaba
Mi madre que en paz esté...

(Sorprendido, dice D. Juan.)

¿Vos, Señor? ¿vos? desvarío,
Pero si yo no comprendo...

D. JUAN. Antes que sigas leyendo
Nada digas...

ART. Hado impto
¿Y son ciertos tales lazos?

D. JUAN. ¿Y ella, mi Dios?... Calma, calma
Arturo, siento que mi alma
Quiere volar á tus brazos...
Por salvar tu nombre así
Puedes culparme de ingrato
Pero... *(Tornando en ira.)* ¡soy un insensato!
¿Cómo viniste aquí?

Tú viniste... aparta, aparta,
(Aparte.) Yo me he casado, es verdad
Contra toda voluntad,
De... prosigue la carta.

ART. «Vela por él, si la zaña
De la opinión me vindica,
Si mi conducta se explica

Y puedo volver á España;
Yo con inmenso cariño
Velaré por su existencia,
Hoy no olvide tu conciencia
Que es hijo tuyo ese niño.
Cuando pasare su infancia
Y cumpla quince años, quiero
Que tome carrera, espero
Que vaya á estudiar á Francia.
Me avisarás su partida,
Y aprovechando su ausencia
Para acabar mi existencia,
Vendré á mi patria querida.
No sé lejos de esta tierra
A qué tierra extraña iré;
A mi hijo te enviaré
Al partir.—Tuyo.—Juan Guerra.
(Asonbrado.) ¡Juan Guerra!

D. JUAN. Si, soy el mismo

Que de traidor acusado
Siempre estuve desterrado
Y en un horroroso abismo
Me vindicó la opinión
Me absolvió la patria mía
Y regresé á Andalucía
Ya muerto mi corazón...
De Fernández ignoré
La existencia, estuve incierto
Sobre su vida, que ha muerto
Hace poco te escuché.
¡Ah, sí! Fernández.

ART. ¡Murió!
Más hoy sé, porqué en un día
Me arrancó de Andalucía

Y hasta Francia me llevó.

D. JUAN ¿Sentiste partir de España?

ART. ¡Ah!, ¡sí! mucho; aquí quedaba
El bien que mi alma soñaba
El bien que mi pecho extraña.

D. JUAN ¿Fernández te quiso?

ART. ¡Muchol

Cumplí quince años y dijo
Te amo tanto como á un hijo,
Parece que ahora le escucho.
Sé que te quieres dar
Aquí donde eres amado,
Te juro á fé de hombre honrado
Que al volver te has de casar.
No me digas todavía
A quien amas, no lo quiero
Saber, más tu amor sincero
Bendice hoy el alma mía.
Estudia... vuelve... y después
Tuyo será el porvenir.
Besó mi frente al partir
Y yo lloraba á sus pies,
Con honda y horrible pena
Un angel por mí lloraba...

D. JUAN Di su nombre...

ART. Se llamaba...

D. JUAN Di su nombre.

ART. ¡Magdalena!

D. JUAN *(Sosteniendo una lucha que el actor interpretará.)*

¡Magdalena! ¡Dios de Dios!
¿Por qué crucé en su camino?
Di ¿qué poder del destino
Hizo unirnos á los dos?
¿Mi hijo tú?... siento, no sé

Lo que siento ¡Dios piadosol
Dí en ¿qué abismo tenebroso
Me encontraste y te encontré?
Yo no te puedo abrazar...
Me lo impide la conciencia
Mi honra heriste... En tu presencia
Voy la infamia á castigar
Ella... ¡oh Dios! saldrá de aquí
Es una infame.

ART. ¡Indiscreto!

Tratadla con más respeto
¡Y más, delante de mí!
Ella no pudo ofender
Vuestra honra... no es perjura
Y su conducta es tan pura,
Que ya más, no puede ser.
No la insultéis; no; pensad
Que por guardar vuestro honor,
El recuerdo de su amor
No es mancha de liviandad.
Ella, Señor, no faltó
En nada, os lo juro; en nada,
Es tan digna y tan honrada
Como el Dios que la formó.
¿Nos escuchasteis?

D. JUAN ¡Ah sí!

Más las frases que escuché...

ART. Si gustáis, os las diré

Lo mismo que las oí.

Fueron mis promesas vanas
Y ella en sus deberes, fija,
No manchó en nada á su hija,
Ni profanó vuestras canas,
¡Silencio!

D. JUAN. ¡Es pura! ¡Alma mía!
 (A Arturo.) Después de que tú partiste
 Magdalena quedó triste
 Huérfana en Andalucía
 Y yo en busca del reposo
 A ella me uní; aunque taladre
 El pesar tu alma, tu padre
 Es de tu amada el esposo,
 ¡Tengo una hija! niña pura
 Que forma mi dicha sola,
 Blanca flor cuya corola
 No ha manchado la amargura.
 Ambas son hoy en el mundo
 Ser de mi ser, yo las velo
 Dándoles sobre este suelo.
 Mi amparo y mi amor profundo;
 Vuelve a Francia, solo allí
 Debes estar... yo lo exijo...
 ART. Pero...
 D. JUAN Lo ordena a su hijo
 Su padre que le habla aquí
 Vuelve a Francia; esposa fiel
 Si no amante, Magdalena
 Viva siempre honrada y buena.

ESCENA VIII

Dichos, é Isabel.

ISAB. ¿Ya has vuelto, padre?
 D. JUAN ¡Isabel!
 ISAB. ¿Por qué no me das tu mano?
 D. JUAN Ella aquí... suerte tirana...
 (La toma de la mano.) Arturo, mira a tu hermana,
 Isabel, mira a tu hermano.
 ISAB. ¡Mi hermanol!
 ART. (Viendo a Isabel.) ¡Siento un dolor!
 D. JUAN Tu hermano mayor.
 ISAB. Y está
 Buen mozo. (Va a la puerta y grita.) Mamá, mamá,
 Mira a mi hermano mayor.
 D. JUAN (La sigue y la detiene.) ¡Calla!
 ISAB. (Gritando.) ¡Mamá!

ESCENA IX

Dichos, y Magdalena.

MAG. (Asombrada.) ¿Qué dices?
 ¡Tu hermanol! ¿quién?

ISAB. (Señalando á Arturo.) Está allí.

MAG. ¿Aquél es tu hermano?

ISAB. ¡Sí!

MAG. ¡No!, no es cierto.

D. JUAN (A Isabel.) Tú lo dices.

MAG. ¡Ah!

D. JUAN Por fútil desvarío
Guardé el secreto, y ahora

(Trae de la mano á Magdalena.)

Te presento á mi Señora

(Toma de la mano á Arturo.)

Te presento á un hijo mío.

MAG. ¡Cielo Santo!

ART. ¡Justo Dios!

ISAB. (Con intención.) ¡Señora! decidme, padre,
¿Pues qué mi adorada madre
No es la mamá de los dos?

D. JUAN ¿Qué he dicho?... tienes razón
(Aparte.) (Pero ellos...) silencio... calma...

MAG. (Aparte.) (A mí se me parte el alma),

ART. (Aparte.) (Se me parte el corazón).

D. JUAN (A Art.º y Mag.) En mi honra los ojos fijos

Vais este mundo á cruzar,

Honrados quiero mirar

A mi esposa y á mis hijos.

Sé que en otro tiempo, ya

Os habéis visto y hablado,

Pero ese tiempo ha pasado

Y ya nunca volverá.

Mi existencia se derrumba

A un abismo hondo y eterno,

No hagáis que se abra el infierno

En el dintel de mi tumba.

(A Magdalena.) Yo sé que guardas mi honor
Que á tu hija ves con ternura;
Eres honrada, ella es pura,
Esto os exige mi amor.
Las reticencias humanas
No turbarán tu quietud,
Mientras brille tu virtud
A la sombra de mis canas.
Y si ya no hemos de ver
Horas, cual antes, serenas,
Sigamos con nuestras penas
Por la senda del deber.

D. JUAN (A Arturo.) Regresa á Francia; si un día
Me muero, desde hoy Arturo
Júrame, cual yo te juro,
Guardar tu honra y la honra mía.

ART. Os lo juro por mi honor.

D. JUAN ¿Partirás?

ART. Sí, partiré.

D. JUAN Yo en España quedaré
Aquí se vive mejor

(Viendo á Magdalena que ha quedado pensativa)

Magdalena, tu mirada
¿Por qué me esquivas doliente?
Parece que está tu frente
Más que triste, avergonzada.

MAG. ¡Yo!

D. JUAN No tienes que decir
Ni una palabra, ni una
Sobre ayer, pronuncia alguna
Acercas del porvenir.

MAG. ¿Aceptas por hijo á Arturo?
Vos lo queréis... y obedezco.

ART. Guardar su honor os ofrezco.

MAG. Saber guardarle os lo juro.

D. JUAN (*A Arturo.*) Parte pues, que no taladre
A tu alma la pena insana,
Besa la frente á tu hermana,
Tiende la mano á tu madre
Dame un abrazo y adios.

ART. (*Le abraza*) Adiós.

ISAB. ¿Se va, madre mía?

D. JUAN Más volverá á Andalucía
Cuando así lo quiera Dios.
Adiós.

ART. (*A Magdalena.*) ¡Adiós!

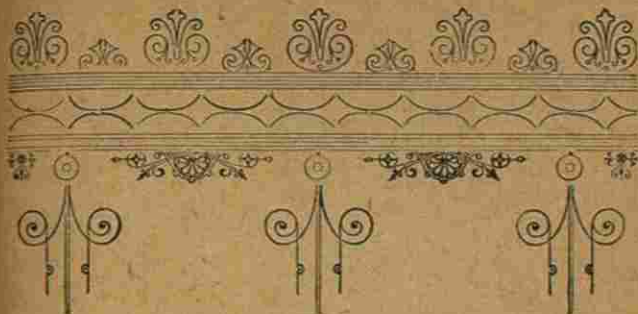
Que la suerte

Sea venturosa contigo.

(*Al salir exclama:*) Padre, adiós. (*Vase.*)

Yo te bendigo

Para no volver á verte.



À JUAREZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

Pueblo: Saluda ufano y reverente
De tu más grande apostol la memoria;
Ciñe todos tu lauros en su frente;
Riega todas tus palmas en su historia;
Mira: lo aclama el Nuevo Continente
Como augusto elegido de la Gloria;
De su fama la América es palacio,
México altar y clamide el espacio.



ART. Guardar su honor os ofrezco.

MAG. Saber guardarle os lo juro.

D. JUAN (*A Arturo.*) Parte pues, que no taladre
A tu alma la pena insana,
Besa la frente á tu hermana,
Tiende la mano á tu madre
Dame un abrazo y adios.

ART. (*Le abraza*) Adiós.

ISAB. ¿Se va, madre mía?

D. JUAN Más volverá á Andalucía
Cuando así lo quiera Dios.
Adiós.

ART. (*A Magdalena.*) ¡Adiós!

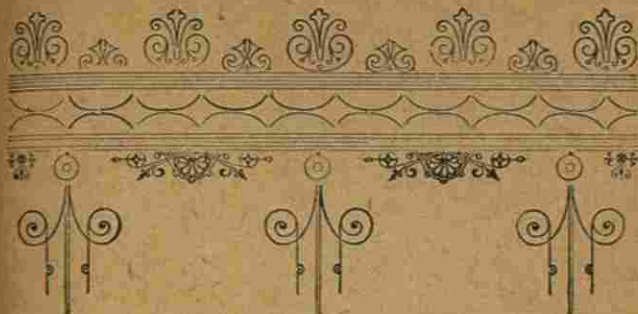
Que la suerte

Sea venturosa contigo.

(*Al salir exclama:*) Padre, adiós. (*Vase.*)

Yo te bendigo

Para no volver á verte.



Á JUAREZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

Pueblo: Saluda ufano y reverente
De tu más grande apostol la memoria;
Ciñe todos tu lauros en su frente;
Riega todas tus palmas en su historia;
Mira: lo aclama el Nuevo Continente
Como augusto elegido de la Gloria;
De su fama la América es palacio,
México altar y clamide el espacio.



¿Cómo pudo lograr por arte extraña
Convertirse un pigmeo en un gigante,
Y su cuna, paupérrima cabaña
Formarse pedestal de oro y de diamante?
¿Cuál era su labor? ¿Cuál fué su hazaña?
Si yo fuera un Homero ó fuera un Dante
Sonara en mi laud su nombre solo
Como un himno triunfal de polo á polo.

Nació como las águilas; su nido
Queda allá en las montañas engarzado;
Es un jacal humilde y escondido
Que hasta el avaro tiempo ha respetado
Y aún está en pie, por el amor unido
De esta patria feliz que no ha olvidado
Que el niño humilde que abrigó aquel techo
Salvó su independencia y su derecho.

Arrulló de su infancia la tristeza
El gemido del viento en los pinares,
Y fueron, cuando joven, la pobreza
Y el olvido, sus genios tutelares:
De su estóico carácter la entereza
A nadie reveló duelo y pesares,
Y alzóse solo hasta elevado asiento
Con dos alas: la ciencia y el talento.

Vislumbró un porvenir; soñó una aurora
De libertad, como á su afán le plugo,
Y odió esa trinidad aterradora
Del rey, el sacerdote y el verdugo;

Proclamó al fin su causa redentora
Del retroceso contra el negro yugo
Para dar á la tierra mexicana
La libertad de la conciencia humana.

El antiguo poder, las viejas leyes
Escudando á opulentos elegidos,
Los obreros tratados como bueyes
Y al yugo vil del fanatismo uncidos;
Del gastado blasón de los virreyes
Los abolengos rancios y temidos
Y por único asilo al pensamiento
La tenebrosa gruta del convento.

El temor humillante al extranjero,
A quien ciego el Gobierno obedecía;
Para vejar al pobre el caballero;
Para salvar al rico la hidalguía;
Para burlar á la justicia el fuero;
Para adorar á Dios la hipocrecía.
Y en conjunto tan falso y tan extraño
La cárcel, las tinieblas y el engaño

Y el pueblo... ¿qué era el pueblo? ¿nombre vano? [®]
¿Un rebaño sin fuerza? ¿una mentira?
Era un león dormido en el pantano
Que encadenado al despertar se mira
Esas cadenas las rompió la mano
Del hombre egrégio que mi canto inspira
Quando dió en Veracruz, lábaro y norma
Del porvenir: ¡las leyes de Reforma!

¡Cómo rugió el tirano sorprendido!
 ¡Cómo rugió rabiosa la nobleza!
 Y cuanto odio encarnó cada rugido
 Aborto del despecho y la fiera,
 En plancha de diamante fué esculpido
 El Código de luz todo grandeza;
 Y el régimen antiguo, firme y ciego,
 Intentó audaz borrarlo á sangre y fuego.

La lucha comenzó; de las cabañas,
 Del rincón más humilde, de la sombra,
 Salieron á admirar con sus hazañas
 Millares de héroes que la Gloria nombra;
 Y lo mismo en praderas que en montañas
 De cadáveres vióse inmensa alfombra
 Sobre la cual se recostó rendida
 La sombra de Caín aborrecida.

Esa contienda sin igual, consigo
 llevaba el odio negro por emblema;
 el clero daba al pueblo por castigo
 el infierno gritándole: ¡Anatema!
 no habrá hogar, ni calor, ni pan, ni abrigo,
 para el que al santo dictador no tema
 y en respuesta, desiertos los hogares
 dejó el pueblo correr su sangre á mares.

La compasión y la clemencia rotas;
 Los lazos fraternales destruidos;
 Los soldados del pueblo como ilotas
 O fieras, eran siempre perseguidos;

Cadalsos para todos los patriotas;
 Muerte ominosa á todos los vencidos;
 A los libres cerrada la esperanza;
 Por leyes; el rencor y la venganza.

Y entre tanto exterminio y tanto duelo,
 Tú firme ¡oh Juárez! con la faz severa;
 La limpia frente levantada al cielo
 Y en la mano ostentando tu bandera.
 Acude tu enemigo á extraño suelo,
 Huella tu suelo natal planta extranjera
 Y el déspota frances lleva su encono
 Hasta elevar en nuestra patria un trono.

Ni una hora trascurrió de aquellos días
 Sin que luchara el pueblo en cruda guerra,
 Lo mismo en las oscuras serranías
 Que en la fértil planicie de esta tierra;
 Martirios, sacrificios, agonías,
 Cuanto de grande el patriotismo encierra
 Soportaron gozosos tus soldados
 Combatiendo al monarca y sus aliados.

De Cuatemoc la indómita constancia
 Heredada por tí, salvó tu egida:
 Tuviste ante el Destino esa arrogancia
 De tu raza que nada le intimida:
 Ante tu férrea voluntad la Francia
 Huyó más humillada que vencida
 Y en tu augusta humildad fuiste el primero
 Que humillar supo á Napoleón tercero.

El efímero imperio, ya sin lazos,
 Sucumbe cuando el galo lo abandona;
 El trono se derrumba hecho pedazos,
 Y hecha pedazos rueda una corona;
 La América te estrecha entre sus brazos;
 Su redentor tu pueblo te pregona,
 Logras que al mundo tu poder asombre
 Y el universo llenas con tu nombre.

¿Cómo no ha de venir el pueblo amante
 De tierna gratitud el pecho henchido
 En fiel tributo de su amor constante
 A honrar aquí tu nombre esclarecido?
 Como un eterno sol brilla radiante,
 Para tí no habrá noche ni hay olvido
 Y tu nombre será nota que vibre
 Mientras la patria exista unida y libre.

No acabaron tus obras con tu aliento,
 Ellas son de tu historia los anales,
 Eternas; tu más vivo monumento
 A tus pies los despojos imperiales.
 Ya en la inmortalidad tienes tu asiento
 Que el pabellón que redimió tu mano
 Cubre sin mancha al pueblo mexicano,

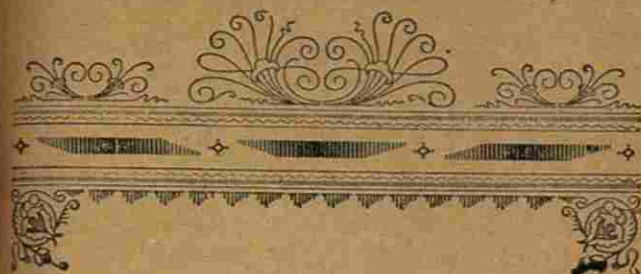
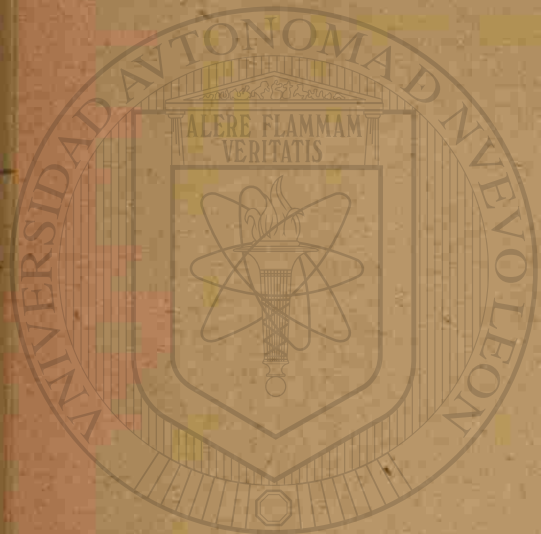
Y así flotará siempre! Santa herencia
 Recibida de tí; símbolo y forma
 Que te miró afirmar la independencia;
 Consolidar las leyes de reforma
 Y fué un iris de amor en tu conciencia

Y en tu augusta misión constante norma
 Y que hoy al tremolar sobre tu osario
 Es frente al pueblo tu mejor sudario.

Los años rodarán al hondo abismo;
 Con ellos los que aquí te hemos honrado
 Y tú, por tu sublime patriotismo
 Serás de siglo en siglo venerado...
 Hoy, mañana, después, serás el mismo
 Y el porvenir dirá como el pasado:
 ¿Qué historia es más hermosa que su historia?
 Salvó á su patria y encarnó su gloria.

México, 13 de Julio de 1898.





À MI BANDERA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

Bandera que adoraron mis mayores
Y que aprendí á adorar cuando era niño;
Tu formas el amor de mis amores;
No hay cariño igual á tu cariño;
Me llenan de entusiasmo tus colores
Aún más immaculados que el armiño,
Y al verte tremolar libre y entera
Te adoro como á un dios ¡oh mi bandera!

Simbolo de la tierra en que he nacido;
 Emblema del honor y de la gloria;
 Quien muere por haberte defendido
 Vida inmortal alcanza en nuestra historia;
 Las legiones que libres te han seguido
 Viven de nuestro pueblo en la memoria;
 Un templo hallarás siempre en cada pecho
 ¡Oh enseña del deber y del derecho!

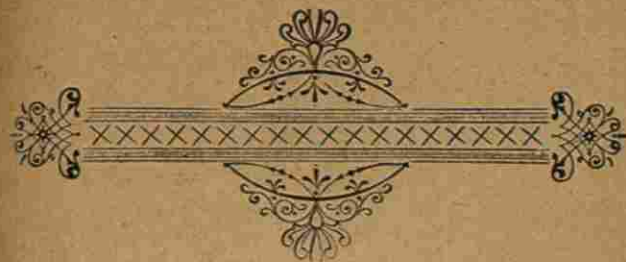
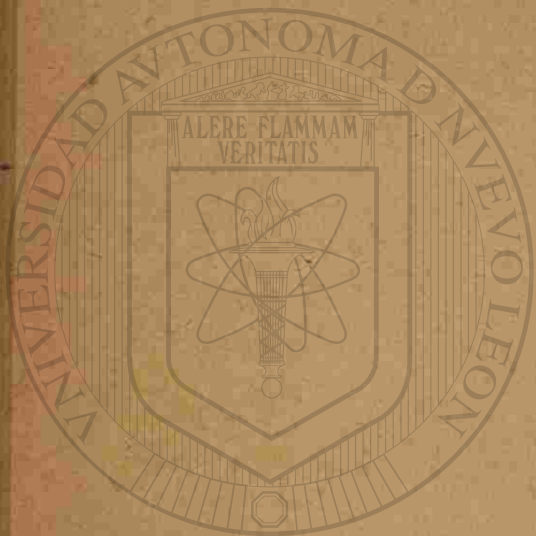
En las sangrientas luchas no olvidadas
 Contra el torpe invasor ardiendo en zafia;
 En rocas por la guerra ensangrentadas
 Como un iris brillante en la montaña;
 Y no fueron tus glorias mancilladas:
 Radiando honor surgiste en la campaña,
 Y encontraste en los bravos batallones
 Inmenso pedestal de corazones.

¡Con que orgullo filial siempre te mira
 Quién a tu sombra suspendió su cuna!
 ¡Con que dolor el corazón suspira
 Cuando de ti lo aleja la fortuna!
 Tu ausencia amarga; tu presencia inspira;
 No hay, comparable a ti, joya ninguna,
 Y si te ofende el poderoso, el fuerte,
 Por vindicar tu honor nada es la muerte.

Yo juro por mis horas más serenas,
 Por los amantes padres que yo adoro,
 Dar gustoso la sangre de mis venas
 Por defender tu nombre y tu decoro;
 Juro luchar con tigres ó con hienas
 Que mancillar pretendan tu tesoro,
 Y morir a tu sombra ¡oh santa ejidal
 ¡Y amarte y bendecirte al dar la vida!

Flota libre y feliz, bandera santa;
 Tú nos das los mas dulces regocijos,
 Y siempre que una mano te levanta,
 Los anhelos del pueblo en ti estan fijos;
 Antes que hollarte la extranjera planta
 Morirán junto a ti todos tus hijos,
 Que mientras haya Patria y haya gloria
 ¡Sin mancha flotarás sobre la historia!





MORELOS

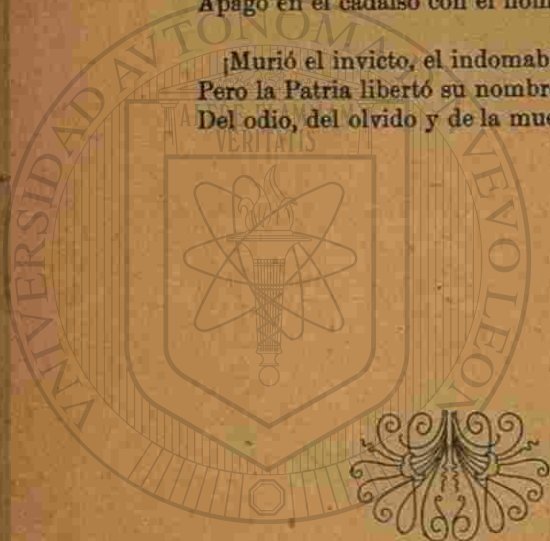
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Héroe? ¡Sin par en nuestra limpia historia!
¿Luchador? ¡En Anahuac el primero!
¿Soldado? ¡El más intrépido guerrero
Que nuestros fastos inundó de gloria!

No ha de borrarse nunca en la memoria
Lo que alcanzó su voluntad de acero;
De sus hechos en Cuautla solo Homero
Cantar puede al arrojo y a la victoria

¡Logra que al Grande Napoleón asombre
Su génio militar; que adversa suerte
Apagó en el cadalso con el hombre!

¡Murió el invicto, el indomable, el fuerte;
Pero la Patria libertó su nombre,
Del odio, del olvido y de la muerte!



À HIDALGO

*Leida en la ex-Aduana, frente á la estatua de Hidalgo
el 30 de Julio de 1894*

¡Oh Padre de la Patria y de sus leyes!
Premio inmortal la gratitud te abona;
No tienen las coronas de los reyes,
Mas hermoso esplendor que tu corona

Fuiste para salvarnos el primero,
Grande en abnegación y en intenciones;
Y tienes á tus pies, de un pueblo entero,
La fé, la adoración, los corazones.

Hoy la libre familia mexicana
Que se congrega honrando tu memoria,

Ciñe un laurel á tu cabeza cana
Que ungió el martirio y que bañó la gloria.

Llene el pueblo de lágrimas benditas
Esa cabeza que su amor entraña,
Y en Dolores, Chihuahua y Granaditas
Teror y admiración infundió á España.

¡Oh Padre, oh mártir, tu destino augusto
Alumbro en tu cadalso nuestra suerte;
Tu bondad y tus hechos son de un Justo,
De un Redentor tus penas y tu muerte!

La virgen que venera el pueblo indiano,
En tu estandarte reveló tu anhelo,
Dar el derecho al indio mexicano
De ser libre en la tierra y en el cielo.

Y ese estandarte que se alzó en Dolores
Fue con once años de sangrienta guerra
El lábaro inmortal de tres colores
Que hoy ampara tu gloria y nuestra tierra.

Aquella enseña de celestes luces
Engendro tierno de tu santo anhelo,
Que en la misa del Monte de las Cruces
Frente á tu pueblo lo elevaste al cielo.

Cambióse en la bandera soberana
Con la que ardiendo en emoción el pecho,
Proclamó la República Santa Ana
Y Juárez redimió nuestro derecho.

Tú fuiste de los seres elegidos
Para no ver triunfantes sus afanes

Pero mira á tus hijos redimidos
Honrar llorando tus sagrados manes.

Ni una torpe ambición, ni un vil encono
Movió tu brazo ni inspiró tu acento,
Por eso tu patíbulo es un trono
Y una eterna victoria tu tormento.

Mira cuál flota libre y respetada
La enseña santa en que tu fe se mira;
Para hablar de tu gloria inmaculada
Basta ese pabellón y no mi lira.

Mientras haya en el mundo un mexicano,
Mientras la amada Patria libre sea,
Se ensalzará tu nombre soberano,
Y como un sol fulgurará tu idea.

Mártir, recoge lágrimas y flores;
El himno nacional canta tu gloria;
Y acompañan el grito de Dolores
La bendición del pueblo y de la Historia.

Más buscabas los buenos que los bravos;
¡Qué nuestro eterno amor tu senda alfombré!
¡Antes morimos que vivir esclavos!
¡Y olvidar tus ejemplos y tu nombre!





Á RAYON

El hombre á quien rendimos honra y gloria
Fué de aquellos indómitos valientes
Que surjen y culminan en la historia
Con un nombre inmortal: los insurgentes.

Cada uno de esos héroes fué vasallo
De Dios; de nadie más; era su abrigo
El monte; su defensa el caballo,
Y el sufrimiento su mejor amigo.

Mirar libre á la Patria fué su anhelo,
No temieron al grande ni al más fuerte,
Ni alcanzaron más lauros sobre el suelo
Que el de sellar sus hechos con la muerte.

Cuan dignos del aplauso y del cariño
Son en cualquiera edad, aquellos bravos,
Con alma de héroe y corazón de niño,
Redentores de ilotas y de esclavos.

No esperaron jamás premios ni honores,
Y fueron en la paz como en la guerra
Humildes cual los doce pescadores
Hermanos de Jesús sobre la tierra.

Y les odiaban los del culto falso,
Y los nobles sin tregua los herían,
Y al ver radiar su fé sobre el cadalso
Su entereza de martir maldecían.

¡Ah! yo ensalzo la fé de aquellos hombres
Y su ejemplar desinterés me admira
Y al pronunciar con devoción sus nombres
¡Cuánta ternura su virtud me inspira!

Hijos del pueblo, en el dolor crecidos;
Sintiendo una cadena en cada mano,
Saludaron ya preaos y vencidos
El porvenir del suelo mexicano.

Presintieron su dicha, su grandeza,
Y en el espasmo de su amor sublime
Se les miró morir con la entereza
Del ser que sabe que al morir redime.

Rayón fué de aquel gremio inmaculado,
Y logró merecer por sus anhelos
Como invicto é indómito soldado
La confianza de Hidalgo y de Morelos.

En Cóporo resiste y aniquila
El fuerte empuje de la audaz España
Que al ver que ni se rinde ni vacila
Huye aplaudiendo su inmortal hazaña.

Rayón quemó su frente, con el fuego
Del sol que á Hidalgo iluminó en Dolores,
Amó á la Patria y de entusiasmo ciego
Fué de sus más tenaces defensores.

Y vió morir á todos los que amaron
La santa causa en que cifró su empeño,
Y cuando solo todos le dejaron
Como en una ilusión como en un sueño.

No se extinguió la llama esplendorosa
Que en su patriota corazón ardiera,
Y dando vida á su esperanza hermosa
Logró mirar la tricolor bandera.

Y fué tenaz y firme, y abnegado,
Y llevó al sacrificio su existencia
Defendiendo en el lábaro sagrado:
¡La religión, la unión la independencia!

Tal fué su credo y su pasión más santa
Héroe modesto y de sin par bravura,
Al través de los años se levanta
Majestuosa su olímpica figura.

Hijo de Michoacán, de aquella tierra
Donde vertió sus dones la fortuna,
Baluarte de los libres en la guerra
De Dios espejo y de los héroes cuna.

Bebió el amor en su primer aliento,
A vivir libre sin presión ni yugos
Su escuela militar fué el campamento,
Y su divisa odiar á los verdugos.

La fé de sus creencias soberanas
Rebosantes de amor y de pureza,
La nutrió en las montañas michoacanas
Que son altar de Dios por su grandeza.

No hay que culpar al adalid creyente;
No reprobemos su piedad sincera;
Amó la trinidad del insurgente:
Su Dios, su libertad y su bandera.

Bien haceis los que honrando su memoria
Del negro olvidado rescatais al hombre;
Y encendéis en el cielo de la historia
¡Como estrella inmortal su augusto nombre!

En ese nombre nuestros ojos fijos
Daremos á su fama culto y templo
Y aprenderán al verlo nuestros hijos
A honrar sus actos y á seguir su ejemplo.

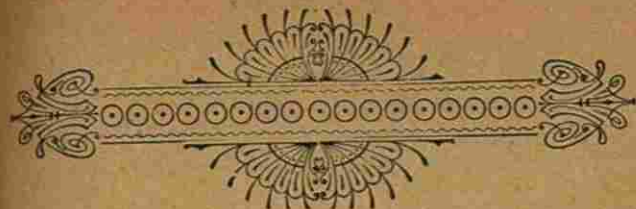
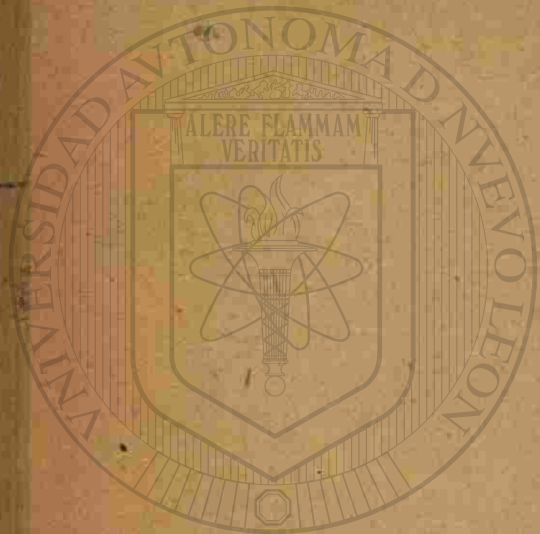
Rayón murió olvidado; en la miseria;
Siempre á los héroes el dolor los hiere,
Más ¿qué importa que acabe la materia
Cuando deja un recuerdo que no muere?

A honrar este recuerdo aquí venimos
A venerar á un héroe aquí llegamos
Pues todos los que en México nacimos
A los que á México aman los amamos.

Gloria al soldado que jamás se abate
Honrando más su fé que su pericia
Hoy surge victorioso del combate
En que humilló al ovido la justicia.

Octubre 1.º de 1899.





A GABINO BARREDA

Maestro; en un arranque de heroísmo,
Llegué al mismo local, al mismo banco
Donde escuché tu voz, más ¿soy el mismo?
[Treinta años han pasado] de ese abismo
Vengo señor con el cabello blanco.

Pero allí las más dulces horas mías
Surgieron en tropel en mi memoria,
Cuando tú, nuestro faro en esos días,
Con mano sabia y paternal regías
La Escuela que hoy es templo de tu gloria.

Como en la sacra tierra del Oriente
Se arrodilla á rezar bajo una palma
El peregrino de la cruz creyente,
Así yo en tu sitial bajé la frente
Y te evoqué con la oración del alma.

Te ví, con el recuerdo, de amor lleno,
Labrando el porvenir como se labra
En un block de Carrara un ángel bueno:
¿Qué buril más grandioso y más sereno
Qué aquel buril de luz de tu palabra?

Ví la cátedra augusta que llenabas
Con tu voz, con tu afán, con tu presencia;
Ví á los mismos discípulos que amabas
Y á buscar las verdades enseñabas
Sobre la observación y la experiencia.

Me imaginé escucharte; ví tu aliño
En el vestir y el trato; tus enojos;
Tu interés; tu ternura; tu cariño;
Y me sentí otra vez, no joven, niño;
Y nublaron las lágrimas mis ojos.

¡Oh ilustre! ¡Oh sabio! ¡Oh paternal maestro!
Quién no te vió luchar con el pasado
No comprende tu génio; ¡cuán diestro
Condujiste la nave! el culto nuestro
Tus luchas de gigante ha consagrado.

Es la generación que actual florece,
La que tu gloria al propagar, escuda;
Por tí robusta se dilata y crece
Y por tí su camino no ennegrece
El mito, ni el misterio, ni la duda!

«Ver para prever» tú nos decías;
«Prever para obrar» y el anatema
De los necios sofistas recibías,
Y tú á tantos insultos respondías;
«Amo, orden, progreso» es nuestro lema.

Y con estas tres armas fulgurantes
Tus discípulos fieles han vencido;
Y tu memoria los congrega amantes
Y mañana cual hoy, y hoy como antes
Te libran del desdén y del olvido.

Como las aves cantan á la hora
En que toda tiniebla el sol destierra,
Así los que en tí vemos nuestra aurora
Cantamos á la fecha redentora
En que tu apareciste en la tierra.

Porque fuiste en la tierra mexicana
Que de ser madre tuya está orgullosa,
Nuevo Colón de la conciencia humana;
Apóstol de la ciencia soberana
Que es tu inmortal estela luminosa.

¡Ah! cuánto debe á tí, la Patria enteral
 ¡Cuán justo es que te aplauda y te bendiga!
 ¡Obra tuya es la rica sementera
 Do recoje en constante primavera
 Cuajada en granos la dorada espiga!

Aquella juventud por tí enseñada,
 Y en sus torpes comienzos tan temida,
 Hoy ve en la edad madura y bien lograda
 Que tu herencia moral está salvada;
 ¡Qué ha vencido en la lucha por la vida!

Maestro: fuiste grande y fuiste bueno;
 Todas tus sabias máximas imperan;
 Son tu Evangelio de verdades lleno;
 Tú de la Patria dejas en el seno
 ¡Discípulos que amantes te veneran!

Y claman cual clamaste con profundo
 Acento de dolor, tremulo el labio
 Al ver muerto á tu amigo sin segundo (1).
*«Que haya un cadáver más, si importa al mundo,
 Cuando el cadáver es, de un hombre sabio».*

Yo me siento feliz al consagrarte
 Un humilde cantar..... juzgo divina

(1). El Doctor Gabino Barreda fundó en 1863, la Escuela Nacional Preparatoria. Fué un sabio, un filósofo muy erudito y un médico de gran renombre.

(1). El sabio químico Dr. D. Leopoldo Río de la Loza.

La misión que cumpliste sin cansarte,
 Y la mejor manera de ensalzarte
 Es propagar tu ejemplo y tu doctrina.

No morirán tu nombre ni tu gloria;
 La juventud te lleva en su conciencia;
 Todos los sabios honran tu memoria
 Y en el espacio azul de nuestra historia
 ¡Eres sol de virtud, de amor, de ciencia!

19 de Febrero de 1899.





ANTE EL CADÁVER

DEL

Lic. Manuel Romero Rubio

*Poesía leída en el cementerio francés al inhumarse el cadáver
del Sr. licenciado Manuel Romero Rubio, el 4 de Octubre
de 1895.*



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Es un fugaz relámpago la vida!
Surge, sorprende, alumbra, resplandece
Y en la extensión sin fondo y sin medida
Entra y desaparece!

¡Todo es miseria y polvo y humo vano!
El Destino arrebató injusto y ciego
Lo mismo al rey el cetro soberano
Que el cayado al labriego.

Y nada sabe la orgullosa ciencia
Que mientras más en su ambición explora
Sólo halla dos verdades: la conciencia
Y Dios ¡la eterna aurora!

Todos los que nos aman; los que amamos
La tenebrosa esfinge los atrae;
Pronto nos dejan; pronto los lloramos
¡Todo al abismo cae!

Por eso en los desiertos de la duda,
Adonde nada á descubrir se alcanza,
El hombre halla una Cruz y la saluda
Como única esperanza!

Es que en el negro límite severo
Que nunca el justo con terror ha visto
Ella á cada mortal dice: te espero
Para acercarte á Cristo!

La humanidad camina sobre escombros,
Sus palacios levanta entre ruinas
Y todos llevan cruces en los hombros
Y en las frentes, espinas.

Y buscan como alivio á sus dolores
Lejos de un mundo de miserias lleno
Al que ofreció otra paz y otros amores
Tras el azul sereno!

¡Oh deleznable cuerpo! ¡oh vil material!
Naces, luchas y llegas á tu ocaso
Sin que logres saber en tu miseria
Quién detendrá tu paso.

Y así se van los grandes, los pequeños;
Quien nada tiene y quien lo puede todo;
Sin fe los unos; otros con ensueños
Se ausentan de igual modo.

Y es triste ver partir á los que han sido
Nuestro culto ferviente, dulce y tierno,
Y en las puertas del reino del olvido
Darles adiós eterno!

Tú, señor, vivirás en la memoria
De tantos como yo, fieles testigos
De que fué tu placer, tu sola gloria,
Llamarnos tus amigos.

Vivirás en el libro de diamante
Que augustos fastos de la patria aduna
Y que á los tiempos mostrará constante
Las glorias de tu cuna.

Mucho te debe el pueblo que te llora,
Luchaste por su bién firme y sereno,
Y bendice tu nombre, hora tras hora,
Porque eras noble y bueno.

Mientras él te consagra los laureles
Que el soplo de las tumbas no marchita
A mí me trae con tus amigos fieles
La gratitud bendita!

No es el llanto fugaz, falso ni artero
Que rebaja a los hombres en el mundo,
Es el filial, el hondo, el verdadero,
El del dolor profundo.

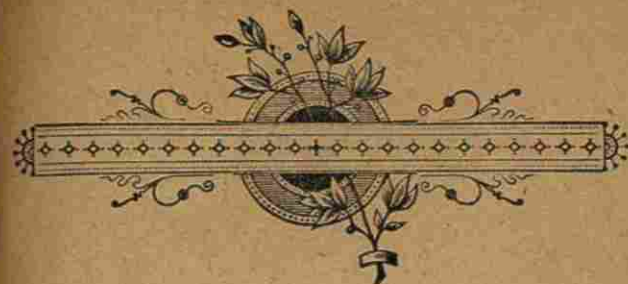
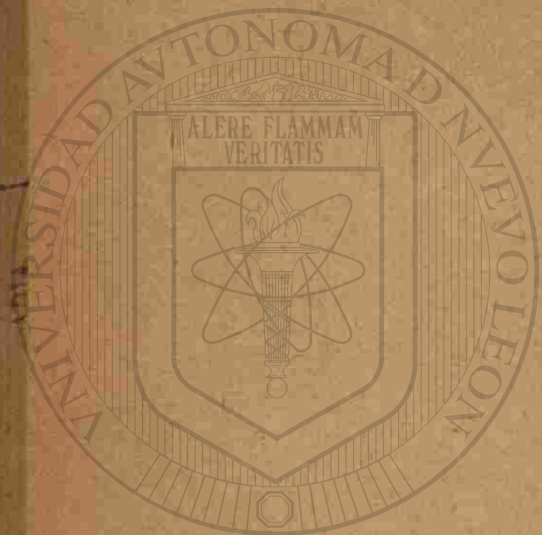
A tu franca amistad tanto he debido
Que hoy que me falta tu cariño santo,
Me siento como huérfano, he sufrido
Y he vuelto a tener llanto.

Tú fuistes para mí constante amparo;
Fuerza y sostén de mi ánimo abatido;
Mira... negra es mi noche y falta el faro...
Señor... ¿por qué te has ido?

Y esperarán de mí cantos y flores
Los que mirán tu osario sin terneza;
Yo no sé como cantan los dolores;
Mi musa es la tristeza.

Y no te traigo flores al sombrío
Lecho en que dormirás mudo é inerte.
¡No! te traigo el raudal de llanto mío:
Que me arrancó tu muerte!





AL MAESTRO

Ignacio M. Altamirano

(En la velada que le consagró la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística el 9 de Marzo de 1893.)

Si alguien se mofare aquí
Al mirar que un hombre llora,
Bien puede hacer desde ahora
Sangrienta irrisión de mil...
Maestro: pensando en ti,
¿Qué puede expresar mi canto?
Cuando el alma duele tanto
La pena a los ojos sube,
Busca espacio, forma nube,
Se deshace y llueve llanto.

No es femenil cobardía,
Ni apocamiento y temor;
Es que retoña el dolor,
Profundo del alma mía.
¡Oh, existencial! ¡Oh, breve día!
¿Quién de tí se ha de engreír?
Son el nacer y el morir,
Limpio Oriente, negro ocaso,
Distantes tan solo un paso
Que a nadie es dado medir.

Fué tu nativa heredad
Una choza sin fortuna;
Allí velaron tu cuna
El olvido y la humildad.
Del monte la soledad
Esconde aún tu cabaña...
¿A quién tu origen extraña,
Si es natural condición,
Que el águila y el león
Tengan nido en la montaña?

Fué tu aprendizaje rudo,
Bañado en llanto salobre;
Amaste al desnudo, al pobre,
Por nacer pobre y desnudo,
En tí mismo hallaste escudo
Del mundo ante la amenaza,
Surges, te elevas y traza
Tu vuelo, con luz de gloria
Sobre el cielo de la Historia
¡La *vía-láctea* de tu raza!

Fuiste en las luchas atleta;
En las rostras orador;

En la arena gladiador;
En el Parnaso poeta.
Fué tu elocuencia saeta,
Ariete, escudo y muralla;
Tu genio todo avasalla
Y es lema de tu virtud:
«¡Donde está la Juventud,
Está el campo de batalla!»

Luchaste tanto por ella
Que no sabe, entristecida,
Si al apagarse tu vida
Se habrá apagado su estrella.
En vano busca tu huella
Sobre el mar que el viento riza;
Te invoca, te diviniza,
Con amor filial y santo,
Y quiere rogar con llanto
Tu veneranda ceniza.

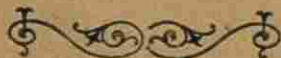
¡Oh, maestro! ¡qué sombría
Y que intensa es su amargura!
Eras su gloria más pura;
Su bienhechor y su guía.
De tus labios recibía
El consejo limpio y sano,
Que al soltarla de tu mano
Y dar libre el paso rudo
Lleva por arma y escudo
¡En este combate humano!

Halló en tí lealtad, nobleza,
Ciencia, honradez, heroísmo,
Abnegación, patriotismo,
Desinterés y grandeza.

Yergue altiva tu cabeza
En la negra eternidad...
Tú llevas la claridad
Que las tinieblas colora:
Hijo de la eterna aurora
Entra en la inmortalidad!

Hombres cual tú no perecen,
Ni el olvido los arrasa;
En cada instante que pasa
Más deslumbran y más crecen.
Tus obras nos envanecen;
Veneramos tu memoria
Y al verte entrar en la Historia,
Honrando tu patria suelo,
Están repicando á vuelo,
En el templo de la Gloria!

Ya venció quien luchó tanto,
Pero en él los ojos fijos
Inconsolables sus hijos
Visten luto y vierten llanto.
Es un lamento, no un canto,
Lo que expresa su aflicción,
Su paternal bendición
Imploran puestos de hinojos:
Que está lejos de los ojos
Y cerca del corazón.



Ante el cadáver del Embajador en Washington

Sr. Lic. Don Matías Romero

¿Lo recordáis? sin duda; ágil, pequeño,
Mirada al par que triste indagadora;
Abeja en la vigilia y en el sueño;
Abeja en el crepúsculo, en la aurora.

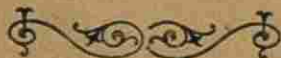
No rindió nunca el brazo ni la mente
A la desilusión y á la fatiga;
Obrero pertinaz, era un ardiente
Batallador, sin casco y sin loriga.

Nació en la región fértil, caldeada
Por el sol que culmina en nuestra historia;

Yergue altiva tu cabeza
En la negra eternidad...
Tú llevas la claridad
Que las tinieblas colora:
Hijo de la eterna aurora
Entra en la inmortalidad!

Hombres cual tú no perecen,
Ni el olvido los arrasa;
En cada instante que pasa
Más deslumbran y más crecen.
Tus obras nos envanecen;
Veneramos tu memoria
Y al verte entrar en la Historia,
Honrando tu patria suelo,
Están repicando á vuelo,
En el templo de la Gloria!

Ya venció quien luchó tanto,
Pero en él los ojos fijos
Inconsolables sus hijos
Visten luto y vierten llanto.
Es un lamento, no un canto,
Lo que expresa su aflicción,
Su paternal bendición
Imploran puestos de hinojos:
Que está lejos de los ojos
Y cerca del corazón.



Ante el cadáver del Embajador en Washington

Sr. Lic. Don Matías Romero

¿Lo recordáis? sin duda; ágil, pequeño,
Mirada al par que triste indagadora;
Abeja en la vigilia y en el sueño;
Abeja en el crepúsculo, en la aurora.

No rindió nunca el brazo ni la mente
A la desilusión y á la fatiga;
Obrero pertinaz, era un ardiente
Batallador, sin casco y sin loriga.

Nació en la región fértil, caldeada
Por el sol que culmina en nuestra historia;

¡Aquel sol que al bañar la inmaculada
Frente de Juárez, le infiltró la gloria!

Sol que alumbró á las razas que han escrito
Para que eternas sus hazañas sean:
Poemas con estrofas de granito
Que asombrados los siglos deletrean.

Región sin par; donde al caliente abrigo
De la abrupta montaña, en verde llano,
La caña sacarífera y el trigo
Rinden en surco igual la miel y el grano.

Donde, como silvestres crisantemas
En pentélico mármol engarzadas,
Del oro virgen las brillantes gemas
Deslumbran del viajero las miradas.

Do respetan las fieras tempestades
Al ahuehuate rey, cuya corona
Guarda con majestad á las edades
Que al rodar de los siglos abandona.

Allí creció soñando en las serenas
Ilusiones que el hombre siente y ama,
Cuando atiza en la mente y en las venas
La juventud su fecundante llama.

Saber para luchar, hé aquí el secreto;
Ciencia y virtud atesorar por galas;
Inundarse en la luz del alfabeto
Y en pos del porvenir tender las alas.

Bien nutrido su espíritu y logrado
Cuanto buscó en las aulas animoso;

A la par que jurista fué soldado
Sin darse nunca tregua ni reposo.

Surgió á la lid política en los días
De agitación febril y de despecho;
Cuando todas las rancias teogonías
Contrastaban la fuerza del derecho.

Cuando cada guerrero era juzgado
Como un monstruo salido del Averno,
A quien solo le estaba destinado
El patíbulo aquí y allá el infierno.

Cuando los adalides conquistaban
No el triunfo, no la gloria, no las luces;
Si no ser frutos de horca que colgaban
De los pinos del Monte de las Cruces.

¿La paz? ¡Una ilusión fútil y vana!
¿El tesoro? ¡Mordido por el ágio!
¡Mito imposible la igualdad humanal
Y un sainete ridículo el sufragio.

En esa lucha desigual é innoble,
En esa horrible y trágica contienda,
La figura de Juárez es el roble
Que resistió la tempestad tremenda.

Se alumbraron los antros más oscuros,
Se saturó de sangre nuestro ambiente;
Cada convento retemblo en sus muros
Y el sol de la libertad surgió en oriente.

Tú entraste en la legión batalladora,
No con rencor y con la faz bravia;

Entraste cual las aves en la aurora
Adorando el fulgor de un nuevo día.

Juárez te cobijó bajo su manto
Y al conocer tu espíritu sereno
Te impulsó por la senda, donde tanto
Brillaste al fin, por laborioso y bueno.

Todo lo de aquel tiempo está contigo;
La inquebrantable fe; la honradez pura;
La lealtad legendaria del amigo
Que el tiempo acendra y que el dolor madura.

Tú trabajaste con aquellos hombres
Que nunca son para la Patria ausentes;
Los que en la historia sus augustos nombres
Enclavaron cual astros refulgentes.

Y tu labor fué inmensa. Están sus huellas
Vivas y lucen sin dolor ni encono;
Tú hiciste al pabellón de las estrellas
Negar su sombra á la invasión y al trono.

Simbolizando allí la Patria entera
Clamaste: «La República no ha muerto,
»Juárez va con su ley y su bandera
»Como un águila errante en el desierto.

»Sólo apoyo moral es lo que implora
»El pueblo altivo que el acero blande
Y respondió á tu voz conmovedora
Seward el pensador, Seward el grande.

«Un pueblo tan devoto de sus leyes
Para el cual el honor es lo primero,

Romperá las coronas de los reyes
Que osado les imponga el extranjero.»

Y desde entonces fué tu limpio nombre
Amado con amor que no se agota;
Culto que el pueblo ayer consagró al hombre
Y hoy la nación consagrará al patriota.

Después interpretaste el noble anhelo
El augusto interés y la esperanza
Del que da con la paz á nuestro suelo
Todos los bienes que la paz alcanza.

Y allá donde se estima en cuanto vale
El talento siempre hábil y oportuno,
Podrá haber en tu puesto quien te iguale
Mas quien te llegue á superar, ninguno.

Tornáronse tus plácidas labores
En brega estéril sobre mar bravío,
Cuando extinta la luz de tus amores
Quedó tu noble corazón vacío.

De pie, junto á la muerta idolatrada,
Dantesco viaje realizaste austero,
Para que no durmiera abandonada
A la sombra de un árbol extranjero.

¡Cómo estrelló el dolor sus recias olas
En tu pecho que fué tu solo escudo!
¡Cuán triste el regresar enviando á solas
El postrer beso y el postrer saludo!

Dejaste el corazón en sus despojos;
Traspuesto el sol buscabas el celaje

¡Y doquier se ensanchaba ante tus ojos
La obscura senda del eterno viaje!

Y entraste en esa senda cuando habías
Logrado un alto premio á tu fe austera
Y una ardiente explosión de simpatías
Te ha acompañado á la mansión postrera.

La patria por tí vierte acerbo llanto
¿Qué mayor galardón para tu historia?
¿Por qué te llora y dignifica tanto?
¿Porque supiste amarla y darle gloria!

Entra á dormir á la región callada
Nuestro dolor llevando por tributo;
Te vela la República enlutada
¿Qué madre en su dolor no viste luto?

Has cumplido.... ve en paz.... sobre tus huellas
Juntarán siempre sus dolientes palmas,
El libre pabellón de las estrellas
Y el pabellón que adoran nuestras almas.

Enero 17 de 1899.

FIN DE LOS MONÓLOGOS

ÍNDICE

	Páginas
Delirios de una Reina.	9
¡Solal...	15
Recuerdos de un Veterano.	29
En Vísperas de la Boda.	45
Tirar la Llave.	59
Las dos Muñecas.	74
Escribiendo un Drama.	83
Un Epílogo de Amor.	99
A Juárez.	125
A mi Bandera.	133
Morelos.	137
A Hidalgo.	139
A Rayón.	143
A Gabino Barreda.	149
Ante el cadáver del Lic. Manuel Romero Rubio.	155
Al Maestro Ignacio M. Altamirano.	161
Ante el cadáver del Embajador en Washington, señor Licenciado don Matías Romero.	165



¡Y doquier se ensanchaba ante tus ojos
La obscura senda del eterno viaje!

Y entraste en esa senda cuando habías
Logrado un alto premio á tu fe austera
Y una ardiente explosión de simpatías
Te ha acompañado á la mansión postrera.

La patria por tí vierte acerbo llanto
¿Qué mayor galardón para tu historia?
¿Por qué te llora y dignifica tanto?
¿Porque supiste amarla y darle gloria!

Entra á dormir á la región callada
Nuestro dolor llevando por tributo;
Te vela la República enlutada
¿Qué madre en su dolor no viste luto?

Has cumplido.... ve en paz.... sobre tus huellas
Juntarán siempre sus dolientes palmas,
El libre pabellón de las estrellas
Y el pabellón que adoran nuestras almas.

Enero 17 de 1899.

FIN DE LOS MONÓLOGOS

ÍNDICE

	Páginas
Delirios de una Reina.	9
¡Solal...	15
Recuerdos de un Veterano.	29
En Vísperas de la Boda.	45
Tirar la Llave.	59
Las dos Muñecas.	74
Escribiendo un Drama.	83
Un Epílogo de Amor.	99
A Juárez.	125
A mi Bandera.	133
Morelos.	137
A Hidalgo.	139
A Rayón.	143
A Gabino Barreda.	149
Ante el cadáver del Lic. Manuel Romero Rubio.	155
Al Maestro Ignacio M. Altamirano.	161
Ante el cadáver del Embajador en Washington, señor Licenciado don Matías Romero.	165





LA EPOPEYA DEL MORRO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

J. SANTOS CHOCANO

La Epopeya del Morro

(POEMA AMERICANO)

PREMIADO CON MEDALLA DE ORO

por el

ATENEO DE LIMA



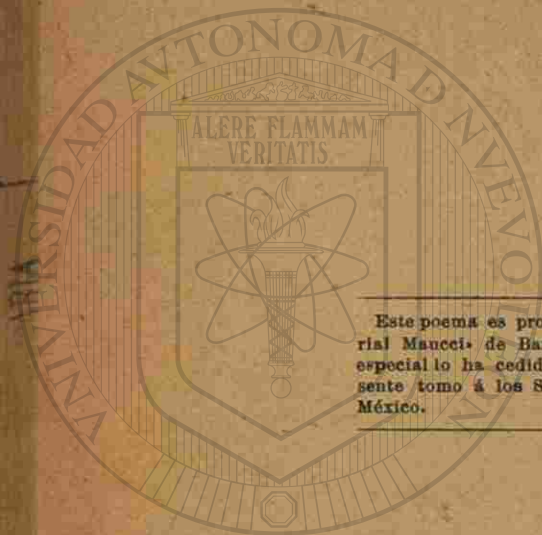
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

MAUCCI HERMANOS, PRIMERA DEL RELOJ, 1

1900



Este poema es propiedad de la «Casa Editorial Maucci» de Barcelona, que por convenio especial lo ha cedido para la edición del presente tomo á los Sres. Maucci Hermanos de México.



La Epopeya del Morro

¿A dónde está la musa que corría
como corre el torrente,
desgreñada, febril; la que, en su ardiente
ímpetu soñador, se estremecía
de gozo entre las luchas destructoras
en que bregaba sin sentir las horas:
si era preciso hasta morir, moría,
á manera del sol; porque tenía
vespertinos crepúsculos y auroras?

¿A dónde está la que en la selva umbría,
para ahuyentar las fieras,
cuando la noche del dolor caía
alzaba sus estrofas como hogueras?...

¿A dónde, a dónde está?... Las femeniles
fiestas de seducción, en copas de oro,
escancian la embriaguez. El bravo Aquiles
ha roto ya su lanza; Sansón juega
a los pies de Dalila; y entre el coro
sólo se oye una voz: la voz que ruega.
Rasga, ¡oh! musa, el disfraz con que te cubres;
muestra tu faz ante las turbas viles;
y arroja de tus sienes juveniles
los pámpanos de todos los octubres
y las rosas de todos los abriles!...

¡No tejas más arrobadoras danzas,
ni bebas más embriagador falerno:
rompe el vaso en que libas esperanzas;
ó exprime en él la esponja de amargura
con que apagó su sed el Héroe eterno,
y luego, como Sócrates, apura
esa gota de llanto del Infierno!

Liba el cáliz de amargo sacrificio
que prueba tu virtud, tal como el vaso
de dulcísimo amor prueba tu vicio;
y prepárate al canto de esa lira,
que quiere como el sol en el ocaso
hacer su último esfuerzo: duerma en calma
para siempre después, si en tanto gira
su postrar nota convertida en alma...

¡Coge otra vez tu lira; la que yace

empolvada tal vez, pero no rota:
en sus cuerdas de ayer duerme el sonido.
Desáta el broche a la primera nota
y verás como en notas se deshace...
Olvidada en la fiesta en que has vivido,
serás hoy como un Fénix, que renace
de las cenizas de su propio olvido!

Así, lejos del torpe desenfreno
estar debes. ¡No en blandos y sensuales
cánticos gastes más la fantasía;
sino, con voz de trueno,
en pregonar los hechos inmortales
del paladín, que supo en la porfía,
esgrimando el acero sin desmayo,
mostrar con espartana bazaría
pensamiento de sol, alma de rayo!

¡Sí! busca a un héroe y cántalo. Su gloria,
gloria tuya será, si es que lo cantas
y lo haces perdurar en la memoria,
como el bronce dichoso en que esculpido
el héroe tiene, ante sus firmes plantas,
postrado de rodillas al Olvido.

¡Si tornase a vibrar la vieja lira
del poeta de Ilíon! Así las santas
fruciones del ideal que al vate inspira
lograsen el laurel, digno tan sólo
del héroe, no del vate, que suspira
por el triunfo, no del, sino de Apolo.
El héroe de la Iliada vive hoy mismo;
porque es, en la apoteosis de su acero,
doblemente inmortal: por su heroísmo;
y por la lira que pulsaba Homero!

¡Ah! cuán feliz el vate
 si alcanzara á imitar en cada estrofa
 la agitación nerviosa del combate;
 y á fijar el perfil del héroe, al modo
 del duro bronce, de que no hace mofa
 el fugaz tiempo destructor de todo.
 ¡Mas ya que todo al fin, todo ha pagado
 tributo al tiempo burlador, no sea
 menos que el polvo ruín, la madre idea
 cabalgadora sobre el verso alado!

¡Musa: el héroe está ahí! Bésale y rompe
 el canto al fin; que si no es bronce, el canto
 no se oxida tampoco ni corrompe...
 Así está el héroe: besa sus heridas;
 enjúgale el sudor; contén el llanto;
 y al vibrar tus estrofas conmovidas,
 justo es que en sacra inspiración te exaltes,
 para cantar las luchas encendidas
 entre ese héroe inmortal—como Leonidas—
 y la Suerte traidora—como Efilates!...

I

EL CANTO DE LOS HEROES

¿Será el Progreso un bien?

¿Será un tormento?

¡Ay! más parece torcedor impío;
 implacable aguijón del penramiento,
 que impulsa á caminar, como el judío,
 sin tregua, sin descanso, sin aliento!

¿Hacia dónde se va? ¿Dónde la clave
 que descifre el misterio de esta huida
 hacia un eterno porvenir? ¿Qué mano
 del inviolable arcón tiene la llave?
 ¿qué ojo penetra el fondo de la vida?
 ¿qué lengua canta el porvenir humano?
 Ah! desbocado el lóbrego torrente
 corre, corre veloz, eternamente,
 sin poder encontrar el océano!...

¡Eternidad, eternidad hermosa,
 cuando es la paz que duerme y que reposa:
 eternidad, eternidad sombría,
 cuando sólo es la lucha fragorosa,
 inacabable, de brutal porfía!

¡Ah! cuán feliz el vate
si alcanzara á imitar en cada estrofa
la agitación nerviosa del combate;
y á fijar el perfil del héroe, al modo
del duro bronce, de que no hace mofa
el fugaz tiempo destructor de todo.
¡Mas ya que todo al fin, todo ha pagado
tributo al tiempo burlador, no sea
menos que el polvo ruín, la madre idea
cabalgadora sobre el verso alado!

¡Musa: el héroe está ahí! Bésale y rompe
el canto al fin; que si no es bronce, el canto
no se oxida tampoco ni corrompe...
Así está el héroe: besa sus heridas;
enjúgale el sudor; contén el llanto;
y al vibrar tus estrofas conmovidas,
justo es que en sacra inspiración te exaltes,
para cantar las luchas encendidas
entre ese héroe inmortal—como Leonidas—
y la Suerte traidora—como Efilates!...

I

EL CANTO DE LOS HEROES

¿Será el Progreso un bien?

¿Será un tormento?

¡Ay! más parece torcedor impío;
implacable aguijón del penramiento,
que impulsa á caminar, como el judío,
sin tregua, sin descanso, sin aliento!

¿Hacia dónde se va? ¿Dónde la clave
que descifre el misterio de esta huida
hacia un eterno porvenir? ¿Qué mano
del inviolable arcón tiene la llave?
¿qué ojo penetra el fondo de la vida?
¿qué lengua canta el porvenir humano?
Ah! desbocado el lóbrego torrente
corre, corre veloz, eternamente,
sin poder encontrar el océano!...

¡Eternidad, eternidad hermosa,
cuando es la paz que duerme y que reposa:
eternidad, eternidad sombría,
cuando sólo es la lucha fragorosa,
inacabable, de brutal porfía!

El progreso sin fin de las edades
desata en las alturas de la mente
el dolor de las negras tempestades:
la Humanidad atormentada siente
triste desdén hacia el pasado obscuro,
hastío al fin en el mejor presente
y eterna angustia por el bien futuro!...

Y en esta marcha de dolor, que empuja
al mundo, fatigado caminante,
sin rumbo fijo ni imanada aguja,
por la infecunda arena del desierto,
como el fantasma de otro mundo muerto
condenado a marchar hacia delante;
en esta variación de hombres y cosas
—hoy asombro, mañana indiferencia,—
se alzan a las regiones luminosas,
desde la eternidad de la conciencia,
los héroes todos, de contraria suerte
y diverso ideal, como pendones
que la Vida, en sus grandes ascensiones,
clavó sobre las cumbres de la Muerte!

¡Ah! morirán las cosas y los hombres;
más siempre, entre las vastas mortandades,
flotará en las futuras soledades
una inmortalidad: ¡la de los nombres
de los héroes de todas las edades!

En medio de la noche, en que camina
el mundo, hacia la aurora del mañana,
cada héroe, coronando cada ruina,
es como cada antorcha que ilumina
las noches de Nerón ¡Antorcha humana:
llamarada infernal, lumbré divina!...

El héroe, que conquista las alturas
para espaciar la fúlgida mirada
y ensanchar de la Vida el horizonte,
loco en sus sueños, sabio en sus locuras,
levanta al sol su frente castigada
por furioso huracán cual la del monte.

Cualquiera que se llame su tormento,
aunque no sea su ideal sagrado,
el héroe si lo es: El pensamiento
es de origen divino. ¡Torpe intento,
quitarle al hombre lo que Dios le ha dado!

¡Hasta los anarquistas, que en su empeño
quieren violar el porvenir oculto,
siquiera son apóstoles de un culto,
centinelas perdidos de un ensueño!

¡Sacras son las furiosas tempestades
que fecundan la vida con la muerte:
deben serlo también, ya que igual suerte
tienen siempre las horribidas peleas,
las ideas de todas las edades
y los héroes de todas las ideas!

Pronto, pronto, mañana,
la idea de una patria solamente
la eterna unión para la especie humana,
ha de rayar, desde las altas cumbres,
sobre la triste y abatida frente
de las encadenadas muchedumbres.

La patria vieja cambiará de nombre;
y el nuevo nombre que soñó la mente
triunfará al fin en la batalla ruda...

Oh! Patria Universal! Patria del hombre:
todo un siglo... *muriendo, te saludal*

Y entonces surgirán potentes brazos,
que el yugo desigual hagan pedazos
y la bandera universal levanten:
y vendrán otros héroes; pero entonces
esculpidos serán en otros broncees
y habrá otras liras que también los canten!

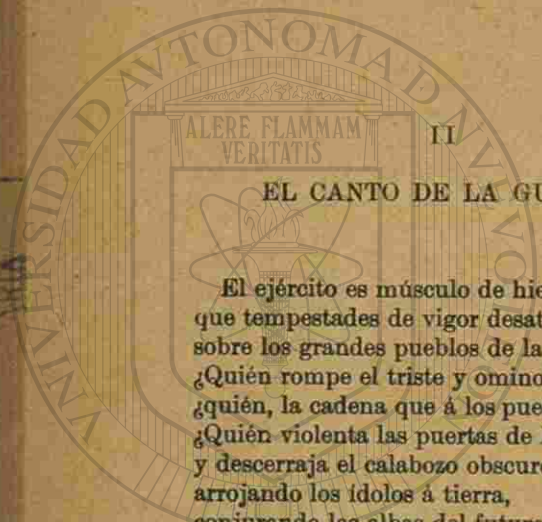
Hoy canta, ¡oh musal al último patriota
que suspenso en la cumbre, ante el abismo,
hizo la redención de la derrota
abriéndose en la cruz del heroísmo;
al que supo morir cual sol poniente
que en su manto de sombras se recata,
con la actitud de un César que se siente
altivo bajo el golpe que lo mata;
al que fulgió sobre la lucha fiera,
desgarrando la noche de la Historia;
al que cayó, pero al caer siquiera
se vengó de la muerte con la gloria!

Digno es del canto el héroe que su espada
fulminara en Junín y en Ayacucho;
más lo es también el que a su patria amada
defendiera ante el cielo y el océano:
si su esfuerzo fué el último cartucho,
BOLOGNESI fué el último espartano!

Hoy canta, ¡oh musal cual cantara un día
la musa de Simónides la suerte
de los que hallaron, en la lucha impía
de las mismas Termópilas, la muerte.
Y dí también como ella, ante la fría

tumba del héroe que escalara el cielo:
«—Su tumba es un altar; y su memoria
vive en la patria con perenne duelo;
y su duelo es un canto de victoria!»

¡Todo puede morir! La fe se trunca,
el amor pasa, la esperanza cesa:
no peligran jamás, ni mueren nunca,
sólo los héroes de la historia humana.
Hoy canta al héroe de la patria vieja
y al de la Patria Universal mañana!



EL CANTO DE LA GUERRA

El ejército es músculo de hierro,
que tempestades de vigor desata
sobre los grandes pueblos de la Historia.
¿Quién rompe el triste y ominoso encierro?
¿quién, la cadena que á los pueblos ata?
¿Quién violenta las puertas de la gloria
y descerraja el calabozo obscuro,
arrojando los ídolos á tierra,
conjurando las albas del futuro
contra las noches de hoy? ¡Sólo la guerra!

Y guerrear es vivir,—la vida es lucha.
Aún, como el torrente que los campos
furioso asalta, rebramar se escucha
al pueblo rey, que en su marcial camino
iba rompiendo con sangrientos lampos
la tempestuosa noche del Destino.
Aún, entre las clásicas lecciones
del docto pueblo heleno, se oye el canto
de Homero á las beligeras legiones
de los dos lustros de fragor y espanto.
Aún la voz del luchador, que en donde
se enseñaba á pensar, alta corona

alcanzaba en su olímpico deseo:
¡voz de victoria, á la que aún responde,
como eco eterno que vigor pregona,
la enronquecida voz del Coliseo!...

La guerra es tempestad que se desata
á las plantas de Dios; y que al pigmeo
hasta las plantas de su Dios encumbra:
¡Júpiter vibra el rayo con que mata;
Jehová vibra el rayo con que alumbral

Grande es morir; mas con la frente enhiesta
en heroica actitud, interrogando,
al Destino con labios de protesta:
más vale el pueblo que murió luchando
que el que sólo vivió, de fiesta en fiesta,
en la enervante paz del ocio blando....

El pueblo que sus cóleras sepulta
en vil resignación, turba de abyectos:
no, no es esa la paz; ¡esa que oculta,
bajo del mármol frío, hervor de insectos!

Cuando la sacra idea
de paz universal vibre sus palmas,
mil otras liras vibrarán sus notas,
á cuyos ecos vibrarán las almas.
Hoy canta, ¡oh musa! la feral pelea
y á BOLOGNESI como ayer á Aquiles;
que en el mar de visiones en que flotas,
no asoman ni siquiera los perfiles
de esas nuevas Américas remotas....

Digno es el héroe que la vida exhala
por la patria, que cantes su querella.

Canta la guerra, sí; ríndete á ella:
justo es que la condenes, porque es mala;
y justo es que la cantes, porque es bella!

La guerra con que Chile, el cóndor fiero,
acosara al Perú, que aunque vencido
deslumbró como el héroe á la Victoria,
no ha sido por blasón de caballero,
por la mujer de Menelao no ha sido:
ha sido por sentencia de la Historia.

Conquistador impulso abrigó el pecho
de Chile siempre; el del Perú la gloria
de sostener al débil contra el fuerte.
Diga Dios de que parte está el derecho:
¿lo está del Horoismo ó de la muerte?

La espada napoleónica que un día
—relámpago de sangre en noche umbría—
trazó linderos ensanchando zonas,
conquistadora fué; porque á su paso,
si ignorándolo acaso
libertó pueblos, conquistó coronas!
¡Ahl la Prusia después, como un torrenre,
violó la sepultura del coloso;
y con voz de cañones elocuente
turbó del héroe el último reposo,
para decirle que no valen nada
las conquistas jamás, y que el glorioso
pueblo, en que un día relumbró su espada,
veía al fin por extranjera gente
hasta su propia tierra desmembrada!...

¡Mas no el ardor de apostrofar inflame
el alma de la musa; y que, serena

como el cielo purísimo, derrame
luz y no sombras en el ancha arenal

La Guerra del Pacífico es proeza
que apenas pudo Marte haber soñado,
ya que es sueño la vida de los hombres...
Con el arroj de ESPINAR empieza;
concluye con la fe de LEONCIO PRADO;
y se llena con GRAU; ¡basta tres nombres!

El Perú de ESPINAR corre á la cumbre:
es el que á coronar la cumbre aspira;
el que busca la gloria; el que no mira;
como rueda á sus pies la muchedumbre;
y sube, y sube, hasta que al fin espira.
El Perú del estoico LEONCIO PRADO
es el que sonríe de su suerte:
es el que apura el néctar, sosegado,
hasta hacer la señal, cual buen soldado,
con que marca el instante de su muerte! (1)

¡Oh GRAU! Tu «Huáscar», redentor despojo
que envuelve el patrio pabellón parece.
El mar, que con la sangre se enrojece,
bandera bicolor finge en las brumas:
la sangre pone el rojo;
y el mar pone el albor de sus espumas!

(1) El comandante Ladislao Espinar murió coronando la cumbre de San Francisco en desigual batalla. (1879)

El coronel Leoncio Prado fué fusilado, después de haber caído prisionero en la batalla de Huamachuco: bebió una tasa de café, ante el pelotón de soldados que lo ultimara, y dió él mismo la señal de la descarga al concluir su predilecto néctar. (1883)

Como el eco á la nota,
iba la Gloria misteriosa y grave
siguiéndote dó quier, siempre atraída:
era cual una celestial gaviota
que seguía la marcha de tu nave,
á través de las brumas de la Vida...

¡Oh GRAU, la musa que el ardor celebra
de BOLOGNESI, el último espartano,
postrado ante el altar en que te mira,
como vestal que quiebra
la sacra leña con robusta mano,
muda de admiración, rompe la lira!

¡Oh musa, canta! Pero no... detente;
que tu labio, marchito
de sed y de dolor, apenas siente
la horrorosa ansiedad de dar un grito!...

III

EL MORRO Y EL HÉROE

El escarnado Morro que la frente,
por los marinos vientos azotada,
yergue con orgulloso continente,
parecía inclinarse reverente
bajo el peso glorioso de una espada...
Más que to-los los siglos de su historia,
más que todas las rudas tempestades,
más que todo el fragor de las edades...
el peso lo abrumó de tanta glorial

¡Pero no! Bajo el héroe se sentía;
y cual corcel, que altivo caballero
con ágil rienda diestramente guía,
el Morro,—que mil veces cabalgado
por el negro Huracán mostróse austero,—
al sentir sobre sí la bizarria
del inmortal soldado,
ansiaba como nunca entusiasmado
subir más á los cielos todavial

El Morro, frente al mar, en sus anhelos
de dominarle todo, parecía
nave, que, entre horribles cataclismos,

hundióse para atrás en los abismos,
levantando la proa hasta los cielos!...

¡Ya lo azotaba el huracán rugiente,
ya el irritado mar inútilmente:
el Morro, rechazando los embates,
desgastados los pies, rota la frente,
era como un titán sobreviviente,
como un héroe inmortal de cien combates!

Pedestal del glorioso sacrificio,
se alzaba con el ansia que enardece
en la batalla el pecho del soldado:
porque él era el Satán del precipicio,
que ante la boca del peligro crece
y se alza, como un pueblo, sublevado.
¡Ansia sentía de escapar del suelo;
y bajo el pie del varonil soldado,
parecía, en las brumas, el crispado
puño de Ajax amenazando al cielo!

Y ya al Morro, la Suerte
señalado el futuro le tenía
con el dedo sombrío de la Muerte.
Entre su corazón, guardado había,
los mortales despojos de una oscura
raza infeliz que lo poblara un día;
y así predestinado, en la futura
noche del tiempo, á la batalla impía,
era el Morro ¡una inmensa sepultura!

¿Por qué quiso la Suerte que en la cumbre
del Morro fuera la feral batalla?
¡Ah! ¡La vivaz y cegadora lumbre
del rayo matador, en dónde estalla?

¿En dónde rasga de la sombra el seno
el puñal del relámpago furente?
¿En dónde bate su atambor el trueno?

La batalla radió sobre la frente
del Morro, que eminente
se destaca en las vastas soledades;
porque ¡para las cumbres solamente
han hecho su fulgor las tempestades!...

Y el héroe estaba allí.

Cual roble erguido
en campo de verdor; cual brava cumbre
en voluptuosa y lánguida llanura;
cual grito de cañón entre ruido
de batalla campal; y cual vislumbre
de un rayo en medio de una noche oscura, —
sobresalía el héroe entre las tropas
que lo rodeaban: su marcial figura
por do quier esparcía resplandores,
como licor las rebalsadas copas,
como perfume las abiertas flores...

Cien héroes más á su redor, á modo
de mariposas en constante gira
al redor de la luz, — colmaban todo,
el campo, el cielo, el mar, de los reflejos
del héroe erguido ahí, como una pira
refractando su lumbre en cien espejos...

Grandes eran las almas,
merecedoras de eternas palmas
é inmarcesibles lauros, que la Suerte
quiso ante el mar y el cielo unir entonces.

como regalo que ofreció á la Muerte
hablando por la boca de los broncees;
pero, ¡ahl si no brillara, como faro
de ensangrentada gloria, el héroe altivo,
que iluminó con el postrer disparo
la negra noche del peñón cautivo,
menos valdrían, menos, tal vez nada,—
cual nada valen las figuras bellas
que ornamentan el puño de una espada,
si la espada también no es digna de ellas!

¡El héroe! ¡él es! La musa consternada
fija su triste y húmeda mirada
en el héroe inmortal: le reconoce;
y tiembla, al modo de la novia amada
que sufre en medio de su propio goce...

¡El es! Y está vestido
con el traje de Aquiles en la Iliada:
es un griego y ¡es él! De su pisada
y de sus armas el enorme ruido,
dice: poder y orgullo; de su aliento
el calor, con que empaña
las vaguedades húmedas del viento,
dice: arrojo y salud; y de su extraña
musculatura de titán, el fuerte
molde en que fué vaciada, dice: gloria.
¡Es el vencedor! Su gran victoria
es rodar abrazado de la Muerte,
por lo candente arena de la Historia...

Ciñe á su pecho fúlgida coraza,
que siempre indiferente á la amenaza
é impenetrable para el golpe ha sido;

y á su indomable frente,
ciñe crinado yelmo reluciente
de abundoso penacho enriquecido.
Bruñidas grevas cubren sus rodillas;
lanza pujante y poderosa espada,
que saltarán al choque hechas astillas
de la diestra crispada,
esperan el fragor apetecido
que truena en las estrofas de la Iliada.
Rotas lanza y espada, el héroe entonces
fiará su broquel; ¡ese que ha sido
hecho con siete pieles, revestido
por tres ingentes láminas de bronce!

¡Es el héroe! Es el último espartano,
es BOLOGNESI, es el viril guerrero,
que, suspenso entre el cielo y el oceano,
resucitó la gloria del acero
que gozaba al sentirse entre su mano.

Mas... la visión del héroe no es aquella
que le muestra de Aquiles heredero,
cuando no tuvo su feliz estrella;
no estaba, como Aquiles, tan armado.
Sin armas casi combatió; mas pudo
caer sobre su escudo de soldado:
¡sobre su corazón, que era su escudo!

Es el titán... ¡Cómo en su pecho late
más que el odio, el amor hacia la gloria,
fuera más que su empuje en el combate,
su generosidad en la victoria!
Aunque en la lucha fiera
vibra su acero, segador de vidas,

¡rasgaría en girones su bandera,
para vendar con ella las heridas
del enemigo que á sus pies cayeral...

En su alma bulle generoso fuego,
que es luz de glorias en la noche oscura;
y también como su alma, su figura,
de viril expresión es la de un griego!

Sobre el negro caballo
de ancho tórax y de anca reluciente,
que asienta firme su chispeante callo,
y tiembla, relinchando en sus ardores,
con esos sutilísimos temblores
que recorren la piel rápidamente, —
destácase el anciano,
sentado á plomo en él, alta la frente,
fija la rienda en la siniestra mano
y la espada en la diestra. El kepis de oro,
tres veces galoneado, cubre aquella
frente, como un blasón sobre un tesoro;
bajo del se adivinan las ya vanas
reliquias de un pasado, que destella
con plateados fulgores; son sus canas...
el semblante arrugado,
de afilada nariz y grandes ojos,
es reliquia también de ese pasado;
pero en el fondo de su pecho late
un corazón jamás envejecido,
que cuando siente el hielo del olvido
Vuela á buscar el fuego del combate!

Tal es el hermoso anciano,
que siempre tuvo en el feral embate

—más valiente que Aquiles, ya que el griego
gozaba de los dioses el socorro—
frente de cumbre y corazón de fuego;
que no por cierto en vano
¡nació al pie de un volcán; murió en un morro! (1).

(1) Aseguran varios biógrafos que el coronel Francisco Bolognesi nació al pie del Misti.

IV

EN ESPERA

Sólo quince centenas de soldados
escoltan al titán; son la semilla
cogida en los graneros á puñados,
para las grandes siembras de la Historia.
¡Fingen un nubarrón, en el que brilla
aquel anciano como un sol de gloria!

Al frente de los breves batallones
resaltan capitanes denodados,
¡qué ejemplo son de militar civismo:
parece que esos grandes corazones
fueran sólo pedazos de uno mismo!
ARIA, UGARTE, ICLÁN y MORE, y tantos,
se yerguen impasibles en la altura,
cual víctimas que miran sin espantos,
bajo sus pies, cavar su sepultura...

La tropa desgredada, hecha pedazos
la tosca vestitura,
esperando su cruz se abre de brazos;
y así la Muerte, en su furor salvaje,
sentirá sin querer, los regocijos
de la viajera que al llegar del viaje
va á caer en los brazos de sus hijos.

El héroe es como el ídolo encumbrado
de un templo fabuloso: le son gratas
las ofrendas del último soldado;
y aquellos capitanes con su ejemplo
sostienen como firmes columnatas,
esa tropa, que es bóveda del templo!

La tropa hambrienta, pero siempre erguida,
no implora una limosna de la Suerte;
es como una avanzada de la Vida
que presenta sus armas á la Muerte!...

¡Ay! ella sufre, pero no se abate:
ufana de sus viejas cicatrices,
otras tantas banderas de combate,
hace, desnuda, de sus rojos trapos,
como huelga de obreros infelices
que tienen la altivez de sus harapos!

¡Son tan pocos!... Y en vano la mirada
espacia el héroe por dó quier: no llega
refuerzo alguno. Soledad callada;
cúspide muda; silenciosa vega;
campiña sin rumor... ¡En vano, en vano,
se esfuerza por oír otro murmullo
que no sea el murmullo del oceano!

¡Ah! parece el silencio con que el fuerte
desprecia al débil, desde su alto orgullo.
Ni un vago, inquieto son; ni un leve ruido:
es el hondo silencio de la Muerte,
¡el sueño profundo del Olvido!..

La ola apenas en los pies estalla
del Morro; que hasta el mar sobrecogido

ahoga sus fragores de batalla
y expresa su dolor en un gemido...

La campiña, á las plantas extendida
de la imponente y erizada roca,
es ancha mesa que al festín convida,
sábana abierta que al placer provoca.
¡Por ahí llegarán!... Mas el acento
con que el titán á sus hermanos llama,
cual copa de sonidos, se derrama
sólo en la hinchada vanidad del viento..
¡Nadie responde á su clamor! La impía
Suerte, que en ira y en dolor lo inflama,
está sorda también... Tal en un día
el loco, que las calles recorría
de lo sacra ciudad, sin hallar eco
—¡Ay de Jerusalen! ¡Ay!—repetía...

Súbito ancho rumor pobló los campos!..
El mar, de pronto retumbó en el hueco
del socavado Morro; nube oscura
vibró su trueno entre siniestros lampos;
y un viento de furor silbó en la anchura...

El héroe, sus gloriosos capitanes,
la tropa entera en pie, clavan los ojos
en el vago confín de la campiña.
¡Al fin están colmados sus afanes!
¡Llega el refuerzo al fin! Y ya despojos
no serán de las aves de rapiña!

¡Oh placer engañoso! ¡Oh espejismo
de perpetua ilusión, que finges palmas
donde hay tiniebla y soledad de abismo!

¡Oh sarcasmo cruel: tú eres el mismo,
El mismo en los desiertos que en las almas!

El ruido aquel—¡ay!—no era
de guerreros amigos... Los corceles
alzan, en sus beligeros tropes
el ronco son de la veloz carrera..
Los infantes los siguen: el estruendo
de sus aceros lo ensordece todo;
y en rápida invasión corren á modo
de un torrente de cólera rugiendo..
Arrastrados los lóbregos cañones
entre nubes de polvo, cada rueda
cruje y lanza al girar ásperos sonos..
¡Un eco de fragor rodando queda,
por detrás de esas bárbaras legiones!

¿Quiénes son? En sus rígidos semblantes
de cóndores adustos, se adivina
el ansia con que acaso los gigantes
provocaron la cólera divina..
¡Los invasores son! Es la de Chile
huracanada hueste... Que ya es hora
que el Cóndor triunfador su garra afile
en las sienes del Morro; y que destile,
bajo esa garra, sangre redentora!

El héroe, sus gloriosos capitanes,
la tropa entera en pie, cogen sus armas;
porque sienten nacer otros afanes,
al oír el clarín de las alarmas
Que truena con la voz de cien titanes...

Todos piensan igual. Todos la copa
beben de igual dolor hasta las heces:

el héroe anciano y la revuelta tropa.
Cinco veces mayor el acampado
enemigo es al fin... Y cinco veces
crece dentro de sí cada soldado!

Triunfaron los aquivos: los aquivos
eran diez veces más que los troyanos.
Vencidos fueron por los persas luego;
mas no quedaron en la lucha vivos
los únicos trescientos espartanos.
Aunque igual bosque de laureles brota
en ambos campos de heroísmo griego,
vale más que aquel triunfo esta derrota!

¡Ah, ya está todo en el lugar que quiso
señalarle la Suerte desgraciada!...
El invasor al pie, cual replegada
ola pronto a saltar; en la alta cumbre,
el héroe, cual relámpago indeciso
que anuncia tempestades, con la lumbré
de su vibrante espada;
el mar sembrado de enemigas naves
súbitamente, que al volar semejan
las arrancadas plumas de las aves
que por los vientos arrastrar se dejan;
y arriba, arriba, el cielo aletargado
como un bostezo eterno: es cual losa
suspensa de un sepulcro. ¡La amorosa
madre naturaleza ha bostezado
porque presiente el sueño de la fosa!

Resaltando en la cumbre, el héroe se halla
en serena actitud: la Suerte impía
lo amenaza a la vez por mar y tierra.
¿De qué sino de blanco a la metralla

el débil «Manco-Cápac» serviría,
miserio cascarón armado en guerra,
que es sólo escarnio de la mar bravía?

El griego de las Termópilas tenía
la defensa del áspera quebrada;
y pudo ver al golpe de su espada,
veinte millares de hombres en un día
rodando por la arena ensangrentada...

BOLOGNESI en la cumbre suspendido
hállase ante la escuadra fragorosa,
como ante un cazador pendiente un nido.
Y bajar de la cumbre fuera en vano,
ya que innumera hueste al pie lo acosa.
¿Más qué le importará, si otro es su anhelo?
No podrá el héroe descender al llano;
pero podrá subir: ¡subir al cielo!

Parece, ¡ay! el titán de las montañas
que las iras de Júpiter provoca:
atado se halla a la pelada roca
y el Cóndor le devora las entrañas;
pero también, como en la vieja historia
del rebelde titán que así sufría,
ha de arrancarle al cielo, en su agonía,
una chispa inmortal: ¡la de su gloria!

Expuesto en las desnudas soledades,
no de un desfiladero en las guaridas,
soporta las sangrientas tempestades:
¡por eso en que la voz de las edades
lo aclamará más grande que Leonidas!

EL ÚLTIMO CARTUCHO

¡De pronto, un mensajero!

Es que la Suerte
quiere á veces jugarse con la Muerte,
entre esperanzas de irritante gozo,
como juega el albor de la mañana
en el turbio cristal de la ventana
de un lóbrego y profundo calabozo...

Cinco veces mayor, el enemigo
quiso enviar al héroe un mensajero
de prometida paz. ¡Ah! ¿Cómo al fiero
huracán resistirse del castigo,
iba el puñado aquel? Y la esperanza
cómo iba á desdeñar, cuando el acero
suspense estaba de feroz venganza?

Escoge el enemigo á un denodado
capitán de pulquérrimos blasones
é insospechable fe: joven soldado
que en su rauda corcel, avanza, avanza,
por entre las intrépidas legiones,
hasta llegar al héroe; y conmovido
—¡Salvo es el nombre—dícele—que tengo;
y expresar con mi nombre os he querido
esta misión de paz en la que vengo!—

—¡Seguidme!—dice el héroe; y lo adelanta
lleno de magestad, por breve senda,
con porte airoso y con segura planta...

¡Ya están los dos en la cerrada tienda!

Y no á befasarse del anciano vino
el mensajero aquel; y de su lengua
no cayeron insultos, como gotas
de sangre del puñal de un asesino.
¡Ah! no le habló de irritadora mengua,
sino de las estériles derrotas
que ni afligen ni ablandan al Destino.
Su palabra mostróle la ya cierta
derrota luego; y le enseñó el camino
de honrada salvación: dejar la plaza.
Y breve, breve fué, como un alerta,
no como una amenaza!

Después que lo escuchó, ligera mano
pasóse el héroe por el ancha frente;
las cejas enarcó súbitamente;
pero, al pensar que se enojaba en vano,
dijole así tranquilo y sonriente:

—Tengo apenas un grupo de soldados;
pero tengo á la vez los más sagrados
deberes que cumplir: la voz escucho
de mi conciencia que morir me manda;
y moriré... después que en la demanda
¡haya quemado el último cartucho!—

Sencilla así y sublime, como el verso
con que el poema de Moisés empieza
su frase fué. Fué el dorso, fué el reverso
de aquellos elocuentes y famosos

discursos de pletórica belleza,
con que hablan los bélicos colosos
de la Iliada inmortal. Grabar debía
la Patria en su mármoleo cenotafio
esa frase de heroica bazarria,
que, como el sacrificio presentia,
¡tuvo la brevedad de un epitafio!...

El sorprendido SALVO pudo apenas
balbucear frases de pesar: veía
qué ancho sepulcro ante los pies se abría
de ese héroe, en cuyas venas
la misma sangre circulaba acaso
que en las del hijo de Peleo un día.
Y sintió... ¿qué sintió? Lo que se siente
ante el sol, cuando se hundió en el ocaso,
como en la tumba ensangrentada frente...

En silencio los dos, así un instante
contémplanse á la vez. Luego al anciano
tiende la mano el joven anhelante,
y estrecha en ella la rugosa mano
del tranquilo gigante...

—Aguardad—dice el héroe,—yo os lo ruego:
no estoy solo, en verdad; y es deber mío
consultar mi respuesta. Volved luego;
ó mejor... esperad, porque ya ansío
de una vez concluir. Venga la junta,
aquí mismo, ante vos; y que decida
si supe contestar vuestra pregunta
y si supe escoger. ¡O muerte, ó vida!—

Prontos instantes luego
empezaron del héroe á la presencia,
á llegar sus gloriosos capitanes:

MORE el primero fué, con el sosiego
del que marcha, serena la conciencia,
á la coronación de sus afanes;
y luego UGARTE, con la faz tranquila,
de plena juventud en los deseos,
fulminando la luz de su pupila
por entre el resplandor de los arreos;
é INCLÁN después, con la modestia suma
de un astro casi oculto; y el anciano
ARIAS, que al peso de la edad se abruma
y en la espada viril sienta la mano;
y O'DÓNOVAN gallardo y sonriente,
BLONDELL dominador, ZAVALA ufano...
¡Todos peruanos son! Y solamente
entre el clásico grupo, un argentino
yergue á los cielos la preclara frente:
¡es SAÉNZ PEÑAL! En su febril mirada
de ardiente juventud, brilla el destino
que en los grandes espíritus chispea;
hijo de San Martín, su misma espada
¡es la espada inmortal de Necocha!

Rinda parias el Arte á la hermosura
de ese grupo de excelsos capitanes,
en donde, con hierática apostura,
BOLOGNESI destaca su figura,
como un dios en un grupo de titanes...
Prenda el Arte la lámpara del númen
en el mejor altar, y cante gloria:
ese clásico grupo es el resumen
de los trescientos de inmortal memoria!
¿A dónde el bronce colosal, á dónde
que apologice el alma que se esconde
en el reto lanzado á la victoria;
que interprete el afán de la respuesta

de esos desesperados paladines;
y que exprese el vigor de esa protesta,
más alta que la voz de cien clarines?...

El grupo, en torno sus miradas gira;
y un solo bronce que lo copie no halla:
¡y ese grupo es el grupo en que se mira
el nubarrón que en el combate estalla!
¡Ah! para cuando reservar entonces
el verbo ensalzador de la batalla?
Sólo la lira canta; ella se inspira;
ella es la redentora de los broncees,
¡ya que es de bronce el arco de la lira!...

Y ahí también, á un lado,
salvo ese grupo respetuoso admira;
y se siente crecer ante el ejemplo,
como bajo el castigo el buen soldado:
su cabeza inclinada y descubierta
como la del idólatra en el templo,
recibe el sol por la ventana abierta;
y su mirada, á veces, busca el campo,
que se encuadra en el marco de la puerta...

¡El héroe, en medio! De su nivea barba
apriónase el ampo
con mano nerviosísima; en su frente,
cual labrador que la campiña escarba,
surcos abonda el ímpetu furente
que anardece su espíritu; en sus ojos,
hay un rayo de sol resplandeciente,
que fulmina altivez y vibra enojos;
en su actitud airada,
se ve el deseo que en su pecho late;
y en su cintura, la ceñida espada

¡tiene estremecimientos de combate!...

En amplio semicírculo, á su frente
los bravos capitanes... Es el coro
que forma Homero de la aquiva gente
en la junta inmortal, en que el sonoro
rayo vibra de Aquiles impaciente.

Habla el héroe:—Ha venido un mensajero
de la enemiga tropa: en una mano
trae la oliva de la paz; y al mismo
tiempo en la otra vengativo acero...
Dejar la plaza me ha exigido en vano:
en nombre del rebelde patriotismo
que siempre alienta el corazón peruano,
le he respondido que la lucha quiero
y no la rendición... Fuera egoísmo,
egoísmo de gloria, en un anciano,
sacrificar vuestras sagradas vidas
sin otros primero.

¡Vosotros escoged! No hubo espartano
que no siguiera el rumbo de Leonidas:
os lo recuerdo; más quién sabe acaso
si no es bueno seguir, cuando están llenas
de juventud las almas, al que un paso
le resta dar hacia la tumba apenas!...

Mientras así decía,
como en una patriótica ironía,
por sus hinchadas juveniles venas
¡en copioso raudal la sangre hervía!
Cesó su voz vibrante,
como una tempestad de amargas quejas;

y se enarcaron las viriles cejas
en su rostro de Júpiter Tonante.

—¡Vuestra opinión es mía!—dice entonces
el magestuoso MORE; y todos.—¡Mía!—
prorrumpan á la vez: la vocería
es cual si echasen á volar los broncees...

Y no ardió discusión ni surgió enojo
entre el Poder, la Ciencia y el Arrojo,
como en la junta que de Homero el númen
en exámetros canta varoniles;
porque el gran BOLOGNESI era el resumen
de Agamenón, de Néstor y de Aquiles:
así encarnaba el héroe americano
la magestad de Agamenón de Atreo,
la experiencia de Néstor el anciano
¡y el arrojo del hijo de Peleo!

SALVO siempre en suspenso, ve la airada
tempestad estallar, con cejijunto
rostro de horror. Clavando una mirada
en esa extraña faz, el héroe al punto
desnuda con estrépito su espada,
y señalando el campo, que la puerta
deja entrever, con la actitud del guía
que muestra un rumbo en la extensión desierta
—Ya sabéis—dice—¡la respuesta mía!
Yo rendirme no sé, yo siempre lucho
á vencer ó morir; decid que es ésta
mi irrevocable y única respuesta:
¡quemaremos el último cartucho!—

No expresó más ese viril deseo
que arde en los heroísmos sobrehumanos,

el epitafio que el cantor de Ceo
¡consagró á los trescientos espartanos!

El epitafio aquel del pasajero
que va á decir á Esparta cómo el fiero
Leonidas cumple su deber,—se abate,
se humilla, palidece, ante este grito,
que parece retar al infinito
¡con el último estruendo del combate!...

SALVO, al oír tan varonil respuesta
abrió los ojos, de sorpresa mudo;
y ante el grupo inmortal, apenas pudo,
viendo del héroe la figura enhiesta,
doblegar la cabeza en un saludo:
¡Y fué ese arranque de sorpresa el mismo
con que después, tras el combate rudo,
saludó la Victoria al Heroísmo!...

VI

ANTES DEL ASALTO

Y luego habló el cañón! MORE el primero
que llenó los espacios con el grito
del ronco bronce fue. La inmensa flota
de invulnerable corazón de acero
ensordeció, al tronar, el infinito;
y tal como rebota
desgalgado peñón de la alta sierra,
rebotaba la voz, que de eco en eco
iba á perderse, como un ¡ay! de guerra,
de los abismos en el sordo hueco...

Yá la hueste acampada
al pie del Morro ametrallaba fiera
la rebelde altitud, en que dó quiera
el héroe, cabalgado, discurría,
fija en la diestra la desnuda espada,
seguido de un girón de su bandera;—
por aquí, por allá, por donde había
un grupo de soldados en espera,
sintiendo del ardor el acicate,
ó abocando el cañón, que parecía
brújula gigantesca del combate...

Y así acabó, por fin, hora tras hora
todo aquel primer día:
la Suerte se gozaba en la demora;

ó acaso era cobarde todavía
para asestar traidora
el postrer golpe de su saña impía.

No tan fácil tampoco á los mortales
la Gloria ser podría:
preciso era sufrir con los delirios
de la ansiedad, entre cruentos males
La Gloria está rodeada de martirios,
como un huerto cercado de zarzales...

El grupo aquel de capitanes fieros
decidió sucumbir, pero en fulgores
bañando los aceros:
morir así, vibrando sus espadas,
hasta caer en la batalla ruda
cegados por sus propios resplandores,—
no como hato de ovejas devoradas
por famélicos lobos, sin que acuda
la jauría de canes salvadores...

Eco halló entre los míseros soldados
la voz de los gloriosos capitanes;
y así tras de esa lid no fatigados,
en torno de los símbolos sagrados
de sus patrias banderas, juramento
hicieron de luchar como titanes
hasta ser polvo y esparcirse al viento!

Como el licor de la volcada copa,
habíase esparcido, desde el alma
del héroe altivo hasta la humilde tropa,
el mismo sacro afán. En el paisaje,
BOLOGNESI era el trónc de una palma;
y la tropa, el ramaje...

En la comida luego de aquel día,
apuraron los tétricos soldados
su alimento postrer, fríos, callados,
con profunda atención; y no se ola
risa profana que á turbar viniera
aquella calma de dolor sombría,
que se ciérne en las almas y en las cosas,
cuando próxima está la nube fiera
á desatar sus iras tempestuosas..

Ah! no fue más siniestra la comida
de Priamo y Aquiles! De esta suerte,
su tributo pagaban á la Vida
para después pagárselo á la Muerte.
El griego y el troyano
al fin comieron sobre el cuerpo inerte
de Héctor ¿qué iban á hacer? era lo humano...
Pero, ah! los héroes de esta cruda guerra
desdeñaban los póstumos tributos;
y antes de ser abono de la tierra,
le exigían el pago de sus frutos!...

Apartado hacia allá, viendo el océano,
de aquella tarde al vívido reflejo,
un joven capitán, la arqueada mano
puesta en el entrecejo
como en defensa del fulgor que ardía
del ancho mar en el movable espejo,
bañado el cuerpo en la rojiza lumbre,
una estatua de bronce parecía
que se alzaba de pie sobre esa cumbre!

¿Quién era? ALFONSO UGARTE, que á la hora
en que un beso de paz rompe su broche
de vaga luz, cuando encendida nube

finge barco con rumbo hacia la aurora
á través de los mares de la noche,
y cuando el alma de la tierra sube
al cielo entre perfumes y oraciones,—
quiere buscar á su febril pupila
mudas contemplaciones,
que allá en la vasta soledad tranquila
le hablen de sus pasadas ilusiones...

Ahí, mirando el mar, cuyo horizonte
ábrese como se abre la esperanza,
el joven capitán, que así sentía
bajo sus pies la cúspide del monte,
amparaba al amor, que sin tardanza
á su ardoroso espíritu acudía
como ave de alas rotas...

A manera
del viejo, que sentado en los umbrales
de su tumba, recuerda lo que era
en sus años de ayer primaverales,
el joven capitán, que entra la fiera
batalla ha de encontrar segura muerte,
pone el recuerdo del placer mundano
en el risueño amor, y altivo, y fuerte,
lleno de juventud... ¡se siente anciano!

Venus, de azules ojos,
lo adora como á París; y Minerva,
de ojos verdes, lo adora como á Aquiles.
Venus placeres y Minerva enojos
le brindan á la par. Nada lo enerva,
nada lo abate: es fuerte en sus abriles;
y enlazando los lauros á las rosas,
en torno de sus sienes juveniles,

es digno del amor de las dos diosas!

Mas... fijase de súbito en la escuadra
que á lo lejos se tiende amenazante;
y cual la ola, que protesta y ladra,
á las plantas del Morro estremecido,
ruge él también, y en el confín distante
el trueno repercute ese rugido.

Vuelta la espalda al mar, mira la tierra
en que duerme la sombra sosegada:
sólo un reflejo por las nubes yerra
cual de un cadáver la postrer mirada...
y entonces jura que en el mar...

El grito
del vibrante clarín, pregoná al viento
que la silente paz del infinito
ha bajado también al campamento!...

Aquí y allí esparcidos los soldados,
en sus improvisadas fortalezas,
quédanse en vago ensueño aletargados,
pensando en los amores ya pasados;
y cual repletas copas de tristezas,
rebotan una lágrima escondida
que cólera veloz enjuga luego,—
porque esa gota al corazón calda
es una gota de ácido en el fuego!...

Por entre la tiniebla silenciosa
que envuelve el campamento,
prolóngase el alerta,
como una voz oscura y temblorosa,
como la voz con que se queja el viento,
como la voz de la extensión desierta

llorando en profundísimo lamento...

Y entre la paz del campamento inerte,
de pronto, en su corcel, con raudó vuelo,
cruza á escape la Muerte,
como una blanca ráfaga de hielo...

¿Y el relámpago aquel hermoso y puro
alma errante del cielo desprendida,
que en carrera de luz hiende lo oscuro
como un ensueño de la Eterna vida?
¿Esa visión, que los espacios puebla
de otras mil en fantástico derroche,
y arroja desde lo alto de la noche
semillas de astro en campos de tiniebla?
Es la Gloria inmortal, que cruza el cielo,
atronadora, mientras todo calla,
con dominante y anchuroso vuelo
por encima del campo de batalla!...

BOLOGNESI no duerme. Incorporado
en el intacto lecho,
fija un dulce recuerdo en el pasado;
y siente encima de su noble pecho
sus gloriosas medallas de soldado.
Entre la obscuridad, la fantasía
finge el combate aquel, en que valiente
á la Victoria arrebatara un día
eterno lauro con que orlar su frente.
Oye la atronadora vocería
que alza en Tarapacá la tropa fiera,
semejante al rebote de un torrente,
de peñón en peñón, por la pradera...

Parece que alguien le hable ó que algo mira.
A veces la pupila incierta toma
repentina fijeza; frunce el ceño;
siente que á su rededor la sombra gira;
y allá en el fondo, una visión se asoma
que le hace preguntar: —¿Pero, es un sueño?

¡La visión de la Patria!

En desconcierto,
se atropellan visiones y visiones,
como los espejimos del desierto
rascándose en nerviosas vibraciones.
Ante su fantasía, á las miradas
que hunde en aquella obscuridad de fosa,
mueven esas visiones reflejadas,
como sobre las aguas agitadas
se retrata una imagen temblorosa...

¡Es la Patria, ella es!

Procesión rauda
de heroicos hechos y gigantes hombres
pasa, arrastrando la gloriosa cauda
de mil y mil inolvidables nombres...
La visión de la Patria! Es ella misma
que copia entre las sombras su reflejo;
y no al través de un ilusorio prisma,
sino en la Historia como en fiel espejo...

Es la Patria; ella es!

Fija y segura
queda su imagen sola,
mientras la procesión finge una ola,
que al fin se pierde por la playa oscura...

Viste negro crespón; y su mirada
busca sólo la abierta sepultura
que le espera tal vez, en la crispada
mano, la empuñadura
tan sólo muestra de su rota espada;
está pronta á morir... Pero, ¡ah! fulgura
en sus ojos el toque con que empieza
la conquista del cielo el nuevo día;
que á veces, sin querer, Naturaleza
toma por nacimiento la agonía:
¡Y quién sabe si al fondo, en las conciencias
del Hoy y del Ayer y del Mañana,
nada vienen á ser las apariencias
siempre engañosas de la vida humana!...

Ah! Por entre la negra vestidura,
su desgarrado corazón chispea,
como una estrella titilante y pura
por entre el nubarrón que la rodea...
Y sin dejar la espada, con la mano
empapada en su sangre todavía,
muestra su corazón,—como al cristiano,
en las visiones del dolor humano,
también le muestra el corazón Marial

Y así la noche entera...

Otro sol vino

del grupo heroico á contemplar la gloria;
de ese grupo divino,
que en la escarpada cumbre de la Historia
lucha contra las huestes del Destino...

Volvió el canón á hablar.

Y así indecisa

la Suerte estuvo nueva vez. La brisa

agitaba en el Morro la bandera,
sin que el furor de la enemiga flota
desgarrarla pudiera
al soplo de huracán de la derrota;
acariciada por la brisa, era
el supremo desdén de la arrogancia,
hasta que al tercio sol la hueste fiera
cubrió rápidamente la distancia...

¡Llegó el primer minuto del asalto!
El grupo lo esperó con la segura
idea de morir... Sereno y alto,
destacaba entre todos su figura
el héroe en su corcel, sobre el basalto.

Cinco veces mayor, el enemigo
todo lo arrollará, todo... ¡qué importa!
Cinco veces mayor será el renombre
que cada héroe llevará consigo
al sepulcro también. La Vida es corta
para que pueda apetercerla el hombre...
Y á la manera de ese grupo fiero
que ante innúmera tropa no se abate,
ni empaña el lustre de su limpio acero, —
siempre acosada del dolor, la Vida
es sólo un grupo de años que combate
contra una Eternidad desconocida!...

VII

EL ASALTO

Allá, lejos, muy lejos,
lúgubre fondo y cárdenos reflejos:
el verbo de las broncas tempestades
en gloriosa explosión rompe iracundo, —
y se apaga en las hondas soledades;
el relámpago cruza vagabundo
como una inmensa mariposa extraña;
y el trueno llora su dolor profundo
en el altar mayor de la montaña...

¡Eco parece del enorme ruido
que hicieron, derribados desde el cielo,
al rodar para siempre en el olvido,
los olímpicos dioses! Voz de alarmas
que sembraba pavor, pavor de hielo,
estremeciendo las colgantes armas
en el raudó corcel, que hollaba el suelo
de la trémula Roma decadente,
á donde el fiero bárbaro quería
agua encontrar para lavar su frente
salpicada de fangos todavía!
¡Grito eterno de horror que el furibundo

torrente da al saltar! ¡Ay de agonía,
con que se rasga el corazón de un mundo!...

Mas no es la tempestad: es la batalla,
que en la cúspide estalla
del Morro que se siente estremecido,
cual si hubiera del cielo descendido,
en un bólido enorme, la metralla,
para saltar al choque de la tierra,
en horroroso y trágico estallido,
como un pregón de atronadora guerra!...

Blanca, espesa neblina
la frente envuelve de la brava cumbre,
en que el drama sangriento se adivina,
del cañón ronco a la rojiza lumbre
que desgarras las brumas repentina...
Blanca, espesa neblina opaca el cielo;
y hasta el altivo sol rinde tributo
a la tristeza del heroico duelo,
y se viste de luto.....

Así también, cuando los dioses quieren
acabar con los héroes en la Iliada,
los circundan de nieblas... ¡Y así mueren
bajo los golpes de invisible espada,
sin llegar a saber cómo los hieren!

Por imposibles sendas, por estrechos
bordes de precipicio, por dó espacio
encuentra el pie, las invasoras gentes,
con la fe de los triunfos en sus pechos,
con el sol de las iras en sus frentes,
lánzanse a la altitud, cual los torrentes
saltando por encima del rehacio
valladar que embaraza sus corrientes...

Finge un río, que en ancha catarata,
en vértigos de espuma se arrebatada
al chocar con las peñas: invertido,
sube en vez de bajar. Las muchedumbres
son las aguas de un mar desconocido...
¡Tal el Diluvio Universal ha sido:
tal subieron las aguas a las cumbres!

Y el héroe está en el Morro; y está cierto
de que se acerca el trágico minuto
en que ha de rodar muerto;
y está cierto a la vez de que su gloria
ha de rasgar la obscuridad del luto,
como un tajo de sol sobre la Historia.
Es breve su estatura;
pero en su alto corcel crece y espanta,
cual si fuese titánica figura:
el héroe toca con su frente el cielo,
mas siempre tiene su corcel la planta
afianzada en el seguro suelo...

Llueve el plomo, se rasga la bandera,
se destempla el clarín; y roncamente
la invasión adelanta y adelanta;
y caen los soldados, a manera
de las espigas cuya altiva frente
el granizo quebranta...
Se acerca el choque ya. ¡La lucha fiera
va a enconarse por fin! Sigue el torrente...
y todo es confusión súbitamente;
y se mezclan soldados con soldados;
y luego... ¡se derrama por do quiera
ancho rumor de vientos encontrados!

Mas... ¿Quién es el jinete misterioso

que en carrera veloz hacia la cumbre,
del torrente invasor sigue las huellas;
y corre, y corre, de llegar ansioso,
mientras sus armas de chispeante lumbre
van lanzando relámpagos y estrellas?...

¡Es la Muerte; ella es! Su rostro fiero,
de luminosas cuencas, se destaca
bajo de un casco de luciente acero:
ciñe, como suntuoso coracero,
ingente cota de bruñida placa.

Se ve que avanza triunfadora y fuerte
—con una nube en su semblante pálido
y un rayo de dolor en su mirada—
la dantesca figura de la Muerte
cabalgadora en su corcel escuálido,
que es un harpa de huesos destemplada..

Cual relámpago el látigo chasquea;
y se lanza á la cumbre, á la pelea:
todo, todo lo arrolla y lo aniquila;
que el corcel de la Muerte acaso sea
¡el mismo espectro del bridón de Atila!
Arranca chispas al sentar el callo
en el recio peñón; clava la espuela
en el hundido ijar de su caballo,
que se para en dos pies; y luego... vuela!

En su diestra, resplande la guadaña
insaciable de vidas, que á ambos lados
va sembrando el terror. ¡Es una extraña
visión, un huracán de la montaña
que arremolina nubes de soldados!...

Como el experto nadador que á solas
juega en el ancho mar, y ya sepulta
su cabeza en las olas,
ya la seca otra vez, ya la hunde luego,—
así la Muerte en misterioso juego,
súbito ya parece, ya se oculta,
ya vuelve á parecer; y entre las filas
deshechas de soldados, cruza rauda,
cual un cometa de pavura ciego
que huye espantado de su propia cauda,
ó cual fiera que corre en la espesura
revolviendo sus fúlgidas pupilas
entre las sombras de la selva oscura...

A cada rudo golpe, á cada embate,
los batallones,—aves que en su nido
quiebran las alas por sondear la altura,—
van dejando rodar en el combate
soldado tras soldado, hoja tras hoja,
á manera de un árbol sacudido
que de todas sus galas se despoja!

Soplo de tempestad ruge iracundo...
Allá un soldado cae, otro levanta;
aquél hunde su corvo en la garganta
del débil moribundo,
que, soltando el fusil, rodó á su planta;
aquel héroe sin nombre, con su sola
calada bayoneta, al fin rechaza
á un grupo, que lo envuelve y lo amenaza
como á la peña la ceñida ola;
ese, como hoja que arrebató el viento,
de peña en peña va, por el barranco;

ese otro, lanza horrible juramento,
 los ojos pone en blanco,
 deja caer arma, con la diestra
 cubre la sangre que en su pecho asoma
 y rápido, en mitad de la palestra,
 gira sobre sí mismo... y se desploma;
 éste, el corvo homicida
 clávale por la espalda al que entre tanto
 expone, ante cien muertes, una vida;
 éste, de cara al sol, muerto soldado,
 como expresión de póstumos enojos,
 muestra al cielo el combate reflejado
 en el cristal de sus abiertos ojos;
 y éste otro, que dispara
 su arma antes de caer, rápido rueda
 y, en su alarde postrer, de espaldas queda,
 vuelta hacia el suelo con desdén la cara!...

Charcos de sangre lo enrojecen todo;
 y así la sangre, lustración de horrores,
 resbala en cauces de revuelto lodo
 cual por la sien del labrador sudores...
 ¿Qué Verónica santa enjugaría
 el sudor de la sangre en ese suelo,
 si sólo alcanzaría
 á retratarse la batalla impía
 en el lino del bíblico pañuelo...!

Entre la sangre, en grupos, confundidos
 se amontonan al par muertos y heridos;
 vibran las armas rotas sus destellos
 temblorosos, como esas sensaciones
 que recorren la piel hasta que inerte
 el cuerpo queda al fin. Y sobre aquellos
 grupos, en su corcel, salta la Muerte;

y salta á modo de una cabra fiera
 que empezara á correr, por los montones
 de segadas espigas en la era...

Y á manera del Dios de los cristianos
 que por do quiera se halla, ó á manera
 del sol que esparce generosa lumbré
 sobre el amplio hemisferio por do quiera,
 BOLOGNESI verter con amplias manos,
 sueña, gloria y fulgor desde la cumbre:
 blandir la espada al frente
 de aquel grupo que avanza denodado;
 él solo resistir aquel torrente
 del invasor jadeante y furibundo;
 bajar de su corcel, y al buen soldado
 que cayó levantar sobre sus hombros;
 y recoger el ¡ay! del moribundo;
 y luego, nuevamente cabalgando,
 buscar el choque provocando asombros;
 y ser, en medio de las luchas fieras,
 una llama entre todas las hogueras
 y una cruz sobre todos los escombros!...

A un mismo tiempo, las gloriosas vidas
 de ARIAS é INCLÁN, que al golpe de la Suerte
 vanamente resisten, extinguidas
 disípanse en las sombras de la muerte.
 ARIAS, bajo su espada que resplande
 con luz eterna, es siete veces grande,
 ya que muestra en el pecho siete heridas...
 INCLÁN llena el afán desesperado
 que expresó un día, con modestia suma,
 de morir «como el último soldado...»
 Y brilla el sol con súbitos reflejos,
 haciendo resaltar, entre la bruma,

la venerable faz de los dos viejos
con sus cabellos de rizada espuma...

Fué entonces... cuando mano temeraria
de heroica abnegación, prendió la mina
de uno de aquellos fuertes... Repentina
retumba en la llanura solitaria,
broncea, inmensa explosión, desde la cumbre;
y se rasga la pálida neblina
al parpadeo de rojiza lumbre...
Soldados, armas, piedras, como informe
masa que un monstruo destrozó, se lanzan,
y hechos un grito de dolor enorme
á las alturas resonando avanzan...
Fiera columna se levanta al cielo,
con fragor de horroroso torbellino,
como protesta con que el mismo suelo
se quiere sublevar contra el Destino!...
Y luego... aquí y allá, desparramados,
aceros por mitad, muertos soldados,
corceles moribundos; y en montones
banderas y cureñas de cañones,
miembros rotos y cuerpos desmembrados...
¡Oh! qué escena de horror..!

Y allí, risueña,
una muerta mujer se abre de brazos,
como sobre una cruz, en la cureña
de un tronado cañón. Hecha pedazos
la vestidura, sobre el pecho enseña
de ensangrentada herida el rojo sello
como flor que brotara de una peña...

Al rodar desgreñado
por sus hombros y en torno de su cuello,
el revuelto caudal de su cabello,

simula sobre el pecho ensangrentado
negro plumón de buitre; y entre aquello,
¡ay! se destaca el corvo del soldado
fijo del seno en las desnudas pomas,
como el pico de un cóndor, enclavado
en medio de dos cándidas palomas!... (1)

¡Una mujer! La dulce compañera
no quiso separarse de su amado,
sino quedarse oculta en la bandera
de la patria inmortal, cual escondida
perla en el mar, para que así la Suerte,
que hizo de esas dos vidas una vida,
las cortara también con una muerte!
Y esa mujer, de carne desgarrada
por infame puñal, con la mirada
de un sol de gloria en la pupila incierta;
esa, sobre el cañón crucificada;
esa... es la imagen de la Patria muerta!

Y otra mujer en la celeste altura!
de pronto apareció... ¿Quién es? Su diestra
arma no blande; y temblorosa y pura
se sonríe con tétrica amargura
al mirar el horror de la palestra...
Arma no blande, no; pero fulgura
entre sus manos bellas
y delicadas, sobre nube oscura,
misteriosa corona hecha de estrellas.
Ciñe á su sien otra corona; y ciñe,
con ígneo cinturón, túnica roja

(1) Este es un hecho histórico, á que alude el escritor chileno Vicuña Mackenna, en su narración del asalto á Arica.

que de los héroes en la sangre tiñe...
 Su seno tiembla como leve hoja;
 su boca es una rosa sonriente;
 y sus pupilas de húmedas miradas
 parecen, al brillar tranquilamente,
 dos perlas de rocío galpicas
 por el ala de cisne de su frente...
 ¡Es la Gloria inmortal, que desde el cielo
 al héroe busca en la sangrienta zona;
 porque verle morir quiere en su anhelo,
 caer ante sus pies con rauda vuelo,
 y ceñirle su espléndida corona!

Ante sus ojos, MORE, el digno hermano
 del héroe, erguido está. Si en su ansia loca
 rompió su nave un día
 contra una roca de la mar bravía, (1)
 vengarse quiere del Destino insano:
 morir sobre la cumbre de otra roca
 y ante el asombro de ese mismo oceano

MORE acordóse de la frase aquella
 del viejo Mariscal, (2) cuando gritaba
 en medio de la tropa que luchaba
 por asir la victoria; frase bella
 y terrible a la vez; discurso parco,
 pero de singular, mágico hechizo:
 —¡Aquí un charco de sangre!, pronto un charco...

El no lo repitió; pero lo hizo'...

(1) El heroico More, comandante que era de la «Independencia», había visto encallarse a su nave en un desconocido arrecife de los mares del Sur.

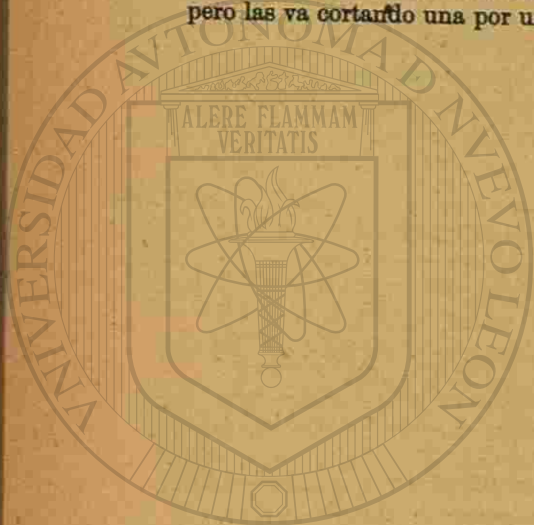
(2) El Gran Mariscal don Ramón Castilla.

Al abrigo del Morro,
 en tanto el «Manco Cápac» se debate
 en pérdida segura y sin socorro:
 y la espesa neblina, agujereada
 por los ígneos disparos del combate,
 deja ver sobre el líquido elemento
 la palpitante flota desplegada,
 que a golpes de cañón fatiga el viento...

Y el combate prosigue todavía...
 El combate es eterno;
 porque para los héroes cada hora
 es un siglo de afán y de ironía:
 ya que morir desean, la demora
 es un suplicio más, es el infierno,
 es la perpetuidad de la agonía!

Oh! qué horrible es el ver en ambos lados
 caer unos tras otros los soldados,—
 yerbas en que el corcel hunde la planta
 ó frutos por las piedras arrancados!
 Oh! qué horrible es saber que en la contienda
 el que cae, al caer sólo adelanta
 un paso más por nuestra propia senda!
 Menos horrible fuera, si es segura
 la muerte al fin, el que a la vez caídos
 hallaran una sola sepultura
 todos, a un tiempo y para siempre unidos!
 ¡Qué vil es el deseo del tirano:
 hacer una de todas las cabezas
 para cortarla con su propia mano;
 mas siempre es menos vil que las vilezas

del Destino inhumano,
que á sus débiles víctimas inmola
unas ante otras sin piedad alguna:
no hace de las cabezas una sola;
pero las va cortando una por una!



VIII

LA MUERTE DEL HEROE

BOLOGNESI, vibrante y encendido
en patriótico ardor, buscaba acaso
que pronta muerte le saltara al paso;
y como hubiera sido
corto ese día para tanta gloria,
si Jesué paró al sol en su carrera
hasta alcanzar la bíblica victoria,
ahí también él lo hubiera detenido
para seguir en la batalla fiera,
hasta haber muerto... ¡ya que no vencido!

¡Y tal lo ve la historia todavía!

En su negro corcel, avanza, avanza
al peligro mayor. Vibra en sus ojos
el sol eterno del Eterno Día;
porque bulle en su pecho la esperanza
de hacerse un pedestal con los despojos
de la propia invasión. Así la espuela

clava al ijar de su corcel, que vuela
relinchando de horror; y así entre el fiero
batallar de la tropa amontonada,
en su diestra viril, brilla el acero
cual si fuera un relámpago hecho espada!

De pronto, por su mente enardecida
cruza en rápido vuelo heroica idea:
si ha de morir, que sea
vendiendo cara su gloriosa vida.
Oprimirá el botón que precipite
el fin de la tragedia: la corriente
eléctrica provoque; y prenda luego
la subterránea mina. Así el desquite
alcanzará de la invasora gente,
que morirá con él... Y corre ciego,
atropellando en su ímpetu furente
mil invasores, que de sangre beodos,
ruedan á discreción. Sobre su frente
brilla el deseo que en su pecho siente:
morir, como Sansón, matando á todos!...

Mas, ¡ay! que hasta la Muerte apetecida
es á veces también indiferente...
Y falla el hilo eléctrico; y entonces
triste, desesperado de la vida,
vuelve á buscar, entre los roncros broncea
y los filos de acero,
el golpe que abra con mortal herida
su pecho de cruzado caballero.

Y fué entonces también cuando el combate
arreció en torno al héroe; y cuando fiero
clavando en su bridón el acicate
embistió el héroe con mayor embate...
En medio de la horrenda vocería,

cada cual fulminaba entre el tumulto
tanto golpe, que al fin no se sabía,
porque en la confusión quedaba oculto,
quién lo daba, ni quién lo recibía!

La muerte en su corcel llegó de lejos
y á manera de flecha disparada
que va certera al blanco, su mirada
envolvió al héroe en lívidos reflejos;
y la frente del héroe iluminada
siniestramente así, doblóse mustia,
con la dulce expresión de un sol marchito
que se hunde en un crepúsculo de angustia.

No se oyó un solo grito...
Sólo se oyó un ruido atropellado:
estrépito de cuerpo que ha rodado;
metálico rumor de armas de guerra;
y del corcel, al punto disparado,
el trote que hizo palpar la tierra...

Tendido estaba el héroe: ahí, tendido.
Las canas, envolviendo la cabeza
como pálidas nieves de tristeza;
la macilenta faz, en un extraño
fulgor bañada; el corazón, herido...
Breve espacio ocupaba sobre el suelo;
¿más qué su breve corporal tamaño,
si su alma sola llenaría el cielo?

La Gloria descendió desde la altura
y le ciñó su espléndida corona:
al abrirse las nubes, por la anchura
un trueno, como un grito de amargura,
repercutiendo fué de zona en zona...

Y la Gloria ante el héroe parecía
cauteloso guardián, á la manera
del alba que precede al nuevo día.
La Muerte en su caballo amenazóla,
como en la orilla rocallosa y fiera
al Morro enhiesto la quebrada ola:
quisola atropellar, pero fué en vano;
porque la Gloria, aunque mujer, es fuerte.
La Gloria se inclinó, cogió la espada
que el héroe retenía entre la mano:
y preparóse á defender armada
el cadáver del último espartano...
Y fulguró esa espada de tal suerte
entre las sombras del dolor humano,
que se espantó el caballo de la Muerte!

Volvió la Muerte los abiertos ojos;
y como por do quier que la mirada
espació, apenas encontró despojos,
al verse en triunfo sobre tanta vida,
se sintió de sí misma horrorizada
y fugó en su corcel despavorida...

La Gloria entonces con nerviosa mano
clavó la espada en el purpúreo suelo;
se arrodilló ante el último espartano;
quitóse la corona, y fijó en ella
una estrella mayor... ¡Después, al cielo
pudo elevarse con tranquilo vuelo,
porque el alma del muerto era esa estrella!

Y en tanto que la Gloria sosegada
subía al cielo con el alma aquella,
los fúnebres despojos en el suelo
esperaban la póstera morada:

y largo tiempo, huérfana y clavada
al pie del héroe, como cruz de duelo,
quedó temblando la vibrante espada!

Tal como en aras de su amante ruego
ofrendaba á sus dioses, el pagano
de pretérita edad, el corderillo
de sus mejores hatos, en el fuego;
lo deshuesaba con su propia mano;
le arrancaba la piel con su cuchillo;
lo rociaba con vino generoso
y de olientes naranjas con el zumo;
y, luego, en profundísimo reposo,
su oración elevaba envuelta en humo...
BOLOGNESI también, por la victoria
de su Patria infeliz, quiso al cielo
rendirle el homenaje de su gloria;
y cual si hubiera en su dolor infausto
adivinado de la Patria el duelo,
quiso ofrecerse él mismo en holocausto!

Él, que era digno de la excelsa palma;
él, que tenía su sitio de oro
en imperante altura;
él, que amparaba al sol dentro del alma;
él, que huyó siempre del festín sonoro,
porque era intacto cual la nieve pura;
él, que nunca manchó sus galardones
con ambición menguada y prematura;
él, que pudo escribir en sus blasones
la sacrosanta frase de Pavía,
porque nunca perdió la honra sagrada
que de sus padres heredara un día;
él, que cuando el clarín llenó el espacio,
abandonó, para coger la espada,

la dulce vida del Varón de Horacio;
ese hombre, ese hombre justo, en su heroísmo,
quiso ofrecerse al Dios de sus mayores
por salvar a la Patria;—y así el mismo
que en su vida ejemplar de varón fuerte
tranquila senda recorrió de flores,
cóleras de volcán tuvo en su muerte!...

¡Tal el héroe cayó!

Y al rudo embate
cien héroes más entre el feral combate
siguieron luego esos gloriosos rastros,
que fulguraron en la lucha fiera...
No vencerá la sombra aunque el sol muera;
que, cuando muere el sol, nacen mil astros!

En torno del cadáver, la apretada
tropa, en círculo estrecho,
rechazó al invasor desesperada,
como embota la punta de una espada
la recia cota sobre el firme pecho;
y en torno del cadáver, el hirviente
combate creció más, como una airada
ráfaga que girase repentina...
¡Cuando cae un peñón en un torrente,
el agua de la rápida corriente
en torno del peñón se arremolinal...

IX

FIN DEL ASALTO

De pronto, en su corcel, entre el tumulto
que arrolla el invasor, rápido avanza
ALFONSO UGARTE, cual fugaz meteoro:
tal en las sombras del dolor oculto
brilla á veces un rayo de esperanza...

Es blanco su corcel, con cascos de oro
y pupilas de sol: rasga la bruma
con flecha veloz; y sobre el alta
cumbre, erguido en dos pies, salpica espuma
con relincho de horror... ¡y luego salta!

El joven capitán está vaciado
en homérico molde: al ver su tropa
desgranarse, soldado tras soldado,
ya la esperanza de vivir perdida,

la dulce vida del Varón de Horacio;
ese hombre, ese hombre justo, en su heroísmo,
quiso ofrecerse al Dios de sus mayores
por salvar a la Patria;—y así el mismo
que en su vida ejemplar de varón fuerte
tranquila senda recorrió de flores,
cóleras de volcán tuvo en su muerte!...

¡Tal el héroe cayó!

Y al rudo embate
cien héroes más entre el feral combate
siguieron luego esos gloriosos rastros,
que fulguraron en la lucha fiera...
No vencerá la sombra aunque el sol muera;
que, cuando muere el sol, nacen mil astros!

En torno del cadáver, la apretada
tropa, en círculo estrecho,
rechazó al invasor desesperada,
como embota la punta de una espada
la recia cota sobre el firme pecho;
y en torno del cadáver, el hirviente
combate creció más, como una airada
ráfaga que girase repentina...
¡Cuando cae un peñón en un torrente,
el agua de la rápida corriente
en torno del peñón se arremolinal...

IX

FIN DEL ASALTO

De pronto, en su corcel, entre el tumulto
que arrolla el invasor, rápido avanza
ALFONSO UGARTE, cual fugaz meteoro:
tal en las sombras del dolor oculto
brilla á veces un rayo de esperanza...

Es blanco su corcel, con cascos de oro
y pupilas de sol: rasga la bruma
con flecha veloz; y sobre el alta
cumbre, erguido en dos pies, salpica espuma
con relincho de horror... ¡y luego salta!

El joven capitán está vaciado
en homérico molde: al ver su tropa
desgranarse, soldado tras soldado,
ya la esperanza de vivir perdida,

apura de una vez la amarga copa
en el brindis heroico de su vida...

¿Cómo cantar el pavoroso instante
que separa su vida de su muerte?
Ahí, sobre la cumbre, es un gigante
que se empina ante el mar, con la mirada
fija en el cielo; entre su mano fuerte,
hecha un rayo de luz vibra la espada;
y de su espuela al golpe temerario
el corcel en dos pies mide el abismo:
es así como un bronce legendario
que se yergue asombrado de sí mismo!

¡Y luego llega el pavoroso instante
en que cae por fin, tal como roto
se desplomara un bronce hacia adelante
en medio del fragor de un terremoto!

Y al ver así cayendo su figura,
con la espada desnuda entre la mano,
en su blanco corcel, creyó el Oceano
que era un Angel bajando de la Altura!

Estrellóse por fin en la ribera;
y la ola al besarlo lastimera
lo envolvió en la mortaja de su espuma:
mientras un solo instante, uno tan sólo,
detuvo su fragor la lucha fiera;
que todos, todos, con sorpresa suma,

parecían mirar entre la bruma
el rayo aún de esa veloz carrera...

Brilló en la Historia para siempre el nombre
de ALFONSO UGARTE; y en el ancho viento
un trueno repitió con ronco acento
la frase de Shakspeare: *¡Ese es un hombre!*

¡Y se le ve en la Historia todavía!...
¡Cae, cae veloz, rápidamente,
del alto Morro hasta la mar bravía:
ya que lo hace caer la Suerte ingrata,
como su empuje ha sido de torrente
su caída es también de catarata!...

El débil «Manco Cápac», que ese mismo
heroico ejemplo ve, se rasga el seno;
y antes de ser del invasor chileno,
se hunde también en el profundo abismo!

En tanto, sobre el Morro, en el postrero
fuerte del norte, un grupo denodado
resiste altivo al vencedor, que fiero
en su innúmera hueste lo ha encerrado,
como en compacto círculo de acero.
El asalto invasor rompe la valla,
que cede al fin; y el grupo prisionero
es el punto final de la batalla!

Y luego, sobre el campo,
que sembrado de fúnebres despojos,
invitaba al dolor, su vivo lampo
fulminó el sol: acaso en sus enojos,
disipando el crespón de la neblina,
quiso ver de quién era la victoria;
y vió en ruina á su Patria, ¡pero en ruina
que era como la tumba de la Gloria!

De las quince centenas de soldados
que escoltaban al héroe, diez centenas
por la tierra quedaron esparcidas:
esos héroes desnudos, desgarrados,
ostentaban apenas
la púrpura imperial de sus heridas...

Y ahí mismo, dispersos invasores,
como banda de buitres iracundos,
cebáronse en sus últimos rencores
sobre los indefensos moribundos;
y como el avariento en su tesoro,
gozáronse con sórdidos afanes
en despojar de sus galones de oro
á los mismos gloriosos capitanes...

Así el salvaje cazador, que pudo
herir al noble puma, que maltrecho
rodó á sus pies, le clava la rodilla;
con una mano oprímele el membrudo
cuello; y con otra en la mitad del pecho

húndele su cuchilla.
El generoso puma, que ha logrado
ver al salvaje cazador deshecho
ante sus pies, lo deja abandonado;
pero el salvaje con presteza suma
lo desuella cruel: ¡y es que ha luchado
para vestirse con la piel del puma!

Agrupados y estrechos,
y mezclando la sangre generosa
de sus rasgados pechos
con la de los heridos invasores,
sólo ansiaban los héroes una fosa
en que dormir un sueño sin rencores.

¡Todo el que ahí cayó, cayó con gloria!
Aquel, cualquiera de ellos, es un hombre,
un hombre, y eso basta; y si la Historia
héroe sin nombre lo llamara un día,
aquel, cualquiera de ellos—*Tengo un nombre:
yo me llamo Perú*—protestaría!

Aunque sobre el fragor, cual voz de trueno,
pregonó paz á la revuelta tropa
el ronco grito del clarín chileno,
la cólera inundando la ribera
y el rencor rebalsando de la copa
no se saciaron con la lucha fiera;
y en grupos, á los bravos paladines
que aprisionado había, despiadada
la tropa quiso asesinar. En vano
se enronqueció la voz de los clarines!

Un capitán chileno, con la espada
en la viril, castigadora mano,
impuso paz entre la tropa airada
y la vida amparó de los cautivos,
que así pudieron, tras el odio insano
de la hueste furiosa, quedar vivos.

El mismo SALVO fue ¡Quiso la Suerte
dejar con ello su misión cumplida;
y así el que fué emisario de la Muerte,
fué después mensajero de la Vidal...

Semilla heroica de una raza fuerte,
esos sobrevivientes, que entre el ronco
trueno de los cañones, a su paso
tropezaron mil veces
sin llegar a caer, fueron acaso
las más amargas, dolorosas heces,
lejos, lejos de ser los más felices:
¡así al golpe del hacha rueda el tronco;
pero quedan clavadas las raíces!...

Súbito el fuerte aquel, en que rodeado
preso cayó el puñado
de héroes que en su altivez amenazantes
lucharon sin piedad, saltó en inmenso
estrépito de horror; porque en él, antes
del fin siniestro, preparada mina
retumbante tronó, y el humo denso
fingió crespones sobre tanta ruina!

El fragoroso ruido
puso pavor dó quier: el humo, un velo
ante ese sol de cólera encendido,
que fulgiera en Junín y en Ayacucho
y que en Arica ensangretara el cielo...
¡Era el grito final, era el traquido
con que estallaba el último cartucho!

En esa voz, que desgarró la calma
del silencio mortuario, en ese estruendo,
en ese ¡ay! de protesta, había un alma!
Era el grito doliente en que gimiendo
claman a Dios el huérfano y la viuda,
la madre abandonada, el padre anciano,
que ven tronchado en la batalla ruda
el báculo, ay! en que apoyar la mano,
era la voz de la Conciencia, herida
por la injusticia de la aviesa Suerte:
era el postrer suspiro de la Vida
entre la carcajada de la Muerte:
era el gemido de dolor y espanto
del viejo que la tumba se desploma,
repercutiendo la explosión de llanto
del tierno infante que a la vida asoma:
era el grito primer, que aun no asomados
a este valle de lágrimas y males,
dan los póstumos hijos ignorados,
saltando en las entrañas maternas
como resurrección de esos soldados!...

¡Ay! y luego... las ruinas por dó quiera
El clarín pregonando la victoria

y en la altitud de tricolor bandera;
el sol vertiendo su esplendor de gloria,
á través de los lóbregos crespones
del humo denso; la lejana flota,
con las bocas de horror de sus cañones
fijas hacia la cúspide remota;
y en el fuerte postrer de ronco estruendo,
temblorosas, danzantes, serpentinas,
llamas rojas y azules relamiendo
el informe tumulto de las ruinas...

Mañana... de los fúnebres despojos
el rastro quedará; y ante los ojos
del viajero, que ansioso de impresiones
abra la tierra, saltarán opresos
bajo las duras piedras, en montones,
descarnados al fin los blancos huesos...

Cuando pasó la guerra,
esparcidos dejó sobre la tierra
astillados fragmentos de armadura,
limpias hojas de acero diamantino,
como el corcel que deja su herradura
abandonada en medio del camino.
Quedaron, como al viento la ceniza,
los despojos mortales por dó quiera
esparcidos también! Tal se desliza
un raudal, salpicando la ribera...

Luengos años después, como santa,
el ataúd de esos despojos vino

á buscar amantísimo reposo
en la tierra natal ¡Oh musa canta
esa vuelta al hogar! No fué el camino
por dó el pródigo hijo licencioso
llega al festín paterno: fué la senda
de heroicos y de injustos sacrificios,
que señaló á través de la contienda,
en el desierto de infecundos vicios
de la esperanza la segura tienda!

¡Ah! fué la vuelta del pendón rasgado
á las manos del último soldado,
que á no morir en el combate alcanza;
y fué un soplo que vino del pasado
á avivar el ardor de la esperanza!...

¡Y volvieron, al fin, esos despojos!
Como el cadáver de Héctor en la Iliada,
los salió á recibir el pueblo entero...
La voz trémula y húmedos los ojos,
yá Casandra no fué la que inspirada,
de la altitud los saludó primero,
sino la Patria misma que, la espada
rota en la diestra y con crespón de luto,
cual una reina viuda y desolada
que en su propio dolor se dignifica,
buscó en la confusión, tal como un fruto
entre mil flores, al Titán de Arica!...

Y arrojándose á él en su desvelo,
lo estrechaba con hórrida agonía;

y, como Hécuba á Héctor, le decía:
—Tú eres de cuantos hijos me dió el cielo
el que más adoraba el alma mía!—



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

CONCLUSION

Y la noche primer del cautiverio
sobre el Morro cayó.

¡Lumbre sangrienta
iluminó ese vasto cementerio:
y de entonces, el Morro; entre el misterio
tenebroso y profundo del pasado,
es así como un túmulo que ostenta
el cadáver de un pueblo embalsamado!...

El noble pueblo, que en feral combate
se desplomó sobre sus propias ruinas,
orgulloso de glorias, no se abate;
pero recorre, á golpes de acicate,
quebradas de dolor, cuestas de espinas...
El pueblo, que en la luz del heroísmo

y, como Hécuba á Héctor, le decía:
—Tú eres de cuantos hijos me dió el cielo
el que más adoraba el alma mía!—



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X

CONCLUSION

Y la noche primer del cautiverio
sobre el Morro cayó.

¡Lumbre sangrienta
iluminó ese vasto cementerio:
y de entonces, el Morro; entre el misterio
tenebroso y profundo del pasado,
es así como un túmulo que ostenta
el cadáver de un pueblo embalsamado!...

El noble pueblo, que en feral combate
se desplomó sobre sus propias ruinas,
orgulloso de glorias, no se abate;
pero recorre, á golpes de acicate,
quebradas de dolor, cuestas de espinas...
El pueblo, que en la luz del heroísmo

envolviera la cúspide eminente,
tiene hoy nubes de horror sobre su frente
y entre su corazón lutos de abismos!

Tal del griego en el símbolo sagrado,
el corcel vencedor en la carrera
de los juegos olímpicos, orlado
del clásico laurel; el que en la fiera
batalla, lejos de aplacar su brío,
mostróse como nunca denodado;
el que anduvo por sendas de zarzales,
y aventuróse por el bosque umbrío
sin temblar una vez; el que la gloria
alcanzó de los cánticos triunfales,
está á veces, cual sombra de el mismo,
que nada dice de su vieja historia,
condenado por fiero despotismo
á vivir dando vueltas á una noria!

¡Pobre pueblo, que sigue con tristeza
de su ostracismo la sentencia airada,
ciñendo con orgullo á la cabeza
sus ínfulas de víctima sagrada!
¡Pobre pueblo, que sigue en su amargura
el sendero erizado de dolores!
Al verlo ni se aflige, ni se cura
el doloso Destino en sus rigores...

¡Oh! pueblo, empuña el hierro: álzate fuerte;
despósate otra vez en el combate

con la Gloria. No importa que la Suerte
vencer te logre, si jamás te abate!
Lucha hasta sucumbir, para así verte
resucitar en la futura Historia:
¡y entonces la elegía de tu muerte
será el epitalamio de tu glorial...

Pero acuérdate, ¡oh! pueblo, como Niobe,
tras de tanto dolor, del alimento.
Justo es que el sufrimiento,
largas horas te robe;
mas si quieres honrar esa memoria
que más que lustre de un heroico nombre
es lustre de tu historia,
imita el alto ejemplo de aquel hombre:
si con gloria murió, vivió con glorial

¡Oh! pueblo, si hasta Dios como tú ha sido
también ayer sobre la cruz clavado;
no execres el dolor que hayas sufrido:
¿qué importa el infortunio del pasado
cuando cada esperanza es un olvido?
Ya que echar flores no podrías, deja
que en el tronco del árbol carcomido
su panal forme laboriosa abeja...

Si alguien duda de tí, muestra tus manos
que el clavo agujereó. No te corones
de pámpanos jamás... Y ojalá, entonces
el himno que en los pueblos soberanos

can'a el Juicio Final de los tiranos,
en la Resurrección de las naciones!

Fuerte, con la gloriosa fortaleza
del que sus lauros arrancó a la Muerte,
busca un nuevo horizonte a tu grandeza:
sé desde hoy pensador, si has sido fuerte...
Fuiste ayer corazón, hoy sé cabeza!

La roca altiva, que azotó la ola
siempre será señora de la playa...
Patria que en su viudez halla su aureola,
puede enorgullecerse de estar sola:
¡tiene la soledad del Himalaya!

Y sola así la Patria dolorida,
en lo alto del Morro, con las ramas
ya quebradas del árbol de su vida,
hacer debe una hoguera:
así el héroe inmortal se apareciera,
como Dios a Moisés, entre las llamas
de la zarza encendida...

Y como ofrenda al héroe, arroje luego,
a la hoguera también, vicios pasados
viejas leyes y sórdidas costumbres,
para que en ese fuego
los dolores por fin, purificados,
brillen como el incendio de las cumbres:

a la luz de la hoguera, el seno oscuro
del horizonte se abrirá rasgado;
y consumido en llamas el pasado,
de las cenizas surgirá el futuro:
¡y el patrio pabellón, teñido en rojo,
cuando se apague la gloriosa hoguera,
flotará sobre el último despojo
como una llamarada hecha bandera!

Lima, Julio 15 de 1899.

* FIN *



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MAUCCI HERMANOS

Primera del Relox. — México

Biblioteca del Niño Mexicano

Edición especial, propiedad de esta casa

Serie compuesta de 110 CUENTOS



®

